

Universidad Andina Simón Bolívar

Sede Ecuador

Área de Letras y Estudios Culturales

Maestría de Investigación en Literatura

Mención en Escritura Creativa

De tierra los ojos

Novela

Daniela Alejandra Mejía Alarcón

Tutor: Juan Pablo Castro Rodas

Quito, 2024



Cláusula de cesión de derecho de publicación

Yo, Daniela Alejandra Mejía Alarcón, autora de la tesis titulada *De tierra los ojos, Novela* mediante el presente documento dejo constancia de que la obra es de mi exclusiva autoría y producción, que la he elaborado para cumplir con uno de los requisitos previos para la obtención del título de Máster de Investigación en Literatura, Mención en Escritura Creativa en la Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador.

1. Cedo a la Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador, los derechos exclusivos de reproducción, comunicación pública, distribución y divulgación, durante 36 meses a partir de mi graduación, pudiendo por lo tanto la Universidad, utilizar y usar esta obra por cualquier medio conocido o por conocer, siempre y cuando no se lo haga para obtener beneficio económico. Esta autorización incluye la reproducción total o parcial en los formatos virtual, electrónico, digital, óptico, como usos en red local y en internet.
2. Declaro que, en caso de presentarse cualquier reclamación de parte de terceros respecto de los derechos de autor/a de la obra antes referida, yo asumiré toda responsabilidad frente a terceros y a la Universidad.
3. En esta fecha entrego a la Secretaría General, el ejemplar respectivo y sus anexos en formato impreso y digital o electrónico.

23 de mayo de 2024

Firma: _____

Resumen

Este proyecto tuvo por objetivo la escritura de una novela familiar y también se adscribe a un subgénero novelístico que, si bien en Hispanoamérica data de la segunda mitad del siglo XX, en Ecuador ha sido poco frecuente y desarrollado: el *Bildungsroman* o la novela de formación de protagonista femenina. *De tierra los ojos* se desarrolla en el núcleo de una familia biológica y multigeneracional, la de Julia, la narradora protagonista, una familia de la que no quiere formar parte y de la que siendo una niña huye escondiéndose detrás de las macetas del patio de su casa, cubriéndose de tierra los ojos para ya no ver lo que no quiere ver; y al traspasar una casa abandonada ubicada muy cerca de la suya. En este cronotopo y mediante la presencia de personajes como la madre pájara, la novela imbrica la realidad con la fantasía, creando dos capas de sentido que se superponen en un mismo plano para trabajar en función de los mecanismos de la memoria. Una voz en primera y otra en segunda persona permiten recorrer la trayectoria de los personajes y presentar su construcción como sujetos que repasan su pasado para darle consistencia en el presente. Así, en ese recorrido, *De tierra los ojos* va abordando temas como la búsqueda de la identidad, la negación del vínculo familiar y la dificultad de la filiación, la vejez y la enfermedad, la violencia intrafamiliar, el aborto, o el amor y el rencor en las relaciones de pareja, a través de un lenguaje que pretende ser una propuesta poético-narrativa que traslade al lector a sentir lo que Julia siente y a enfrentarse al develamiento que se dará durante su retorno, ya de adulta, a la casa de su infancia.

Palabras clave: narrativa, literatura latinoamericana, literatura de mujeres, novela familiar, *Bildungsroman*, novela de formación de protagonista femenina

Para mi abuelo y mi hermana. Sin ellos, esta novela no sería.

Para Juan, quien creyó en mi escritura.

Tabla de contenidos

Introducción	11
<i>De tierra los ojos</i>	21
Obras citadas	135

Introducción

La escritura de *De tierra los ojos* partió de la necesidad de comprender y poner en palabras lo que, en su momento, no las tuvo, de esbozar posibles respuestas y especular los móviles de los protagonistas de un episodio familiar a través de la literatura, es decir, estetizando la realidad, o más claramente, un acontecimiento vinculado a la figura de mi abuelo materno. Este proyecto responde, asimismo, al deseo de poetizar el lenguaje o que un lenguaje poético sea medular en mi narrativa, además de configurar un universo familiar desde una mirada femenina, a partir de la relación entre la realidad y la fantasía.

Siendo estas mis motivaciones, la novela se me presentó como la forma propicia para ingresar al territorio de la memoria, donde subyace lo acontecido, y de la complejidad humana. Como sostiene Kundera (1993, 21) al referirse al proceso compositivo de *La broma*, es Jaroslav a través de quien su obra hunde la mirada “en las profundidades del pasado” para que el «yo» de ese personaje pueda revelarse “en y mediante esa mirada”.

Esto es lo que sucede con Julia y dentro de la novela porque, como también apunta Kundera, todas las novelas buscan responder estas preguntas: “¿Qué es un individuo? ¿En qué consiste su identidad?” (19). Quién es ella, quiénes son sus familiares, cuál es el verdadero rostro de su genealogía, su verdadera historia y el peso real del llamado de la sangre, son los hilos que, en el fondo y en la forma, mueven a mi personaje. De ahí que *De tierra los ojos* sea una novela familiar, que Saona (2004, 11) explica de la siguiente manera:

Las novelas familiares son aquellas que imaginan familias: familias biológicas, familias adoptivas, familias prolíficas, familias multigeneracionales, familias que se abandonan, familias que se rechazan, familias que se destruyen, familias de madre e hijo, familias que no se tuvo, familias que se quiso tener. Y el sujeto narrativo [...] se construye a sí mismo en estas novelas en el interior de una familia.

En función de esta tipología, *De tierra los ojos* se constituye como una novela sobre una familia biológica, multigeneracional, que se rechaza y se abandona; en la que Julia, la narradora-protagonista (el sujeto narrativo, acorde a la designación de Saona), en la etapa de su niñez, se construye a sí misma de manera imaginaria.

De tierra los ojos también se asienta en el *Bildungsroman* o la novela de formación femenina, un subgénero novelístico que retrata las experiencias de una joven protagonista desde su niñez o adolescencia hasta su madurez y que, según lo expuesto por Lagos (2003, 237), le permite confrontarse con los valores de su sociedad —y por añadidura de su familia—, en un proceso en el que se ponen en juego sus deseos y sus posibilidades de cumplirlos.

En el ámbito literario contemporáneo hispanoamericano, Gómez Viu (2009, 108) evidencia un gran número de estos relatos, pero, sobre la base de su investigación, es posible decir que en Ecuador han sido poco frecuentes y desarrollados. Allí radica la relevancia de *De tierra los ojos*, especialmente si se considera que el *Bildungsroman* ha sido tradicionalmente masculino, o, en otras palabras, que a través de este subgénero se han representado mayormente experiencias masculinas y no los procesos de formación y búsqueda identitaria femeninas.

El primer antecedente nacional de este tipo de novela es *Bruna, soroché y los tíos* (1973) de Alicia Yáñez Cossío. Esta es la obra con la que mi trabajo principalmente dialoga y en la que, al igual que en *De tierra los ojos*, y como en otros relatos de formación de protagonista femenina, “se cuenta retrospectivamente la niñez, con la distancia de cierta madurez” (Lagos 2003, 244). En este sentido, la diferencia está en que Yáñez Cossío lo hace en tercera persona, desde el clásico narrador omnisciente, mientras que en mi novela prima la primera persona, si bien también aparece la segunda persona del singular. Esto, como expone Lagos, no es extraño en los relatos femeninos de formación, dado que en ellos “se advierte una gran variedad en el uso del punto de vista” (239).

Tomando como referencia, en una primera instancia, la categoría de novela familiar, la literatura que explora los vínculos filiales tiene una larga tradición mundial, en la que se destacan novelas como *Los hermanos Karamazov* (1879) de Fiódor Dostoyevski, *Los Buddenbrook* (1901) de Thomas Mann, *La familia de Pascual Duarte* (1942) de Camilo José Cela, *La hermana* (1944) de Sándor Márai, *Pedro Páramo* (1955) de Juan Rulfo, *Aura* (1962) de Carlos Fuentes, *Léxico familiar* (1963) de Natalia Ginzburg o *Cien años de soledad* (1967) de Gabriel García Márquez.

Más contemporáneamente, podríamos mencionar *Olga* (1997) de Chiara Zocchi, *El huésped* (2006) de Guadalupe Nettel, *Las primas* (2007) de Aurora Venturini, *Desierto sonoro* (2019) de Valeria Luiselli, *La hija única* (2020), también de Nettel, o *La familia* (2022) de Sara Mesa. Y, delimitándonos a Ecuador, el relato familiar en el

que busca inscribirse *De tierra los ojos* tiene antecedentes como *Los Sangurimas* (1934) y *La Tigra* (1940) de José de la Cuadra, *Las tres ratas* (1944) de Alfredo Pareja Diezcanseco, *Bruna, soroche y los tíos* (1973) de Alicia Yáñez Cossío, *La familia del Dr. Lehman* (2015) de Sandra Araya, *Nuestra piel muerta* (2019) de Natalia García Freire o *Lo que fue el futuro* (2022) de Daniela Alcívar.

Ahora bien, volviendo al argumento de la novela, al no tener la familia que habría querido tener —otra de las tipologías de novela familiar referida por Saona (2004, 11), que permite entender por qué Julia se ve impelida a configurar un universo familiar paralelo, en el cual logra sentirse aceptada—, para atravesar su infancia, ella opta por esconderse detrás de las macetas del patio de su casa porque como asegura Duras (1993, 13) “en un jardín no se está solo. Pero, en una casa, se está tan solo que a veces se está perdido”. Allí, ella se cubre de tierra los ojos para ya no ver lo que no quiere ver y se refugia en ese universo familiar propio, conformado por lagartijas, cucarachas, ciempiés, raíces, hormigas y plantas, es decir, crea un vínculo por fuera del orden familiar. Saraceni (2012, 78) llama a esto un “parentesco por alianza”: una relación que no está sujeta a los lazos sanguíneos, sino que se inscribe y se forja por fuera de ellos.

Es este un signo que ya había encontrado Said (1984) al analizar la literatura europea y norteamericana de fines del siglo XIX. En su libro *El mundo, el texto y el crítico*, citado por Saona, Said sostiene que, en la modernidad, la necesidad de nuevas y diferentes maneras de concebir las relaciones humanas rompió la noción convencional de la familia, y que la dificultad de la filiación dio paso a la «afiliación»: en otras palabras, a la posibilidad de pertenecer a una comunidad sin necesidad de que esta esté atravesada por la biología, como explica Saona.

Ya de adulta, con 22 años, Julia opta por irse y abandonar a su familia biológica, a su familia real, a la que nunca sintió pertenecer. Pero luego de atravesar la experiencia de un aborto y la ruptura con Manuel, quien ha sido su única pareja sentimental, y dado que el octogésimo cumpleaños de su abuelo se aproxima, ella decide regresar a su país de origen tras diez años de incomunicación y distancia. Así, sin anunciarse, Julia vuelve a la casa de su infancia, donde rápidamente su visita se convierte en todo, menos en una celebración. No solo ve a su abuelo en condiciones en las que jamás imaginó llegar a verlo, postrado en una silla de ruedas, físicamente descuidado, imposibilitado de hablar y moverse por sí mismo, sino que para intentar hallar respuestas y comprender lo que

está sucediendo, tiene que comenzar a mirar y enfrentarse a lo que nunca antes había querido mirar.

Así como la Julia niña se ve obligada a crear *su* comunidad por fuera del núcleo familiar, dando paso a lo que Lévi-Strauss, citado por Saraceni (2012, 77), entiende como “afectos encontrados”, para sobrellevar su regreso, la Julia adulta se ve impulsada a volver a sus “afectos naturales” (77) y lo hace reconstruyendo la figura de su madre y aferrándose a lo que queda de la imagen que ella había conservado, en su memoria, de su abuelo.

A medida que se va desarrollando su visita a la casa, Julia comienza a acercarse a las respuestas que busca, a entender en qué consiste su identidad, según lo planteado por Kundera (1993, 19). Es en su retorno que Julia se da cuenta de que el carácter soberano de la herencia (Saraceni 2012, 15) sobrepasa su voluntad, de que por más que intente y luche por desapropiarse de su legado, como heredera, se verá inevitablemente atrapada en el daño de la estirpe y en el peso de la sangre (17).

El impulso por revisar la propia historia no es lo único que propone *De tierra los ojos*. Dado que la novela sí se basa, en parte, en una experiencia autobiográfica, motivo por el cual la figura del abuelo es central, me permití explorar la relación familiar con el envejecimiento, entendido como proceso, y la vejez, entendida como una construcción social (Díaz-Tendero 2019, 11).

Estos son dos conceptos que no se excluyen y que en *De tierra los ojos* problematizan la ancianidad, sobre todo cuando está ligada a la enfermedad. Por esta razón, la narración empieza con un tono conjetural, una especulación proyectiva. Julia está en el aeropuerto y desde allí imagina, con minuciosidad de detalles, cómo será el reencuentro con su abuelo; está convencida —o prefiere pensar, de cara a enfrentarse con la realidad—, que lo encontrará exactamente igual que siempre: sentado en el sillón de su habitación, frente al televisor, aferrado al control remoto.

Pero el tiempo, así como puede separar para luego volver a unir, también transforma. Por eso, a Julia ya no le es posible atestiguar esta escena imaginada; pasaron los años, las cosas cambiaron. Y como debe entender las razones detrás de la condición de su abuelo, en la novela se diseñan territorios retrospectivos, así como un manejo temporal que no es cronológico ni lineal, simulando, de esta manera, las formas complejas de la memoria humana. Distintas capas temporales se intercalan: el presente, desde donde Julia empieza a narrarse; el pasado más cercano, constituido por su vida previa a regresar a su país y en el que se da su experiencia con el aborto y la relación

conflictiva con Manuel; y el más lejano, pero a la vez tan vivo en ella, tan marca, tan cicatriz: su infancia.

Esta es una estructura pensada a la luz de los mecanismos de la memoria, de los recuerdos que se manifiestan de manera intempestiva, y responde, asimismo, a que solo regresando al pasado es posible “escuchar el mandato de la herencia” (Saraceni 2012, 103). Es así que se da el develamiento, es así que queda irremediabilmente expuesto lo que Julia hasta entonces desconocía, y es lo que sale del anonimato lo que permite entender otro de los planteamientos de *De tierra los ojos*, que Saraceni (2012, 160) expone de la siguiente manera:

La genealogía, más que representar una continuidad arborescente, fundada en un origen “solemne” y en una verdad monumental; más que un relato diáfano y legible, se refiere a las “invasiones, luchas, rapiñas, disfraces, astucias” que amenazan el cuerpo familiar; los errores, desviaciones, secretos que merman el tejido genealógico y revelan su devenir antigenealógico.

Pensar a la familia ya “no en términos de genealogía sino de antigenealogía” (Saraceni 2008, 18) permite entender el juego de máscaras, luces y sombras, y verdades escondidas de *De tierra los ojos*. Y en función de estos artificios, en la novela hay varios personajes, con máscaras que se caen. Por eso hay varias líneas de tiempo. Por eso, la infancia con su ingenuidad y luego la adultez con un mayor conocimiento del mundo. Por eso, solo en su madurez Julia entiende lo que de niña no podía comprender. Por eso, si bien se trata de una narración que se desarrolla principalmente en primera persona, es decir, desde la voz de Julia, la abuela en presente y la madre desde la muerte aportan con sus verdades. Es mediante esas revelaciones que Julia revisita de otra manera el pasado, que puede mirarlo a la cara y, por primera vez, sin tierra en los ojos.

Esta “pluralidad de conciencias autónomas” (Bajtín 1986, 15) es, además, necesaria en la novela porque “la novela necesita de hablantes que aporten su palabra ideológica específica, su lenguaje” (1945, 149). De esta manera, la narración adquiere más espesura, densidad, más capas, dando paso a que *De tierra los ojos* se convierta en un relato polifónico y a que “en el cruce entre recuerdo personal y colectivo, entre la dimensión privada e íntima de la memoria [...] donde las identidades se arman y desarman [...]” se asuma un “*nosotros* problemático” (Saraceni 2008, 16), un lugar de enunciación que se circunscribe al *Bildungsroman* femenino, categoría narrativa en la que las relaciones dentro de la familia son cruciales.

Otro recurso narrativo de *De tierra los ojos* es la imbricación de los registros. Como mencioné anteriormente, la novela hilvana un tono fantástico con otro realista, una superposición que se manifiesta cuando Julia crea su propio universo para soportar su infancia, o mediante la transformación de su madre, una mujer que, dada su debilidad para enfrentar la vida, termina reducida y convertida en un ave pequeña. En este sentido —y esta es otra de las exploraciones que me propuse en la novela—, para hermanar forma y contenido, la escritura de su monólogo se presenta en fraseos breves y dislocados, o fugaces, como una forma de representar las plumas que, en su condición de pájara y ante su inevitable e irreversible debilitamiento, va perdiendo.

En *De tierra los ojos*, además, la casa materna tiene un rol fundamental y no solo por ser el escenario principal de la narración. En la novela, como propone Bachelard en *La poética del espacio* (1957), la casa es otro cuerpo más. Es el cuerpo de los miedos y los sueños de Julia, así como el cosmos en el que todo se origina porque la casa también puede funcionar “como una pesadilla cálida” (Harwicz 2014, 39).

Es en esa casa de su infancia, en su patio, pero también en su habitación, en el baño, en el cuarto del abuelo, frente al televisor; en el pasillo donde están las fotos en las que ella no está, en el cuarto de costura de la abuela, en la cocina, en las escaleras, donde se despliega todo el mundo interior de Julia. Es la casa el lugar del que huía, pero a su vez el que más recuerda y reconoce, donde ya hacia el final se vuelve a encontrar —o se encuentra por primera vez—, a través de una operación de reconocimiento y aceptación de su historia porque, como explica Bachelard (2000, 31):

En ese teatro del pasado que es nuestra memoria, el decorado mantiene a los personajes en su papel dominante. Creemos a veces que nos conocemos en el tiempo, cuando en realidad solo se conocen una serie de fijaciones en espacios de la estabilidad del ser, un ser que no quiere transcurrir, que en el mismo pasado va en busca del tiempo perdido, que quiere “suspender” el vuelo del tiempo. En sus mil alvéolos, el espacio conserva tiempo comprimido. El espacio sirve para eso.

En lo que concierne al proceso y a la metodología detrás de *De tierra los ojos*, fue tras la aprobación del tema de tesis, es decir, de la propuesta de esta novela, que empecé con la delimitación de los conceptos y las categorías que, como ya he señalado, son las que permiten desarrollar la problemática en la que se inscribe: la novela familiar y la novela de formación de protagonista femenina. Seguidamente, procedí con la identificación y selección de las fuentes de información.

Debo mencionar que, si bien siempre quise literaturizar aquel acontecimiento familiar, en un principio, hace algunos años atrás, mi intención era hacerlo en clave de no ficción, un relato más estrictamente autobiográfico. En este sentido, sobre el proceso escritural de *La tía Julia y el escribidor*, dice Mario Vargas Llosa (2020, 166) en *La realidad de un escritor*:

Fue la única vez que intenté ser totalmente sincero escribiendo una novela, tratando de no inventar sino recordar y contar mis recuerdos objetivamente. Descubrí que era imposible, que no se puede hacer eso cuando se está escribiendo una novela, que la ficción es incompatible con la narración objetiva de una experiencia vital, que hay una incompatibilidad esencial entre estas dos cosas: la ficción y un documento vivo, un informe objetivo de la vida real.

Es lo que me sucedió. Mi intención primera había sido escribir de manera aparentemente objetiva, confiando y valiéndome únicamente de mis recuerdos. Pero bajo ese esquema, por más que lo intentaba, la historia se me agotaba. Me faltaban herramientas narrativas. Además, al querer narrar solo el acontecimiento y la huella que había dejado en mí, no me permitía trazar nada por fuera de la línea. Y así, en determinado momento, me vi imposibilitada de avanzar, por lo que durante dos años la historia quedó en pausa.

El deseo original de hacer de aquella experiencia con mi familia, una obra literaria autobiográfica, tal vez tuvo conexiones con mi profesión: el periodismo, en el que se busca reconstruir y reproducir los hechos de la manera más fiel a cómo ocurrieron. También —intuyo— debe haber tenido una relación directa con el espacio en el que mi proyecto surgió inicialmente: un taller de escritura de no ficción del que fui parte en Buenos Aires, dirigido por la escritora argentina Belén López Peiró, conocida por hacer *literatura del yo*.

“Repetir un acto mil veces condensa el recuerdo, pero los recuerdos traicionan aunque se recuerden mil veces en la mente”, dice Margo Glantz (2006, 99) en su libro *Las genealogías* y esa idea me llevó a plantearme que, quizás, muchos de mis recuerdos podían estar impactados y atravesados por el trauma de aquella experiencia que implicó un corte total con mi familia materna. Y también me recordé después que no estaba haciendo un reportaje en el que iba a poder contactar a las fuentes implicadas para corroborar la veracidad de ciertos datos.

Estaba atrapada en esa dicotomía, ¿estaré faltando a la verdad? ¿Cómo voy a ser capaz de contar esta historia exclusivamente desde mi perspectiva? No digo que hacerlo

no sea posible, pero dadas mis ambiciones estéticas, no quise ceñirme a la carga personal y emocional de *mi* relato, a mi sola voz. Entonces supe que “la literatura no es el medio adecuado para decir algo real sobre uno mismo” (Cărtărescu 1993, 16), que necesitaba de la ficción para escribir esta historia y que si nunca iba a tener las respuestas que yo buscaba por parte de quienes podían dármelas, yo podía inventarlas, que sí estaba en mis manos apostar por la imaginación para interpelar a la realidad.

Volviendo a que *De tierra los ojos* es un *Bildungsroman* femenino, debo mencionar que lo que me llevó a optar por la novela de formación es que permite “escribir hacia atrás” (Saraceni 2008), trazar un regreso genealógico y presentarlo como una manera de construcción del sujeto, que repasa su pasado para darle consistencia en el presente. Como plantea Derrida (1995, 50): “El por-venir y el pasado solo pueden ser de los fantasmas”, entendiendo aquí lo fantasmal no como experiencia gótica, sino como la reconstrucción de las siluetas que permanecen en la memoria.

Y es necesario volver al pasado porque, como sugiere Makowski (2002, 154), cada sujeto tiene a su haber un “*stock* de sentidos, emociones, fantasmas, secretos y lealtades” que lo preceden, “con el cual tendrá que refundarse para encontrar entre esos materiales —con ellos o contra ellos— su propio proyecto, su lugar en el mundo”. Y es eso lo que, en esta novela, hace Julia no solamente huyendo para procurarse una identidad propia, sino rehusándose a identificarse con los modelos encarnados por las otras figuras femeninas con las que convive: su tía Elena y su abuela, si bien esto no implica, como veremos en su caso, negar su genealogía ni el peso de la sangre.

En el país, como ya se refirió, el primer antecedente de este tipo de novela es *Bruna, soroche y los tíos*, publicada en la década del setenta. Bruna, su protagonista, desea huir —y finalmente huye— del soroche que aplasta a la ciudad “dormida” (Yáñez Cossío 1974, 18) en la que vive. Haciendo un recorrido por publicaciones más contemporáneas, puede adscribirse al género *Mandibula* (2018) de Mónica Ojeda, una obra que me ha sido referida por lectores de esta autora.

Pero fueron otros libros los que me acompañaron en mi proceso de escritura. *Nada* (1945) de Carmen Laforet es uno de ellos. Entre esta novela, la mía y *Bruna, soroche y los tíos* la casa familiar, la disfuncionalidad de la familia, así como el recorrido de aprendizaje de la protagonista son ejes que se entrecruzan. Por otro lado, *La débil mental* (2014) de Ariana Harwicz me permitió explorar la violencia, que se constituye como un componente prevalente en la infancia de Julia, los distintos tipos de vínculos que se puede tener con una figura materna y el funcionamiento del monólogo:

la contundencia que puede transmitir como soporte de una poética narrativa en primera persona, así como las poderosas imágenes que se pueden desplegar mediante este:

No vengo de ningún lado. El mundo es una cueva, un corazón de piedra que aplasta, un vértigo plano. El mundo es una luna cortada a latigazos negros, a flechazos, a escopetazos. Cuánto hay que cavar para dar con el desprecio, para hacer que mis días ardan. Yo podría haber nacido con ojos blancos como este bosque de pinos lisos y sin embargo, me despiertan las cenizas de un volcán sobre los tréboles del jardín. Y sin embargo, mamá se arranca mechones y los tira al fuego. (Harwicz 2014, 9)

Huaco retrato (2021), de Gabriela Wiener, por su parte (y aparte de Saraceni), me aproximó a las genealogías, a los procedimientos de desvinculación que las mujeres muchas veces se procuran para asegurarse una autonomía, para desmarcarse del horror de sus propias historias. *Nada más* (2022) de Marguerite Duras me arrinconó en el deseo y el amor, me acercó a la poesía en la prosa, al ritmo del fraseo, y me hizo ver cómo una escritura, mediante la intensidad, puede rezumar vitalidad incluso en el lecho de muerte. Y de esta misma autora, *Escribir* (1993).

Este ensayo me llevó a reflexionar sobre el grito, que, reprimido, está presente a lo largo de *De tierra los ojos*. Duras, con ese trabajo, me llevó a entender que un libro puede gritar fuerte, aullar sin ruido; que “para abordar la escritura hay que ser más fuerte que uno mismo, hay que ser más fuerte que lo que se escribe” (1993, 24) y que “la locura de la escritura” es como una “especie de volcán” (24). *Escribir De tierra los ojos* muchas veces fue eso, un magma de emociones que dejé salir, pero en “un estado de dolor sin sufrimiento” (25).

Por su parte, los cuentos de Clarice Lispector, su poética viviente —como la llama Saraceni (2023)—, fueron otra fuente. A través de ellos me fue posible acercarme a una forma de la representación de lo que resulta difícil representar, a ese no poder explicar algo que, aparentemente indecible, se explica igual: el momento en el que se tiene la certeza, que se descubre que todo está roto, afectado, que ya nada volverá a ser como era antes. Lispector me enseñó a narrar lo que se siente vivamente, furiosamente, en cada célula del cuerpo: “esa cosa blanca” que se propaga en el interior, “viscosa como saliva” (Lispector 2021, 185).

Asimismo, a la hora de navegar por “la nubosidad del proceso identitario de una conciencia infantil” (Román 2014, 15) es posible encontrar escrituras como las de Daniela Alcívar, que, en su última novela, *Lo que fue el futuro* (2022), reconstruye de manera retrospectiva su historia familiar, aunque no como una *Bildungsroman*. En

clave autobiográfica, en sus obras, Alcívar narra experiencias como la pérdida de un hijo, la infidelidad, el alcoholismo, la violencia en la pareja, los miedos que atraviesan y acorralan a los cuerpos femeninos, o los secretos de una familia, algo que *De tierra los ojos* también aborda.

Para replantear sus formas arquetípicas, mediante el desvelamiento de sus aspectos más oscuros, mi novela busca retratar ese otro lado que también puede constituir a una familia, así como darle espacio a aquellas voces que intentan romper con el mandato social, cultural y familiar; e inscribirse en esta tradición, la de la narrativa escrita por mujeres que, como demuestra el relato de formación de protagonista femenina, explora las marcas, las circunstancias y las realidades singulares de lo femenino.

Todos esos procesos que dieron paso a *De tierra los ojos* se desprenden de mi paso por la maestría en Literatura con mención en Escritura Creativa de la Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador. Fue sobre todo en la última etapa donde la sedimentación de mi memoria familiar terminó de articularse, potenciada a través del estudio y la comprensión de la teoría literaria. Cuando aquella pulsión catártica inicial logró desplegarse al universo literario, con una conciencia, en cuanto autora, de los elementos que configuran una novela, tal como lo explico en este prólogo que antecede a *De tierra los ojos*, mi primera novela o *nouvelle*, una obra que tiene 32 capítulos y 111 páginas enlazadas por el lenguaje poético que, como marca literaria, busqué desde un principio para darle a Julia un espacio donde poder, finalmente, gritar.

De tierra los ojos

Se está solo en una casa.
En un jardín no se está solo.
(Marguerite Duras)

¿Qué cosa es una familia?
¿Un animal de muchas cabezas?
(Esther M. García)

1

Deambulo por las salas del aeropuerto.

El frío, como una espina, me hinca la piel.

Nadie me pregunta dónde estoy, en cuánto llego.

Nadie lo hace porque no sabe nadie de mi viaje.

Nadie estará aguardando por mí en el siguiente aeropuerto.

Para mi abuelo, mi visita debe ser una sorpresa hasta el minuto previo a la inminencia del reencuentro. Y no se me ocurriría poner sobre aviso a mi tía Elena y a mi abuela. Esa nunca sería una alternativa o una buena idea. Todo lo exageran, lo estropean. De haberles comentado anticipadamente mi plan, habrían hecho de su destrucción una causa y no para concretarlo, sino para guillotinarlo; ellas son perfectas verdugas y herreras. No quise comentarles mi regreso y cuando aterrice no pretendo adelantarles mi llegada. Solo me presentaré en la casa.

Tampoco voy a dejarlas participar de la celebración. Ellas no están invitadas. Si mi tío Elio llega a aparecerse, tampoco lo invitaré. Tengo todo claro. Llevo días planificándolo. Apenas deje el aeropuerto, iré por la torta, para los dos una pequeña estará bien; serpentinas, y un paquete de esas velas mágicas que nunca se apagan y que nunca faltaron cuando mi mamá y mi abuelo pudieron festejarme, a escondidas, el cumpleaños. Como si no fueran católicas, sino testigos de Jehová, mi abuela y mi tía Elena decían que los primeros cristianos no celebraban los cumpleaños y nos lo prohibían alegando que hacerlo era pagano. Pero yo creo que, simplemente, siempre han sido unas amargadas, que no les gustaba vernos felices.

Bien recuerdo esas pocas celebraciones.

Hay recuerdos que perviven, no como si hubieran transcurrido hace años, sino sucedido hace unas horas apenas. Nos sentábamos frente al televisor, que dejábamos encendido para que mimetizara nuestras voces, y tras cantarme, de todas maneras en voz baja *Feliz cumpleaños* y en español y en inglés porque así se canta aquí, los tres soplábamos las velas con todas nuestras fuerzas, pero las velas solo amagaban con apagarse porque, en instantes, se volvían a prender. Ahora será casi igual; no estará mamá. Sentada en esta sala de espera pienso en la fiesta, en que veremos, en el VHS, *Mary Poppins* primero. La vi cientos de veces cuando era niña; soñaba con irme volando con un paraguas de la casa como en la película lo hacía Mary. Luego, veremos *Ladrón de bicicletas*. Es la que a mi abuelo más le gusta, pero a mí no tanto porque no

me gustan las películas tristes. Pienso también en la torta, en cuál debería elegir. Mi abuelo no es tan dulcero, pero quisiera comprar una que le dé gusto comer.

Pienso y pienso cómo van a darse las cosas cuando finalmente llegue y mientras lo hago, a la vez, como de soslayo, como engañando a mis pensamientos por breves lapsos, miro la pantalla de mi teléfono: no sé por qué espero encontrar un mensaje de Manuel.

No me despedí de él.

Cierro los ojos y lo veo.

La cámara abrazándole el cuello, balanceándose, aletargada, en esa desgastada correa color mostaza.

Lo veo moviendo impacientemente las piernas, a su espigada humanidad caminando de un lado a otro, nunca quieta.

Quizás estaría ahora mismo sacándole fotos a la gente que también está esperando su vuelo.

Él estaría aquí, conmigo, si hubiese elegido intentarlo una vez más. Pero en lugar de tomar un avión para recorrer juntos el extremo austral del continente como una forma de recomenzar y una doble de remontarnos al inicio, tomé uno en dirección contraria.

Y ya no hay vuelta atrás.

La que para mí era la separación definitiva me llevó a decidir que ya era hora enfrentar el retorno a casa. Que si algo iba a retomar, sería mi historia familiar y no desde cero, sino desde el punto en el que la había dejado.

A la hora de plantearme el retorno, el octogésimo cumpleaños de mi abuelo devino el momento más pertinente. Esos ochenta años me evidenciaron que hace diez yo me había ido, que una década había ya transcurrido desde mi huida. Porque eso es lo que fue, así se sintió y aún así se siente. Todavía hoy me veo dejando la casa de madrugada, sin mediar ninguna despedida, ni siquiera con él, a quien le dejé en el sofá la primera carta; sabía que ahí nadie más la encontraría. Desde entonces, por la distancia, a lo largo de estos diez años, los festejos de nuestros cumpleaños pasaron a formar parte de ese intercambio epistolar.

Manuel no quería que nos separáramos. Creía firmemente que todo en la vida era cuestión de virar rápidamente la página y avanzar. Lo exasperaban las conversaciones demasiado prolongadas o analizar por más de cinco minutos un problema. Para él, todo podía y debía resolverse de manera rápida. Para él, si dos

personas estaban juntas, debían aguantarse y perdonarse todo. Y yo lo intenté. A fin de cuentas, eso es lo que mis abuelos hacían. Aguantarse fue lo que los vi hacer toda su vida. Pese a los constantes y drásticos cambios de humor de Manuel, que podían desencadenarse tanto si por que la agencia para la que colaboraba le rechazaba una foto, como por si se le pasaba de temperatura el agua para el mate, yo lo intentaba, me esforzaba.

La etapa de enamoramiento desbordado, la idealización, la emoción de cara al próximo encuentro, se diluyó con rapidez y se evaporó por completo cuando decidimos vivir juntos, apenas al segundo mes. Con el paso de las semanas de la convivencia se iba haciendo más claro que éramos dos sustancias forzando compatibilidad, representando una combinación impropia, dos agentes que se rechazaban como un cuerpo a un órgano extraño. Y lentamente nos fuimos dañando. Más temprano que tarde dejamos de hacer planes y nos convertimos en dos personas que compartían un espacio absorbidas por una rutina en la que su carácter marcaba el compás.

El conflicto era un referente para mí, el suelo sobre el que crecí. Creo que por eso lo intentaba, que por eso no quería aceptar lo que estaba pasando, pese a que el espejo me mostraba la cara de la Julia niña: lívida, triste, a veces extrañamente amarilla. También estaba lo de su familia. Él sabía que yo con ellos no me sentía cómoda y, sin embargo, jamás rechazaba las invitaciones que nos hacían para almorzar todos los domingos; a todas quise negarme, pero como él quiso, siempre asistimos. Aquella repetida escena entre sus padres me desconcertaba primero y me resultaba intolerable después porque me parecía falsa, forzada. Era una familia que pretendía felicidad. Eso fue lo que intuí desde la primera vez y no me equivoqué. Entonces, así como de niña me escondía detrás de las macetas, yo me excusaba de la mesa y me encerraba largamente en el baño del segundo piso, el de la habitación que Manuel compartió con su hermana Marlén hasta que ella se ahogó en un río el día de su cumpleaños número 15.

Esto lo sé porque me lo contó él. Me habló del tema una sola vez. Había bebido más vino que yo y de repente se quebró y me dijo: extraño tanto a Marlén. Esa fue la circunstancia en la que supe de ella, ya que en su casa nunca la nombraban. Para sostener a la familia, mantenerla unida, al menos eso fue lo que me dijo también Manuel, le pasaron a la tragedia por encima, la enterraron con su hermana y, a la semana siguiente, ya estaban los tres en la mesa, pasando juntos el domingo, rodeados de los portarretratos en los que ya no estaba la imagen de Marlén.

Quién sabe hasta qué punto habríamos aguantado, cuándo finalmente habríamos dicho basta, adiós, ya no más, nunca más. Desde el día que dejé el hospital no he hecho más que convencerme de que, de no haber hecho lo que hice, todo habría sido peor, que ya no solo entre nosotros nos habríamos hecho daño. Con la misma certeza que experimenté cuando entendí que debía irme de casa, supe que al haber tomado la decisión que tomé y que al no haber elegido viajar con él para pensar mejor las cosas, como me planteó, estaba sepultando nuestra historia.

Esto fue lo último que me dijo: nunca olvidés que sos vos la que está poniendo el punto final, sos vos la que querés acabar, literalmente, con todo. Y no sé si tenés ese derecho.

Aunque era un amor que vivía tensionado, lo quise y creo que él también me quería, pero sobre todo creo que ninguno sabía bien cómo querer, que las nuestras eran referencias distorsionadas. Durante tres años intenté sostenernos basándome en el *collage* que fui armando en mi cabeza con todo lo que había visto en las telenovelas que, a veces, lograba ver a escondidas de mi abuela y mi tía Elena, quienes no me dejaban verlas. No fui testigo del amor entre mis padres. Ni siquiera llegué a verlos juntos. Aunque se casaron por la iglesia, él se fue cuando ella me tuvo. Nunca he visto su rostro. Por ende, no existen fotos ni videos donde estemos los tres. No hay un solo relato que de nosotros pueda contarse sobre cualquier soporte que no sea la exigua voz de mi madre que apenas y me habló de él hasta que ya no pudo usar más la voz, hasta que se convirtió en el pájaro más débil y triste de la noche. No sé lo que es ir al cine o al parque con tus padres, sentarte con ellos en la misma mesa, compartir un almuerzo, una merienda. Nada es lo que puedo evocar o reconstruir de una vida que nunca llegó a pertenecerme, que nunca terminó de ser mía.

Tampoco fui testigo del amor entre mis abuelos. Aunque viví con ellos más de la mitad de mi vida, mi memoria no alberga ninguna demostración afectuosa, un mínimo intercambio, mirada o gesto cómplice que los convirtiera en una pareja que se quisiera.

En mi memoria, solo ellos aguantándose como una condena, como si no hubiera más remedio que quedarse donde no se quiere estar.

En mi memoria, solo el tiempo que ha pasado y del que puedo dar cuenta, el tiempo que me permitió alejarme y a través del cual ahora vuelvo, desandando la distancia que como única salida me impuse. Solo el tiempo que dejé pasar y quise, deseé tanto, que engullera todos mis recuerdos.

Pero no, aquí estoy.

No son recuerdos muertos.

Diez años después, sigo aquí, con ellos.

2

Cierro los ojos y también puedo ver a mi abuelo.

Tampoco me despedí de él.

Pero en breve volveremos a vernos.

Sé que va a estar sentado frente al televisor, aferrado al control.

Puedo verlo cambiar los canales, el pulgar apretando el botón de manera incesante, la mano casi quieta buscando cómo irse de donde no sabe estar, huir sin irse cambiando los canales, perdiéndose en vistazos de realidades inalcanzables.

Puedo verlo, solo, como siempre, en la casa que es suya, pero en la que parece una persona ajena.

Voy a entrar y ahí estará, en ese lado del sofá que ya tiene la forma de su cuerpo, el apoyo desgastado, manchado por el uso y los años; el sillón en el que, como una oscura sombra, su silueta persiste cuando su cuerpo no está. Mi abuelo sigue en la tela en la que su espalda se ha marcado como un sello gofrado en un papel, sigue en el relleno que se ha absorbido a sí mismo; con la mecanicidad de la rutina, por su peso, aunque ligero, la espuma ha ido cediendo.

Han envejecido juntos. El sofá y mi abuelo año a año se van desgastando, pero persisten en la corporalidad única en la que se han fundido.

Va a estar sentado frente al televisor, aferrado al control, con el brazo izquierdo reposando un poco más elevado que el resto del cuerpo, aunque esté enterrado en la espuma; allí, el sillón, también se ha estropeado, por lo que cada vez que toma asiento el antebrazo de mi abuelo se encastra a la perfección como la pieza que falta en el espacio que ha ido creando la constancia de esa extremidad.

Allí sentado me verá entrar y sonreirá, pero no se levantará.

Nunca ha sido necesario.

Sabe que yo me acercaré y entonces me saludará diciendo algo que atropellará con su propia risa, con la emoción que, aunque intenta no logra contener, la misma emoción que siempre que me habla sale de su boca disparada.

Y será como antes.

Será como siempre que me vio entrar a la casa que es suya, pero que habita como si fuese una tiniebla en la que se pierde; que ha ocupado siempre como un fantasma, en la que se ha movido siempre en silencio, a hurtadillas, penitente.

3

Faltan horas para mi vuelo.

No tengo ni sala, ni puerta de embarque asignadas todavía, por lo que tampoco puedo dejar de mirar las otras pantallas, las informativas, en las que números precedidos por una o dos letras mayúsculas, junto a horarios y los logos en miniatura de las aerolíneas van rotando, desapareciendo, y volviendo rápidamente a aparecer. Miro obsesivamente todas las pantallas que están a mi alcance, además, porque, aunque hay tiempo de sobra, temo perder mi vuelo. Ya me pasó una vez. Me distraje más de la cuenta comprando *souvenirs* de último momento en un *duty free* y cuando miré mi reloj, cuando reparé en la hora, ya era tarde, no me dejaron embarcar el avión.

A cada hora que pasa me parece que faltan más horas para mi vuelo y a cada hora que pasa me molesta un poco más no haber venido preparada. Las esperas largas ameritan toda clase de preparativos y resguardos, pero yo no tomé ninguno. Por eso, cuando no miro las pantallas, me detengo en el paisaje que se despliega tras los inmensos cristales; despejado, el cielo, tan celeste, se impone y a ratos me encuentro tan envuelta en el celaje que me parece estar suspendida en una dimensión paralela, en un estado de ensueño enrarecido, incierto.

Cuando salgo de ese túnel azul, camino. Por todos lados.

Este aeropuerto, el segundo de mi día, el de mi escala, es tan grande que busco siempre un baño un poco más apartado para volver a mojar mi cara acercándola al chorro del agua. No tengo otros mecanismos para distraerme. Traje solo un libro, uno que me recomendó y me prestó Manuel. Puedo ver su cara entusiasta, exagerada, fanática. Puedo escucharlo diciéndome: tenés que leerlo. Puedo ver cómo me lo acerca, a su cabeza moviéndose en señal de tomálo, andá, agarrálo, te va a gustar. Puedo verme también sentada al filo de la cama, leyendo de qué va y sintiendo cómo, de golpe, me invade el desinterés y un extrañamiento que reconozco, que ya me es propio ante lo distintos que somos. Me veo sintiendo su mirada en mi cara, mirarlo de vuelta y sonreírle como una Gioconda poco clásica mientras muevo el libro a la altura de mi oreja derecha para demostrarle algún entusiasmo que él, como tampoco me conoce como cree, no intuye falso.

No sé cómo el libro terminó en una de las cajas de mi mudanza. No recuerdo haberlo empacado junto a los demás, junto a los libros que sí son míos y entre los que no están los de mi abuelo porque cuando me fui de casa, salí liviana, no me llevé casi nada y no quise agarrar ninguno; tampoco entenderé jamás por qué.

A este lo supe conmigo esta mañana, cuando llegó a recogerme el taxi que me llevó al aeropuerto. Me mudé apenas hace una semana, por lo que antes de salir del departamento, me acerqué a la caja que, en rojo, y con mi letra decía “libros”. Al abrirla, fue el primero que apareció. No tenía tiempo, ya iba retrasada. Y era mejor un libro a nada y como era una edición de bolsillo, delgada, para terminar de calzarme, lo tomé por el lomo entre mis dientes y mientras mi lengua lo rozaba, apurada, terminé de meterme en los zapatos.

A pocas páginas de haber empezado *El hombre que confundió a su mujer con un sombrero*, de Oliver Sacks, supe que no iba a terminarlo. Pero esa fue una decisión que, en realidad, no tomé con este libro. Fue una decisión que, en realidad, tiempo atrás, alguien me ayudó a tomar. Durante muchos años dejé que me invadiera una especie de “carga de conciencia intelectual” que me obligaba a terminar, me gustara o no, lo que sea que estuviera leyendo. Solo así me permitía comenzar un libro nuevo; Luis me hizo ver el absurdo al que me estaba sometiendo. Es el encargado de la biblioteca de la que como socia me llevo libros prestados.

Nos caímos bien desde mi primera visita; al poco tiempo ya éramos amigos. Al menos, eso es Luis para mí, aunque no se lo haya dicho. Luis no sabe que es mi único amigo y yo no sé si piensa de mí lo mismo, si mi amistad tiene el mismo peso para él, si me considera una conocida más o una verdadera amiga. No sé cómo se distinguen estas categorías, ni qué pensaría si le dijera que no tengo amigos, que nunca los tuve, que mi abuelo era, en realidad, la persona con la que más conversaba, aparte de con los bichitos del patio y mis plantas.

Siempre que voy a la biblioteca lo hago cuando se aproxima su hora de salida. Me gusta esperarlo en las escaleras de la entrada de esa vieja casona después de retirar mis libros. Que cuando termine su turno, caminemos hacia la plaza y nos sentemos a cebar mate y a hablar de lo que últimamente hemos leído. Fue en una de esas charlas que le conté sobre mi torturadora mecánica y en la que esto fue lo que me dijo: Julia, hay demasiados libros en el mundo, tantos, pero tantos, que ni aunque reencarnés quince veces vas a alcanzar a leerlos.

Desde ese momento, no solo dejé libros a medio camino, sino que pasé a leer varios en simultáneo, a convertirme en una lectora más desorganizada, quizás, pero a la vez en una más rápida; debía, pensaba, aunque por vergüenza jamás se lo comenté a Luis, ganarle al tiempo que ahora sabía que siempre me faltaría. Para ese fin, él colaboraba. Cada vez que iba a la biblioteca, ya Luis me tenía preparada la pila de libros

que, no sin antes devolver la anterior, yo retiraba cada diez días, una pila en la que indefectiblemente él deslizaba una o dos sugerencias personales, casi siempre autoras que yo desconocía y terminaban por fascinarme. De ese modo, aunque estaba permitido sacar en préstamo máximo tres libros, dependiendo de mi pedido inicial, yo me llevaba entre cuatro y seis.

Pensé en Luis, en cómo se habría reído si hubiese sido testigo de mi acto, por qué no, solidario, cuando hace unos minutos dejé el libro de Sacks en una de las tantas bancas, frías y metálicas, que hoy he ocupado. Debí haber traído, al menos, una de las novelas que compré cuando Luis me dijo que en la biblioteca no las tenían ni las iban a tener próximamente. Pese al desorden, a las cajas dispersas por todos lados, unas todavía cerradas, otras abiertas, rotas; al plástico para embalar chorreado como espuma marina sobre el duro cuerpo de la arena del parqué, pese a la ropa que como moluscos blandos se quedó colgada al filo de la cama, edificué una torre pequeña, la única pieza que esta semana ha equilibrado mi vida y le ha dado algo de sentido de pertenencia al que aún no termina de ser mi hogar.

Pero no pensé en la torre antes de salir. En lo único que pensaba era en que no podía perder mi vuelo. La armé la primera noche que pasé en el monoambiente que logré alquilar luego de haber salido de la casa de Manuel aprovechando uno de sus repentinos viajes de trabajo. Encima de un taburete de madera que dispuse como velador acomodé *Las olas* de Virginia Woolf; *Agua viva*, de Clarice Lispector; y, de Murakami, *Sputnik, mi amor*. Al saberme ya libre de Sacks, me recrimino que ninguno de esos libros está ahora conmigo, pero lo cierto es que no pensé cómo mataría catorce horas de espera. Lo cierto es que, a todo este tiempo, no le di tiempo. Lo cierto es que antes de viajar evité pensar. Esa era mi actividad: evitarme en mi cabeza. Luchaba por apagar mis pensamientos, no darles tregua. Los sofocaba como se sofoca al fuego para que no se torne incendio.

Lo que sí fui armando mentalmente fue la lista de compras para la fiesta de mi abuelo y nuestro reencuentro, pero por fuera de eso me abstuve de pensar —luché, me obligué, me prohibí, me forcé— para aislar las conjeturas, no armar escenarios. Por eso, ahora, recién ahora, caigo en cuenta de que no tengo idea de lo que estoy haciendo, ni de lo que me espera.

4

Cuando era niña no me interesaban los libros.

Mi abuelo tenía muchísimos, en estantes en su cuarto, en la biblioteca que ocupaba toda una pared de la sala; colecciones enteras con lomos en letras doradas que, aunque nadie los tocara, con el pasar del tiempo, se fueron borrando. Con empastados de cuero y páginas que olían a moho, que se habían pintado de sepia. Con algunos tomos ahuecados por los peces de plata y la carcoma que se comían las hojas.

Mi abuelo leía un libro por día y ansiaba que yo también lo hiciera. Con los ojos iluminados, insuflados por una alegría expedita, como si se tratase de caramelos, me instaba a elegir y tomar, a modo de préstamo sin devolución, todos los que quisiera. Un día todos estos van a ser tuyos, Julia, me decía, pero nunca me leyó; no me leía.

Tampoco lo hizo mamá. Ella solo me cantaba, cuando podía, cuando mi tía Elena y mi abuela dormían, que era cuando creían que ya todos lo hacíamos en la casa; recuerdo canciones como *Cangrejito de coral*, *Pin pon es un muñeco*, o *Las estrellitas*. A mamá no la vi leyendo nunca. En realidad, me cuesta acordarme de lo que hacía, enumerar lo que le gustaba, enunciar lo que quería lograr en la vida. Me cuesta decir quién era por fuera de que fue mi madre, hija de mis abuelos y hermana, la intermedia, de mis tíos Elena y Elio.

Digo que mi abuelo leía un libro por día, pero tampoco lo vi hacerlo. Eso era lo que él me contaba. De pie, con la cabeza echada hacia atrás para alcanzar a divisar, me quedaba contemplando la biblioteca que, como un gigante, se elevaba hasta el techo, pero pocas veces tomé alguno con el propósito de leerlo y no recuerdo haber visto con un libro entre las manos a mi abuelo; sentado en el sillón solo lo vi aferrado al control del televisor. Yo igual le creía, estaba convencida de que debía haber sido así, si para cada palabra que yo no entendía, mi abuelo tenía el significado. Yo pensaba que los libros le habían dado todas las respuestas; él era mi brújula, mi enciclopedia. Con él lo descubría todo, lo real y lo imposible; nunca dudó en inventar historias para mí.

Como digo, yo tampoco leía mucho. Me prefería con los insectos, con las plantas, con la tierra. Más que a las páginas ahuecadas, a las que me acercaba precisamente para constatar los túneles y los agujeros que los bichos habían hecho, para revisar las formas irregulares que creaban en las páginas, los redondos o largos tajos que perforaban el papel y me parecían otro idioma, una nueva escritura, indescifrable y misteriosa, me gustaba sentir a los ciempiés deslizándose en la palma de mi mano, o

tocar la corteza de los árboles; sentir esos tejidos vasculares, corchosos y gruesos, en las puntas de mis dedos, conectarme con ellos como con otra piel.

Me resultaba fascinante, además, tocar los microuniversos vegetales que se establecían sobre esas cortezas, los suaves parches de musgos y líquenes amarillos, verdes claros, oscuros, fosforescentes, otros un tanto pálidos, que solía palpar delicadamente, pero en los que, a veces, también me frotaba los dedos para deshacerlos, para despedazar en mí esos delgados filamentos. Cuando no quería estar más escondida en el patio y lograba escaparme de la casa, me iba al parque que quedaba a unas cuadras para abrazarme a los troncos de otros árboles, no los de nuestro pino y nuestro sauce, que me parecían seres malignos, los guardias protectores de toda la maldad de la casa.

Extrañamente ahora, cada vez que veo, sobre todo un pino, más que asociarlo con la maldad que resguardaba como un escolta insobornable, pienso en la colonia que justamente olía a pino y que, luego de afeitarse, mi abuelo se ponía en la cara, dándose palmadas. No hay una comprensión lógica para las asociaciones que se llegan a entablar entre cosas y personas, tampoco para los cambios que se dan en torno a eso que durante tanto tiempo habíamos asociado con algo; no sabría precisar el comienzo de esta historia de vinculación ni de ninguna otra. A mi madre, por ejemplo, también la asocio siempre a ese perfume del que no logro recordar el nombre, pero sí su olor y la botellita que contenía y conservaba la dorada pócima, la esfera fucsia que tenía por tapa y la borla negra que colgaba, elegantísima, del cuello del frasco. Mi abuelo le había regalado ese perfume, a escondidas de mi abuela y mi tía Elena. Y aunque mi madre lo usaba mínimamente, en poca cantidad y pocas veces, el aroma se prendó de ella y de la camiseta de rosas rosadas y celestes que, hasta cuando pudo, usó para dormir. ¿Dónde estará esa camiseta?, ¿por qué no me la quedé cuando mi madre ya no pudo usarla?, ¿dónde quedaron los objetos que configuraron su existencia diaria? Y esos objetos, ¿cuáles eran?

5

Ante el aburrimiento, a ratos me vence el sueño; lucho para no quedarme dormida. Sigo deambulando, atarida, por las heladas salas del aeropuerto y, a medida que voy avanzando, en realidad, dando vueltas en el mismo sitio, me esfuerzo por comprender por qué no sé cómo apagar mi cabeza que ahora no para, donde no cesan de arremolinarse escenas no logro apartar, que no puedo poner en blanco para pensar nada, solamente nada. Que ya no me permite mirar solo un punto fijo habiendo antes desactivado —pero cómo, he aquí mi desastre y el dilema que me absorbe en el mismo bucle indeseable— cada uno de los resortes que me entregan a estas secuencias que estoy odiando revivir; que me mantiene cautiva en su jaula sin llave y sin puerta, revoloteando como mi madre: como un ave con el pico roto y desplumada, golpeándome el cuerpo contra los barrotes que, ante mi propia frenética embestida, no paran de sonar, por lo que no se hace el silencio.

A medida que voy avanzando sin poder silenciar mi cabeza, también pienso que a los guardias de seguridad puedo parecerles sospechosa por tan inquieta. Y, en efecto, cuando paso delante de ellos me miran de soslayo, percibo sus ojos escudriñando mi ropa arrugada, mi cuerpo vencido. Pero no me importa. Lo compruebo, pero hacerlo no cambia nada para mí y sigo avanzando, y solo cuando me parece haber encontrado otra nueva locación en la que, intuyo, estaré más tranquila, elijo un asiento en el que finalmente tampoco me quedo, al menos no por mucho tiempo.

Estoy fatigada. No consigo, en ningún sitio, sentirme cómoda. La impaciencia rápidamente se me seca como cera tibia sobre la piel. A los pocos minutos —el patrón se ha repetido a lo largo del día— mi apenas conquistada calma transmuta. La intranquilidad vuelve a manifestarse y mi cuerpo, aunque ya habituado a su postura de derrota y cansancio, a moverse en busca de la comodidad que, en el fondo, sé que no voy a encontrar, no en este lugar. Es entonces cuando no me queda más que desacomodarme; abandonar la posición supina, que la mochila deje de fungir de almohada para pasar a colgarse como una medusa de mi espalda y que mis pasos me dirijan hacia cualquier otra sala, hacia donde mi instinto me diga —otra vez, por enésima vez— que pare; aquí puedes detenerte, volver a sentarte.

Todo esto que hago lo hago sin hablar. Permanecer callada es algo que no he dejado de hacer. No quiero voces, no quiero a nadie dirigiéndose a mí, ni sosteniéndome la mirada; hoy, más que ayer o la semana anterior, no lo quiero y, para ser franca, no lo

quiero nunca en un aeropuerto, donde todo adquiere un carácter de mayor impermanencia, donde todo es un poco más impredecible e inestable porque los aeropuertos son zonas límbicas, umbrales. Son lugares donde nadie puede quedarse, de donde tarde o temprano siempre hay que irse; zonas en las que todos podemos ser, en algún momento, sospechosos, estancias en las que, aunque intentes pasar inadvertido te sientes observado, vigilado, y lo estás, en realidad.

Tengo argumentos que no responden a una neurosis provisoria, a una remota paranoia o a mi hartazgo de horas. Se sabe que por estos lugares no solo transita gente de todo el mundo, de todas partes, sino que hay gente de toda clase y con esto me refiero a que hay delincuentes al acecho de mujeres solas o de amigas que viajan juntas, a las que se les acercan amablemente para ganarse su confianza, luego secuestrarlas y sumarlas a redes de trata. O que si te descuidas por un segundo pueden meterte droga en tu equipaje. A ratos siento que exagero, pero luego recuerdo que yo también soy una mujer que viaja sola y me obligo a mantener los ojos alertas, muy abiertos, aunque está siendo tan larga esta espera que, por momentos, lo único que quiero es bajar la guardia, ya no pensar en nada, abstraerme en mi silencio y que mi mente se venza como ya, a estas alturas, se ha vencido mi cuerpo. Pero el ritmo enloquecido del ruido externo me atrapa: una sinfonía disonante de voces en varias tesituras e idiomas, el incesante rodar de las maletas, el llanto de un niño, el repentino ladrido del pastor alemán que la policía antinarcóticos jala de una cadena que me parece que está muy ajustada a su cuello, las radios de los vigilantes, la estridente y desmedida risa de la señora que, a unos pasos de mí, toma café con su hija; el vibrato del altoparlante que imparablemente anuncia cosas, impidiéndoles la abstracción a los pasajeros que, solos o acompañados, como yo, también buscan abstraerse, pese a que también, como yo, procuran estar atentos porque, quizás, temen también perder su vuelo.

En lo que va de la escala, he atestiguado esta escena dos veces. La primera, representada por una mujer de unos 50 años, y la segunda por una pareja en sus treintas. Al escuchar sus nombres precedidos de la advertencia “última llamada”, súbitamente, volviendo a conectarse con la realidad, abandonando la somnolencia, se echan a correr lo más rápido que pueden. Sin embargo, a su llegada al *counter* encuentran cerrada la puerta de embarque, pese a que los motores de la nave todavía no se han encendido, pese a que aún pueden ver inmóvil en la pista al pájaro gigante. Intentan entonces, primero amablemente y luego, a cada segundo, un poco más irritados, persuadir al personal de la aerolínea, pero ellos cumplen con indicarles que ya no pueden embarcar.

Lo sentimos, señora/señor, ya hemos bajado sus maletas del avión. Estas situaciones refrendan los miedos que a veces llego a percibir injustificados, desmedidos y desproporcionados como manos y cabezas dibujadas por niños de cuatro años. Pero la vida real da cuenta de que no todo lo que creemos imposible puede serlo.

Decido dar una vuelta. No quiero comprar nada en particular. Me gustaría, sí, encontrar algo para mi abuelo. No sé qué podría gustarle, qué podría necesitar, pero me ilusiona la idea de, aparte de la torta, hacerle un regalo. La ilusión, no obstante, como de costumbre en mi niñez, se disipa rápido. Inmediatamente pienso que, si le compro algo a él, tendré que llevarle algo a mi abuela, aunque no quiera. Que si se da cuenta de que he llevado un regalo para mi abuelo, ella se ofenderá, se pondrá molesta, y lo último que quiero es generar un problema. Habiendo descartado la compra de regalos porque, por cierto, si llegase a comprarle a la fuerza algo a mi abuela, ella seguramente se lo daría a Elena porque no soporta que su hija no sea tomada en cuenta y jamás permitiría lo que, a su parecer, sería una ofensa, con la consigna de ayudarme a atravesar las horas que aún me faltan para embarcar, decido seguir recorriendo los locales, solamente mirar lo que tienen. Hay alcohol, mucho alcohol, promociones de botellas, 3x2, chocolates en ofertas similares, maquillaje, chompas, sombreros, artesanías, gafas, maletas, estilógrafos, pacas de cigarrillos, almohadas para el cuello, cargadores, perfumes, accesorios para celulares.

Nada me interesa puntualmente; me acerco a los perfumes. Hay escaparates llenos y vendedoras que me ofrecen olerlos, que me extienden un abanico de *mouillettes* que previamente han rociado con distintas fragancias: amaderadas, dulces, florales, cítricas. Pero mis ojos, como por su propia cuenta, buscan solo uno y lo hacen porque no puedo pedir ayuda para encontrar, ni pedir que me indiquen dónde está un perfume del que solo recuerdo un olor que no puedo expresar, del no recuerdo el nombre; solo estoy segura de que si llegara a verlo podría reconocerlo.

Lo hago. De pronto ahí está. Es ese. No puedo creerlo. Lo he encontrado. Tampoco comprendo cómo antes nunca lo busqué. Por qué sino hasta ahora he emprendido la búsqueda, en el lugar menos pensado.

Evidentemente, no es un perfume muy costoso. No está en las estanterías superiores. No es un *Chanel*, un *Lancôme*, o un *Yves Saint Laurent*. Se llama *Far Away*. Le pido a una de las vendedoras que me deje probármelo. Sí, ese. Ella ladea la cabeza, mirándome un poco desconcertada, pero sonriendo, sorprendida como en un juego al que por primera vez ha sido invitada a participar, y mientras se agacha para tomar el

frasco me comenta que, en todo este tiempo que lleva aquí trabajando, es la primera vez que lo olerá ella también. Nadie antes le había consultado por él.

Lo pulverizo en el reverso de mi muñeca. Lo hago, además, en mi camiseta, aprovechando que se distrae un segundo, convocada por una de sus compañeras.

No hay duda: es el olor de mi mamá, el que recordaba y no sabía cómo explicar.

Decido comprármelo, de inmediato. En la caja me preguntan si es para regalo y yo respondo que sí, aunque no lo sea. Tal vez me cuesta verlo así porque es para mí. Pero, mientras veo a mi vendedora envolverlo, pienso que lo que he comprado es efectivamente eso: un regalo, el objeto que me ha permitido sellar una búsqueda personal de la no fue sino hasta hoy que me hice consciente. Una búsqueda que hasta hoy había sido absurda por imposible, por no tener un punto de partida tangible por fuera de la memoria de mi nariz.

Con la bolsa de mi compra en la mano y mi espíritu en modo de conquista, me llevo a seguir recorriendo los locales. Me desplazo entre las tiendas silenciosamente contenta y aunque es una emoción interior tengo la impresión de que los otros paseantes del aeropuerto son capaces de atestiguar mi orgullosa excitación. Creo estar viviendo el hallazgo de un tesoro, haber resuelto un enigma que nadie más que yo podía resolver, y haberlo hecho, sin ningún mapa, sin ninguna guía, aumenta mi satisfacción, al punto de orillarme y mantenerme en una fracción de tiempo donde no parece haber existido la parte previa del día, donde no parece que habrá un después, ni nada más que estos instantes en los que reconozco lo que estoy sintiendo como algo íntegramente mío. Como los amaneceres desde mi cama, la secuencia en la que una nueva mañana se abre tras la ventana para resplandecer como el mar en la oscuridad e ir aclarándose hasta ser toda celeste, hasta que el sol entra en el cielo a pesar de que la última estrella sigue aún ahí, ocupando, muy arriba, un espacio temporal que ya no le corresponde, al que ya no pertenece.

Me toco con la lengua el labio, está seco, partido, diminutos tajos lo surcan verticalmente, en ellos la piel se ha levantado. Lentamente van abriéndose paso en mi cabeza las ideas previas, mis pensamientos se entreveran como ramas torcidas en mi mente cansada. Palpo en mi saliva la sed. Decido sentarme en un café que aflora a mi paso. Pido una botella de agua mineral y un americano. El café sabe a quemado, pero lo paso con el gas del agua que está moderadamente fría.

Observo a mi alrededor, entretanto muerdo el palito de madera que me dieron para revolver el azúcar que no pedí y reposa dentro de dos sobres sobre la bandeja en la que también colocaron servilletas como para tres.

Observo y me siento observada también. Este es, por lo visto, el código de un lugar por el que transitan, a diario, millones de extraños: mirarse sin hablar. Especular, conjeturar sobre los otros. Como cuando se escucha una conversación a través de una pared y llegan voces a las que uno les dibuja cuerpos, vidas, rostros.

Reviso nuevamente mi teléfono y por primera vez en esta interminable sucesión de horas, mayoritariamente de letargo y agobio, la mínima luz de una notificación despeja todo lo que hasta este segundo he vivido.

Súbitamente empalidezco.

Temo mirar porque sé lo que espero encontrar. Y creo que no hay lógica en mi deseo porque fui yo la que terminó nuestra relación. Y, sin embargo, el estómago se me estruja de los nervios y se me derrama el café y para algo, finalmente, me sirven todas las servilletas que me dieron. Las coloco encima de la marea marrón que rápidamente ha atravesado la mesa que ocupó y caído, aunque apenas un poco, sobre mi pantalón.

Tardo unos minutos en atreverme a mirar, en hacer que la pantalla se encienda. Quiero creer que es Manuel porque sé que no quiere volver a hablarme.

Fue muy fuerte cuando le conté que estaba embarazada. Ni siquiera le permití opinar. Solo le dije lo que yo pensaba: que yo no quería lo que tenía adentro, que yo no quería tener hijos con nadie, nunca, ni siquiera con él.

Lo descubrí la mañana de un domingo. No podría explicarlo mejor. Mi intuición me lo dijo. Desperté y solo supe que estaba embarazada. Tenía once días de retraso, algo que no me había particularmente preocupado porque mi periodo es irregular, pero al abrir los ojos tuve la certeza de estar experimentando, en el cuerpo, algo inédito. Y fue tal la certeza que salí inmediatamente de la cama, lo más silenciosa que pude, y sin ni siquiera haberme lavado la cara ni los dientes, antes de que él se despertara, me fui a la farmacia; mi impaciencia no me habría permitido aguantar, sin respuestas, mucho más.

Una vez allí, pedí que me dieran una prueba de embarazo, cualquiera, y una pastilla para el dolor de cabeza. Corrí de vuelta a casa. No pude esperar a que bajara el ascensor que estaba demorado o se había quedado, quizás, averiado como siempre en el tercer piso. Opté por subir por las escaleras, pero como también lo hice corriendo me tropecé y me caí dos veces. Solo cuando al bañarme sentí un ardor en las rodillas,

entendí que me había raspado con la granulosa cinta antideslizante pegada al borde de cada grada.

Pese a mi ansiedad y apremio, entré sigilosamente al departamento y me encerré de inmediato en el baño deseando tanto, tanto que el resultado fuera negativo. Con Manuel no habíamos hablado de tener hijos, aunque él, aquella vez que me contó lo de su hermana Marlén, dijo que, aunque no estaba seguro de si quería tenerlos, no podía descartar la paternidad porque sus padres soñaban con ser abuelos y solo iban a poder serlo a través de él.

Por mi parte, yo no quería ser madre. Serlo encerraba la posibilidad de perpetuar a las mujeres de mi familia y eso me aterraba, a eso me oponía rotundamente. Yo no podía ser madre, ya había decidido que no iba a serlo. Pero las dos rayitas rosadas que se presentaron casi de forma instantánea, sin que tuviera que esperar los minutos que indican en la caja, confirmaron mi sospecha, mi nítida intuición inicial. Lo que supe, de inmediato también, fue que no iba a tenerlo.

Por fuera de esa certeza, no experimenté más nada; no sentí nada. Fue el vacío lo que me colmó. Me asombré, sí, del conocimiento que tenía de mi cuerpo o de lo que después asumí como parte del llamado instinto materno porque, aún sin saberlo, yo me sentía albergando algo ajeno y mío al mismo tiempo.

No sé si fueron minutos o una hora la que me mantuve sentada al filo de la ducha con la prueba de embarazo a mi lado. Me quedé ahí porque no sabía si debía o no decírselo a Manuel, aunque ante esas dos únicas opciones terminaba concluyendo lo mismo: ¿qué sentido tenía hacerlo? Nada de lo que él dijera iba a incidir en una decisión que también respondía a que yo no quería formar parte de su familia, de una familia que, a su manera, se parecía a la mía. Una familia que, escudándose en el pragmatismo por el que también él bregaba, reflectaba el dolor, ocultaba las tragedias, al punto de haberse negado el peor de sus duelos. No quería ser parte de una familia en la que, como en la mía, había un halo ominoso en su comportamiento, una ominosidad que me generaba el mismo rechazo que mi propio parentesco. Yo no quería más de eso.

Solo me despabilé cuando lo escuché salir de la cama, arrastrarse por el cuarto en sus pantuflas y, antes de que llegara y abriera la puerta —porque lo primero que hacía al levantarse era meterse al baño—, opté por ser yo quien saliera. Pese a que habíamos dormido juntos, al tenerlo de nuevo cerca de mí sentí rabia. Quise mirarlo a los ojos, encararlo, contárselo. Quise decirle: estoy embarazada, pero no quiero un hijo tuyo. Era como una pequeña venganza, una manera de desmoralizarlo como cada vez él

me desmoralizaba imponiéndome sus argumentos, manejándome a su antojo, manipulándome con sus palabras.

De pronto, recordé todo eso y entonces la rabia y quise romperlo, rompernos.

Pero cuando llegó hasta el dintel de la puerta donde me encontraba plantada, aún somnoliento y con los ojos entrecerrados, me atrajo hacia él, me besó la frente mientras con las manos me tomaba por los hombros y, sin esperar a que yo lo hiciera, me apartó hacia un costado con la torpeza de un cuerpo que todavía pugna con el sueño.

Como era usual, me dejé llevar, hice lo que él quiso.

Me aparté un poco más de lo que él ya me había apartado y caminé hacia la cocina enfocada en el ritmo de mis pasos, entregándome y escuchando, en su sutileza, a cada uno de ellos, mientras a mis espaldas se cerraba la puerta.

Fue mientras tomábamos café cuando pude decir algo, cuando finalmente dije: estoy embarazada, pero no lo pienso tener. No sé de dónde me salieron las palabras y no me interesó escuchar las suyas. Mi intención no era que habláramos, solo informarle, ni siquiera lo que estaba pasando, sino mi decisión.

Como no me interesó oírlo, no puedo recordar lo que me dijo.

Me acuerdo, sí, del aplastante e inagotable silencio que sucedió a ese momento. Ese portal de tiempo que se abrió y nos tragó, que nos mantuvo con los codos apoyados sobre la mesa, quizás unos minutos, quizás unas horas, quizás toda la mañana.

Pero se trataba de una prolongación, una acentuación del espantoso silencio que ya nos separaba, que nunca tuvimos con qué llenar. Ese silencio que era el abismo por el cual nos habíamos despeñado a los pocos meses de habernos conocido, un inalcanzable fondo en el que cada vez que cerraba los ojos, por unos segundos, veía a nuestros cuerpos destrozados; ya solo fragmentos dispersos.

Inexplicablemente, la inercia nos contuvo el resto de la tarde.

Ninguno rompió su mutismo.

Cocinamos, comimos, pero sin hablarnos, sin mirarnos, sin hacernos daño. Por medio de mi embarazo pude, al fin, constatar que el nuestro era un vínculo insalvable, al menos para mí. Me fue posible entender que estar juntos nunca había tenido mayor sentido. Más que en el embarazo, eso fue lo único en lo que pensé toda esa mañana que devino eterna, dolorosa como una herida de luz.

Se hizo de tarde. No estaba la cortina abierta, pero el cielo imponía sus transformaciones incluso tras la tela. Se anunció el último tramo del día; todo se nubló, se tornó aplastantemente blanco y gris, y llamada por esa densidad, por esa especie de

sudario que prometía abrazarme, envolverme y mantenerme cautiva en mi silencio, salí a la terraza y me senté en el suelo; quedé apoyada en el cristal de la puerta corrediza.

Manuel salió unos minutos después. Dio algunas vueltas por el perímetro hasta que se acuclilló a mi lado. Ahora todo empieza a desfilar delante de mis ojos. Nos veo sentados, muy cerca, aunque sin tocarnos, sin hablar. Estamos los dos llorando bajo los cordeles de ropa vacíos. Estamos junto a las plantas que la gata que a la vecina siempre se le escapa ha mordido. Estamos ya separados, y como si un rayo me atravesara con su luminosidad, de golpe comprendo que, si no he dicho más nada, que si no me salen ni siquiera ahora las palabras, no solo es porque ya tengo una decisión tomada, sino porque ya no hay nada más que decir.

Estoy segura de lo que siento y de lo que quiero, pero él, como siempre, entiende otra cosa y decide profanar mi silencio. Intenta hacerme cambiar de opinión, virar rápido la página, resolver rápido las cosas. Pretende instaurar e imponer su pragmatismo cegador y ridículo. Y lo odio. Siento, en ese instante, todo el odio que siento por él y que entra como una tempestad por mis oídos movilizado por su voz. Y a cada segundo que la escucho aniquilando ese momento odio un poco más esa voz y creo que no es posible odiar tanto.

Sé que lo odio y que me odio por haber aguantado, que lo odio por ser quien es, que nos odio por ser quienes somos.

Entonces me propone hacer un viaje, irnos lejos, y como si yo no la hubiera ya tomado, tomar la decisión que ya tomé, pero tomarla juntos. Irnos lejos, a cualquier lugar, para reencontrarnos, reconocernos, empezar de cero, de nuevo.

Su voz se torna fragor, su voz es el ruido que no quiero y es la que me levanta, la que arranca mis raíces del suelo. Y me hago hoja, me hago pluma, me hago el aire que todo lo toca, el viento que todo, arriba y abajo, lo mueve.

Me deslizo, cruzo la puerta.

Dejo de oírlo.

De pronto sé qué es lo que debo retomar, a dónde debo ir, con quién volver.

Sé que aunque no me espere, mi abuelo me espera.

Sé que es con él la vuelta a casa, el reencuentro, el reconocimiento.

Por eso estoy aquí.

Por él llevo tantas horas esperando para viajar, pese a que me molesta estar haciendo, anticipadamente, viajes en el tiempo.

Podría estar leyendo, pero, en su lugar, estoy aquí, embrutecida, pensando en Manuel, en mi infancia, en mi familia. Todo separado, todo junto, oprimiendo tanto. Tal vez sea culpa. Quizás me siento culpable por la manera en la que terminé las cosas; yo quise causarle daño. Por eso ansío que de él sea el mensaje que he recibido. Pero la notificación es de un mensaje de voz de la operadora de mi línea celular intentando convencerme de cambiarme a un nuevo plan.

Por Dios, qué estúpida soy. Por supuesto que no me va a buscar.

Me avergüenza mi desilusión; empiezo a sentirme aun más molesta. Ya no aguanto mi impaciencia, ni seguir en este aeropuerto, ni mi patetismo de quinceañera. De golpe, siento pesadas las piernas, como si durante el día hubieran estado llenándose de agua y estuvieran ahora a punto de estallar.

La felicidad de mi triunfo como exploradora de tesoros rápidamente se ha opacado. ¿Por qué nos pesa tanto lo malo? Mi cara, hasta hace poco contenta, se contrae. Siento a mi fastidio no solo contrayendo mi rostro, sino latiendo en mi hueso frontal y una presión en la parte baja del cráneo, justo arriba de la nuca, a unos centímetros de mi oreja. Es una inflamación del grosor de una babosa. Me llevo ahí la mano izquierda; presiono, me duele.

Me acerco luego a la boca la misma mano y detecto la intención con que lo hago. Me doy cuenta de que, a lo largo de las horas, más que sea, no me he comido las uñas, aunque no ha sido así con el pelo. He ido dejando en el suelo varios remolinos de mi cabello como la casi imperceptible impronta de mi paso por las salas de este aeropuerto. Para no arrancarme más el pelo, comienzo a jalarme con las uñas los pellejitos que tengo en un dedo y cuando uno finalmente me sangra me miro fijamente la mano y reparo en que, aunque hoy casi no lo he hecho, por siempre mordisquearla y arrancármela, ahí mi piel ya no es la misma.

Está más expuesta, más roja. Es más desabrida, más finita. Como la de mi madre, ha adquirido otra textura. A ella también le cambió la piel. Le fue cambiando mientras agonizaba, cuando ya se había convertido en pájara.

6

Fue repentino.

Como no quería darme cuenta de las cosas, como evitaba estar en la casa, como huía, o como estando en la casa me cubría de tierra los ojos, quizás me perdí de las primeras señales. O quizás no quise verlas, quizás, verdaderamente, no las vi. O puede que lo haya ignorado. Ahora no me resulta fácil determinarlo.

No tendría problema en reconocérmelo, decírmelo de frente.

Lo haría si estuviera segura, pero no lo estoy.

Digo que a mi madre le cambió la piel mientras agonizaba, aunque quizás sea más preciso decir que el cambio se produjo antes porque ya para ese momento la suya era una existencia traslúcida; sus plumas, gradualmente, como un suplicio que me atormentaba, fueron perdiendo la luz tornasolada que adquirieron en el culmen de su condición, el punto en que pensé que sobreviviría, en que creí que podría mantenerse así y yo encargarme de ella, cuidarla, para siempre mantenerla viva.

Yo creía que mi madre y mi abuelo eran inmortales, que la inmortalidad era inmanente a ellos; me equivoqué.

De repente, todo se opacó, todo fue del más homogéneo gris.

Ya, en aquel entonces, mi madre y sus alas inmóviles estaban al borde de la extinción, pero aun así quise creer que podría, que juntas podríamos, que su vida así, en su nueva forma, sería posible si yo la resguardaba entre mis manos como se resguarda una llama para evitar que se apague, si las mantenía en permanente ruego, si prolongaba mi clamor en silencio.

No fue sino hasta mucho tiempo después, cuando ya me había ido de la casa, que asocié las señales. Que supe que su muerte me había sido anticipada, que me había negado a ver o que mi inocencia no me permitía reconocer la causalidad, el significado de los signos que se manifestaban como rojas banderas.

Yo había visto pájaros muertos. Antes de que mi madre agonizara, yo ya había visto a aves muriéndose como ella: lentamente, escurriéndose de entre mis manos como un puñado de arena. Antes de que mi madre se muriera, yo atestigüé de cerca el desdoblamiento, vi abriéndose a la negra boca de la muerte para aspirar el último hálito de la vida que estaba por arrebatarse.

Recuerdo al primero; su cuerpo exiguo, todavía blando, caído en medio del parque. Me acuerdo porque no dudé. Lo agarré y lo acerqué a mi pecho como se acuna

un bebé. Alejándolo solo un poco de mí, con mis manos todavía pequeñas, sosteniéndolo de la manera más delicada que me era posible, lo observé. Su cabeza tenía el tamaño de una nuez, la cara tan ínfima y surreal parecía desdibujarse a medida que yo temblorosamente la acariciaba.

Recorrí todo su cuerpo con la punta del dedo y en un momento un leve espasmo se extendió como una corriente de energía por mis manos, hasta mis brazos; fue cuando pensé que seguía vivo. Pero él era la muerte y esa evidencia, tan triste, me arremetió, al tiempo que su belleza, verdadera, sencilla, me maravillaba, me conmovía; sentía a mi alma llenándose de la ingenua emoción de saber mío a un ser del aire y estaba ávida de ese sentimiento. Sus ojos cerrados, estaba intacto, perfecto. Quise quedármelo, no dejarlo ir, a pesar de que, de alguna manera, sabía que ya no podía irse a ningún lado.

Estuve largamente observándolo, contemplando su vida que ya no era vida y, al darme cuenta de que, en efecto, ya no se movía, que ya no iba a volver a moverse, reconocí su muerte y, sin aún entender bien lo que significaba la renuncia, ni la muerte, entendí que debía renunciar a él. Lo enterré. Cavé con las manos un hueco en una de las jardineras y me despedí de él y lo enterré y me sentí profundamente confundida y triste.

Algo similar me ocurrió de adulta y fue entonces cuando comprendí que, al haber visto de niña a esos pájaros, el desenlace de mamá me había sido anticipado.

La gente asimila mejor o acepta en mayor medida el acercamiento de los niños hacia los animales. Pero cuando yo volví a sostener a un pájaro muerto en la calle, a plena luz del día, ya de grande, quienes pasaban a mi lado me observaban recelosos, desconcertados. Yo no les devolví la mirada, pero me daba cuenta de la expectación de algunos de los ojos de esos cuerpos que avanzaban por la vereda conformando un tropel que circulaba al mismo paso y en la misma dirección, una masa humana que en la siguiente esquina se escindió y dispersó para seguir avanzando hacia todos lados y hacia ninguna parte. Hoy, ahora, entre tantas otras cosas que quisiera saber, a las que quisiera poder escribirles una respuesta, me pregunto a dónde se dirigen aquellos cuerpos que, aunque despiertos, van dormidos; a dónde va y a dónde llega la gente que solo avanza, siempre a prisa, siempre tarde. Ahora, hoy, me pregunto qué los hacía moverse tan seguros de que esos eran los pasos que debían hacer.

Como digo, a ese primer pájaro que vi y tuve muerto en las manos cuando era todavía niña le sucedieron varios. Yo jugaba, corría y, de repente, se aparecían en mi camino muertos, cuando no podía ya hacer nada por ellos como tampoco pude hacer más por mi madre cuando los trinos, de pronto, cesaron. Cuando sus ojos apenas y se

mantenían entreabiertos, ya sin emitir ningún destello; cuando su cuello, tan delgado y largo como el de un flamenco, como sus alas se inmovilizó.

Ya entonces ella aguantaba en contra de su voluntad.

Era yo quien la retenía, quien luchaba por no verla desvanecerse en una, cada vez más cercana, planicie vegetativa.

Era yo quien la retenía porque no me importaba que mamá estuviera cansada, que apenas y me dejara abrir su pico para que por su reducida tráquea bajasen las gotas de agua mineral helada que yo le dosificaba con un algodón.

Como a una muñeca, yo la mantenía todo el tiempo junto a mí y una mañana, cuando me dispuse a revisarla, noté que su primer dedo, el hálux, estaba quebrado, todavía pegado a su cuerpo, pero desmayado como un esqueje junto a la planta de la que fue parte. Empezaba a imponerse su nueva realidad.

Mi madre se resquebrajó y se desgajó ante mis ojos aterrados, extáticos.

Impulsada por mi negación, en un desmesurado afán por salvarla, rearmarla, comencé a recolectar, una a una, las plumas que empezaron a caérsele, de repente. Todo me parecía, entonces, de repente. Pero solo era el desmoronamiento siguiendo su curso, la sombra de la muerte envolviéndola y encauzándola hacia el final.

A las plumas, sin embargo, me desvivía por volvérselas a poner, por pegarlas otra vez a su cuerpo, volver a llenar cada hueco, pero ni bien las colocaba, las plumas caían de nuevo; y mi madre me miraba triste y fatigada desde la mínima abertura que, en aquellos momentos, le permitía solo uno de sus ojos; el otro se había ya cerrado, replegado hacia la brillante luz de adentro.

Era el preámbulo del final y éramos pura humedad y no hubo anestesia, pese a que estábamos embriagadas de desesperación y dolor.

Y fue en mi desesperación que, como un último intento, pensé que podría, tal vez, ya no pegar, sino coserle las plumas. Me veo deslizándome en el cuarto de coser de mi abuela, acercándome a su caja de costura. Hurgo entre botones, abreojales, tijeras, alfileres. Busco la aguja más ancha y el hilo más grueso. Pero cuando vuelvo donde mamá está, cuando estoy a punto de hincarla, me detengo a examinar la aguja que brilla como uno de los peces de plata que se alimentan con el papel de los libros de mi abuelo. Y me pincho. Intencionadamente me hincó la punta del dedo con la aguja y, en un instante, un puntito de sangre brota de mí.

Pienso, entonces, recién, en que la aguja atravesándole piel a ella le va a producir un dolor más hondo y reparo en que yo sería la culpable de ese sufrimiento, que yo, que no la quiero ver sufrir más, la haría sufrir todavía más.

Me resigno, decido no hacerlo.

Pero seguí aferrándola a la vida, aunque ella ya no quería.

Hacia el final, aunque él decía que no podía soportarlo, que le daba demasiada pena y que prefería no hacerlo, me turnaba con mi abuelo para no dejarla sola.

Era como someterla a una reanimación perpetua. Recién ahora, que ya no soy una niña, me detengo a pensar que yo tampoco hubiese querido. Para qué resistir, si eso implicaba permanecer más tiempo en la casa, bajo su dominio, acorralada por mi tía Elena y mi abuela. Pero cuando tan solo era una niña, en lo único que pensaba era en que no podía dejarla irse, dejarla dejarme.

Me aterraba la idea, tan siempre próxima, de quedarme sin ella.

Me aterraba que mi abuelo se quedara sin ella.

Me aterraba que los tres dejáramos de ser lo que todavía éramos: ese filamento de vida tensado por mis dedos agotados, trémulos.

Sobrevivíamos porque éramos una tríada, que se mantenía a flote en el naufragio que era nuestro nado a contracorriente en la casa, donde estábamos todo el tiempo evitando ahogarnos porque pasaba de los periodos de niebla, en los que no podíamos ver nada más que sus bocas deformando las palabras que no queríamos oír y que, sin embargo, eran las flechas envenenadas que nos alcanzaban, a tiempos en los que preferíamos nosotros mismos abrir los grifos y dejar correr al agua, que la casa se convirtiera en la más oscura de las mareas para así dejar de escucharlas.

Así era más llevadero, por momentos, al menos. Esa era una de las estrategias de las que nos valíamos en la casa, donde todo se fraguaba bajo llave, donde todo era un secreto oculto como los frascos con caramelos de menta, donde todo silbaba algo que no era cierto, que nunca lo fue.

7

Tras catorce horas de escala somos convocados.

La hora ha llegado.

Pero cuando llaman a los pasajeros del vuelo AV8385, entre los que me encuentro, ese llamado, en lugar de impulsarme hacia la puerta de abordaje, me paraliza. Llevo catorce horas esperando este momento y, de pronto, no puedo hablar, no puedo moverme. Intento abrir la boca, sacar de mí algún sonido, pero lo único que puedo es sentir cómo mi cuerpo ya no responde a las indicaciones que le da mi cerebro, disposiciones ante las cuales, en otras circunstancias, se habría movido de manera inmediata y automática.

Solo puedo mirar lo que a mi alrededor pasa: los demás pasajeros aprestándose a formar una fila delante del *counter*, llevando en una mano sus pasaportes y tarjetas de embarque, mientras que con la otra empujan sus pequeñas maletas de ruedas.

Es patente que los domina el alivio de cuando llega un momento largamente anhelado y, sobre todo, la impaciencia por abordarlo. Lo veo en los rostros de todos, pero sobre todo en los rostros exaltados de los niños. Yo, que debo formar parte de esta escena desde el lugar en el que ellos están, la miro pegada a mi asiento, paralizada, quizás, por lo que está por venir. Casi petrificada en mi silla, empiezo a cavilar los posibles acontecimientos que con mi llegada a la casa se pueden desencadenar.

Entonces dudo. Es este el momento en el que entiendo lo que estoy haciendo o a punto de hacer. Y ya no pienso que embarcar sea una buena idea. Me digo que todavía puedo arrepentirme. Que es válido no volar, no volver. Literalmente, nadie, ni siquiera mi abuelo, me espera. Y mientras mis dudas se imponen y crecen, las personas que hasta hace poco sobrevolaban como libélulas a mi alrededor de repente dejan de estar; ni los murmullos de sus voces se oyen a lo lejos.

Sigo sin poder moverme. De pronto, me doy cuenta de que no tengo idea de cómo cruzar todos estos años de por medio, ni cómo voy a llenar todos los kilómetros de silencio. Yo no he vuelto a ver ni a saber de mi familia, de nadie que no sea mi abuelo. Yo no le pregunté por ellos y, en sus cartas, mi abuelo tampoco los mencionaba. Era un acuerdo tácito entre nosotros: no nombrarlos. Al menos en nuestro secreto intercambio de palabras nos permitíamos invalidar su existencia, para mí lejana, ya tan remota, ajena; para mi abuelo, el infierno en el que sus días todavía transcurrían. Y sin contárnoslo, pero sabiendo lo que el otro pensaba, porque nosotros también nos

entendíamos así, sabíamos que, al omitirlos, al interrumpir su presencia en nuestro espacio y tiempo, al negar al tío Elio, a la tía Elena y a mi abuela, nos era dada la posibilidad de imaginarnos una vida apacible, una vida feliz, la vida de una familia que no se pareciera en nada a la nuestra, una vida en la que solo contábamos mi madre, en nuestro recuerdo, y él y yo; esa es la foto con la que decidimos quedarnos.

Continúo paralizada y cuando mis ojos, lo único que en mi cuerpo se mueve, vuelven a fijarse en las pantallas, noto que ya no muestran información de los vuelos, sino miles de rayas: horizontales, distorsionadas, inestables. Cuando la imagen, finalmente, tras unos segundos, se estabiliza, me los proyecta, igual de pixelados, a ellos: son Elena, mi abuela y Elio burlándose de mí, apuntándome con el dedo.

Aterrada, solo atino a cerrar los ojos, pero al abrirlos ellos siguen en la pantalla. Vuelvo a cerrarlos, siento un nudo en la garganta, trago. Cuando me decido a enfrentarlos, mirarlos de frente, ya no apartarles la mirada, ya no estoy en el aeropuerto, sino en medio de la sala de la casa. En mis oídos, los bramidos de mi abuela, la risa perversa de Elena, la carcajada enferma de Elio.

Corro. Bajo las escaleras.

Me dirijo despavorida al patio, pero ellos continúan detrás de mí, me alcanzan. No tengo salida. Me detengo, me agacho, me ovillo en el suelo y cierro otra vez los ojos, con vehemencia, con fuerza, reducida por mi pánico.

Los vuelvo a abrir cuando siento una mano, delicada, escrupulosa, llamándome por el hombro.

Soy la última pasajera en embarcar.

Avanzo sin prisa por la manga que conecta la puerta de embarque con la del avión. Avanzo tan despacio por el pasillo, como avanzaré por el de la casa en unas horas, sin saber cómo o qué exactamente preguntar ni a qué conclusión llegar.

No hemos ni despegado y ya estoy mareada. He logrado hacer camino hasta el avión, pero siento el cuerpo grávido y otra vez la sensación en mis piernas ante su inminente estallido.

Me cuesta hallar mi asiento: el 07A, junto a la ventana. Tampoco logro acomodar mi mochila en los compartimentos superiores. Lo hace por mí una azafata tan delgada que llego a pensar, a ver, a mamá y en mi adormilamiento estoy casi segura de que es ella porque me parece oler su perfume, o mi perfume porque de ahora en adelante será también el mío.

Tras ayudarme a acomodar mi equipaje, se ofrece, ni bien se lo autoricen, a traerme una aromática o un café, lo que usted prefiera. Dice que está segura de que eso es lo que necesito, una bebida caliente, y seguidamente, en su cara, sus labios, pintados de rojo, despliegan una sonrisa que mantiene por unos segundos que a mí me parecen sucederse igual de lentos que mis pasos previos en todas las horas anteriores, que se congela en el tiempo.

La escucho, la observo y me entran ganas de abrazarla y de llorar y lloro, se me caen las lágrimas, pero no la abrazo. Quiero llorar en paz, sostenida por alguien, por ella que, aunque no lo es, se parece a mi madre, que un día dejó de serlo, al menos en la forma en que hasta ese momento lo había sido, que un día no aguantó más el dolor que mi tía Elena y mi abuela le causaban. Pero sé que no tiene cabida, que pedirle un abrazo sería raro e inapropiado. Solo asiento a sus palabras y me desplomo en mi asiento, sin aún comprender la premonición que me acecha.

Es la posibilidad de atravesar el cielo.

Es lo que pienso a medida que abro los ojos. No sé cuánto tiempo me he mantenido así, intentando relajarme y aplacar mi ansiedad volteando los ojos hacia mi entrecejo, donde está el tercer ojo. Observando esa semioscuridad que leí se llama, al menos en alemán, *eigengrau*: el gris oscuro que percibimos cuando le cerramos la mirada a la luz que viene de afuera.

Paradójicamente, es el afuera lo que me calma.

Al cruzar la Cordillera de los Andes las turbulencias son inevitables, pero el paisaje, si una se decide a contemplarlo, puede más, cautiva, hipnotiza.

A medida que el cuerpo del avión rebana perpendicularmente los cartílagos de las nubes, sin ruido ni dolor, los picos, cumbres, pliegues y hendiduras de la rocosa topografía van variando el color.

Hay negro, terracotas y verdes como el de los líquenes, mohos y musgos que crecen esponjosos en los troncos. Hay marrones, hay blanco, la nieve; y sobre todo eso el azul, claro, cristalino, límpido.

Abstraída en esta inmensidad puedo escapar, al fin descansar.

En esta inmensidad hallo la calma que, aunque aún no lo sé, en pocas horas me volverá a abandonar.

De pronto, la noche.

De pronto, el avión está por aterrizar.

La ciudad, desde lo alto, se muestra como un gran manto negro irregularmente surcado. Es como si una mano temblorosa, inexperta, hubiese zurcido esta infinidad de bruscas marcas, este tormento de puntos descoordinados que se perfilan, unos estáticos, rasgados; otros titilantes, amarillos, blancos.

La ciudad, desde lo alto, es una gigantesca constelación sin nombre ni significado. La ciudad, desde este plano cenital, todavía inalcanzable, tan remota, distante, es, de pronto, un enorme agujero en mi estómago, otro igual de inmenso en mi pecho; es ruido blanco, un vacío adormecimiento.

Sigo navegando el río negro de la noche, intentando hallar, reconocer alguna antigua forma a través de sus puntos de luz, cuando el piloto anuncia la hora local y la temperatura siempre húmeda, tan tibia, con la que la ciudad nos envolverá cuando dejemos esta cámara fría, alargada y comprimida.

Eso es todo, lo único de lo que estoy al tanto, lo poco que hasta el momento alguien puede decirme, a ciencia cierta, de mi destino.

9

Apenas cruzo las puertas automáticas, el calor me embiste como un golpe en la cara y en el centro del pecho. Hay gente dispersa en el *hall* que viabiliza el ingreso y la salida de personas del aeropuerto. Es un pasillo ancho, con barandales, que a su vez es un puente elevado porque debajo y a cada lado discurre un estanque con carpas o peces *koi*. Son enormes; hay demasiados en proporción al espacio, no parecen tener el suficiente ni para nadar. Me apoyo en la baranda para observarlos y siento lástima de que su vida sea tan limitada. Boquean y yo creo que lo hacen por falta de oxígeno y siento todavía más pena porque sé que no tienen forma de escaparse, que solo saldrán de la cautividad los que se vayan muriendo.

Hay ruido a mi alrededor. Hay, además de las carpas, un tótem publicitario en el que la policía nacional recomienda a los turistas solo tomar los taxis del aeropuerto y, esto quiere decir, aquellos que tengan el distintivo oficial con el nombre de la central aérea junto al número de unidad. Aunque no se lo diga en el cartel, también es fácil identificarlos porque todos los conductores llevan pantalones azules y guayaberas blancas. Me inclino por aceptar el viaje que me ofrece el único que, pese al calor, usa guayabera manga larga.

Es un señor mayor, o al menos el mayor del grupo. Tiene la piel morena, acerada; el cabello y el bigote y las cejas blancas con negro entremezclado. Me generan confianza, no sé si sus ojos, o su voz sosegada. No me dice venga, venga, niña, como los demás, como apurándome. Solamente suelta un ¿a dónde puedo llevarla? No es japonés, pero hace ese tipo de gestos o saludos que los japoneses hacen con la cabeza, como una especie de reverencia. Quizás sea su excesiva humildad o caballerosidad, pero me convence. Le pido que me lleve hasta el centro, al hotel Continental. Y al escuchar mi indicación, por el espejo retrovisor lo veo sonreír y asentir.

No se me ocurrió otro lugar donde comprar la torta que el Continental. Sé que a mi abuelo le gustaba, lo frecuentaba. Fue allí mi primera experiencia en el restaurante de un hotel cinco estrellas. Aquella fue la primera vez que me sentí grande siendo aún niña, la única que me entregué con afán y voluntad a la realidad y me ahuyenté de mis fantasías. Fue a los doce años. Cuando los cumplí.

Un año antes me había venido la regla, pero ese fue un acontecimiento que mantuve oculto, en secreto, incluso de mi abuelo. Nunca nadie habló conmigo al respecto. Ni mamá, quien tuvo poco tiempo para serlo, ni mi tía Elena, ni mi abuela, ni

nadie en la escuela, al menos no de manera directa. Recuerdo que, así como nos llevaron a una fábrica de leche y yogurt, donde por primera vez vi vacas y olí estiércol, en una jornada nos dieron una charla sobre la menstruación y nos regalaron toallas sanitarias y protectores diarios. Fueron esas chicas, vestidas de fucsia de pies a cabeza, las que me ayudaron a comprender lo que me había pasado y la manera en la que debía enfrentarlo una vez al mes.

Yo pensaba que mi abuelo no lo sabía, que nadie en la casa se había enterado. Me encargaba de envolver en mucho papel higiénico cada una de las toallitas que me sacaba y de esconder el bulto entre los demás papeles. Las compraba con vergüenza en la tienda de al frente de la escuela, con la mesada que él me daba (también a escondidas de mi abuela y de mi tía Elena). Pero para mi abuelo, sin embargo, la llegada de mis doce años marcó una fisura en mi biografía y el eufemismo que empleaba para referirse a esa transición que yo me empeñaba en invisibilizar era: ahora eres una niña grande.

Evidentemente, mi cuerpo mostraba cambios, leves, pero cambios, al fin y al cabo, transformaciones que con el pasar de los años no se acentuaron: mis pechos siguen siendo igual de pequeños, y sigue mi cuerpo en su misma estrechez. Pero para ese momento, cuando aparecieron, sin mi voz mi cuerpo hablaba y dejaba atrás una fase para dar inicio a otra que tampoco mejoró mis circunstancias en la casa, pero sí motivó a mi abuelo a celebrar mi cumpleaños de otra manera: no hubo canciones en voz baja, ni películas, sino la invitación a comer en el hotel.

Ese día me levanté y fui, como era habitual, a la escuela, pero mi abuelo pasó al mediodía por mí con la excusa de una ineludible cita médica. Sin hablar, caminamos unas tres cuadras. Yo no entendía nada, pero tampoco llegué a preguntarle porque cuando notó que estaba por hacerlo, él me interrumpió llevándose la mano a la boca para hacerme *shh* y luego añadió: ya verás, tú espérate.

Cuando llegamos a la avenida principal, tomamos un taxi y mi abuelo le pidió que nos llevara al centro. Íbamos desde el centro-sur, no era lejos, por lo que en pocos minutos el auto estuvo estacionado frente a la Catedral; ahí todavía queda, me dijo el taxista, el Continental.

A pesar de que no teníamos equipaje, de que solamente llevábamos mi mochila a cuestas, el botones, con su corta chaqueta color granate con ribetes dorados, con su gorro que parecía un fez y combinaba los mismos dos tonos del traje, se acercó a abrirme la puerta. Mi abuelo, quien iba adelante y se había bajado antes del taxi, con ojos expectantes, prestos a medir cada uno de mis movimientos, sonreía emocionado

ante la escena que yo protagonizaba y con la que se daba oficialmente inicio a la sorpresa que él había estado preparando, quién sabe desde hacía cuánto tiempo.

Bienvenido, economista, fue lo que escuché.

Cómo estás, Eduardo, respondió mi abuelo.

La reservación estaba hecha para almorzar no en La Canoa, que era la cafetería de la planta baja, sino en El Fortín, el restaurante *gourmet* del segundo piso. Subimos por separado las sinuosas escaleras de oscura madera; yo iba primero, muy despacio, anonadada, deslizando mi mano por el barandal de balaustres blancos. Al fondo, desde el bar, sonaba un piano al que me acerqué apenas terminé el trayecto de las gradas, atravesando varias mesas pequeñas en las que parejas y grupos de adultos tomaban como aperitivos cócteles y vinos.

Un señor de cabellos blancos y cejas muy negras, que aparentaba conocer a mi abuelo de toda la vida, nos recibió en la entrada principal del salón del restaurante. Era una gran puerta de cristales que abrió para nosotros y sostuvo con su brazo hasta que hubiéramos entrado. No sé cómo, si se quedó detrás nuestro, logró tomar la delantera para conducirnos hasta la mesa que nos habían asignado; era para cuatro ocupantes. Ya allí, quien luego supe que era el *maître*, quien a diferencia del botones vestía un traje, con corbatín, enteramente negro, menos la camisa, blanca como su pelo, deslizó hacia afuera una silla, inclinó la cabeza e hizo con su mano una especie de venia para indicarme que, por favor, tomara asiento. Mi abuelo, otra vez, lo hizo por su cuenta, rechazando, con una sonrisa, su habitual silencio y una breve negación de la cabeza, la predisposición de asistirlo que mostró un mesero que, al contrario del *maître*, aunque también llevaba corbatín y vestía de negro, solo usaba chaleco.

Ni bien estuve sentada, mi mirada se posó sobre los grandes platos azules bordeados por tulipanes color durazno, donde dobladas como cisnes reposaban servilletas de tela del mismo color. En los relucientes cubiertos de plata y las copas que brillaban como diamantes bajo las cálidas luces ambarinas que provenían de seis hileras, cada una conformada por ocho lámparas, que redondas estaban dispuestas sobre el tejado en forma paralela.

Todo, esas lámparas, las sillas, las columnas jónicas, los espejos, los portavinos empotrados a la pared, el *jazz*, era de una elegancia que me desconcertaba, que me hacía sentir ajena y, a la vez, desear quedarme en ese entorno que parecía representar a una clase social a la que yo no pertenecía, aunque mi abuelo interpretaba su papel como un actor consagrado. Se deslizaba por ese universo gastronómico tan nuevo para mí como

un cliente frecuente. Era como si llevara otra vida en simultáneo y esa idea me dispuso a calcular —aunque solamente los instantes de un incipiente bosquejo, dado que, rápidamente, el *maître* nos extendió dos grandes cartas y procedió a recitar el menú especial— en qué momentos mi abuelo venía al restaurante, si normalmente almorzaba en la casa los platos que mi abuela, o en ocasiones Elena, le servían de mala gana.

Entonces recordé también el saludo con el botones. No sé qué cara habré puesto, intrigada, dubitativa, desconfiada. Uno, dos, tres, probando, aquí, Tierra, llamando a Julia, dijo mi abuelo, simulando agarrar un *walkie-talkie* con la mano. Como me hizo reír, las operaciones de mi cerebro, los tanteos para imaginarle una vida sincrónica a la nuestra, rápidamente se desvanecieron y me entregué a la que era una experiencia totalmente ajena al orden de mi cotidianidad. Mi abuelo hasta pidió dos copas de *champagne* antes de que trajeran la comida a la mesa.

Lo recuerdo alegre, genuinamente contento, el brillo de la felicidad se había instalado en sus pupilas. Tenía en su rostro la expresión satisfactoria de haber cumplido una meta, un sueño; aquel fue el único día en el que se quitó su triste antifaz o la única vez que me acuerdo haberlo visto sin él. Su mirada era otra, dichosa. Brindó por mamá y por mí y yo me llevé, algo temerosa, la copa a la boca y las burbujas que en su helada espuma se esparcieron por mi lengua me desagradaron y él se rio por mis muecas.

Comimos la entrada, el plato fuerte. Luego nos dieron un *sherbet* y cuando ya habíamos terminado de comernos todo, el mesero del chaleco se encaminó hacia nosotros empujando el carrito de postres. Había tarta de frutos rojos y chocolate blanco, tiramisú, milhojas y *crème brûlée*. Empecé a salivar admirando las cremas, los almíbares, el glaseado, los pralinés, mientras mi abuelo me observaba absorto, plácido, porque sabía cuánto me gustaban —y me siguen gustando— los dulces. Pero no sabía por cuál decidirme, así que preferí ordenar un helado de chocolate y el *maître*, tras escucharme, fue por él y me lo trajo en una copa como de martini, en la que vertió encima sirope, también de chocolate, en tanto que mi abuelo pidió el milhojas con un café.

Me parecía estar comiendo el mejor helado del mundo, estar viviendo el mejor día de mi vida, hasta que me percaté de que la camisa del uniforme se me había manchado con la salsa de chocolate. De golpe, todo se ensombreció. Me asusté, me desesperé, rompí en llanto. Mi abuelo mantuvo la calma de siempre y llamó al *maître*, quien, al darse cuenta de la situación, llamó a una señorita que parecía la versión

femenina del mesero, solo que con falda, como la mía, encima de las rodillas, aunque yo tenía una de tartán y la suya era negra, lisa.

Fue ella quien me acompañó al tocador. Allí, con gestos amorosos y pacientes, humedeció la punta de una toallita, también de color durazno, con agua tibia, y luego le echó jabón. Delicadamente fue frotando la mancha hasta que salió y yo me sentí aliviada, exageradamente feliz, cuando vi la camisa nuevamente toda blanca. No quería que nada estropeara ese día que para mí había sido mágico, tan remoto a los de mi vida normal: tan áspera y hostil.

Pese a que la secamos con el secador de manos, con la camisa ya mínimamente húmeda ahí donde la mancha se había expandido, ahí donde ya no quedaba en su rastro, bajamos las escaleras. Esta vez, tomé del brazo a mi abuelo y fui mirando las pecas en sus manos. Cruzamos la calle para tomar un taxi que nos llevara a la casa. No tuvimos tiempo de entrar al parque donde había iguanas y uno o dos osos perezosos, según decían; yo nunca los vi. Debíamos retornar aprisa, no queríamos que ellas sospecharan. Fingiríamos habernos encontrado en la entrada, él bajando de su taxi, y yo del bus de la escuela. Pese a que me entristeció no haber visto a los animales del parque, lo cual habría sido el mejor cierre de nuestra salida, aquella fue la única “cita médica” que ansié volver a tener.

Por eso el Continental fue el primer lugar que se me pasó por la cabeza.

Hasta antes de arribar, había pensado en qué comprar, en todo lo que necesitaba tener para nuestra fiesta, pero no en dónde hacerlo.

A medio camino, el taxista vuelve a hablarme, me dice: disculpe que me meta, pero por qué no aprovecha y recorre lo nuevo del centro, está bien bonita la calle Panamá. Desde ahí, si usted quiere, puede caminar hasta el hotel, no es tan lejos. Pero yo pienso que estoy con mi mochila y la maleta de manos, y mi ansiedad por volver a la casa y ver a mi abuelo me pesan más que ser una turista en mi ciudad, así que le agradezco la sugerencia y le digo que gracias, que lo haré otro día, y él me contesta: cierto, tiene razón, no vale que ande por ahí llamando la atención con esa maleta. Además, usted parece extranjera.

Bajar del taxi es viajar en el tiempo. La escena se repite a las puertas del hotel. Reconozco a Eduardo. Me impresiona que siga trabajando aquí. Él, sin embargo, no me reconoce; era apenas una niña aquella única vez que estuvimos con mi abuelo en este hotel. Nunca más volvimos. En la casa, cada año que pasaba, todo empeoraba. La atmósfera que se formaba por el mal genio de mi abuela y mi tía Elena era cada día un

poco más aplastante y sofocante. Y en mi adolescencia, para ellas, que yo siguiera actuando como una niña era un problema, aunque estoy segura de que cualquiera de mis comportamientos las habría exasperado de la misma manera. Era retraída y seguía refugiándome en el patio. Empecé, sí, a enfocarme más en mis herbolarios. Comencé a trabajarlos como un regalo para mi mamá, pero los hice a un lado cuando se murió; no alcancé a mostrárselos.

No así a mi refugio. Recuerdo cuando la bajé al patio la primera vez. Quizás ahora, en su nueva condición, en su nuevo cuerpo, sienta más cálida esta guarida que es mía, pero también puede ser nuestra. Eso fue lo que pretendí, lo que pensé. El día anterior había juntado para ella en un frasco algunos ciempiés. Me daba pena hacerlo porque sabía lo que para ellos significaba dárselos, pero necesitaba fortalecerla, que comiera. Las babosas no se las daba porque eran muy gordas y yo creía que no podría comérselas.

Quizás ahora comprenda por qué necesito bajar hasta aquí, por qué es aquí donde me siento a salvo, pensaba también. Junté varias hojas para acomodarla junto a mi en el suelo, ya no volaba. Y fue entonces que se me ocurrió recolectar flores, ramitas y plantas del parque, del colegio y del patio y armar un herbolario para conocer más al mundo que me rodeaba por elección y escribir a su alrededor mensajes para ella y leérselos cuando bajáramos. Pero así como ella nunca leyó para mí, yo tampoco alcancé a hacerlo.

Decido quedarme a comer en el hotel, mientras hago tiempo para que me decoren la torta. Les he pedido algo sencillo. Una torta inglesa que en su cobertura de chocolate blanco diga en chocolate negro: abuelo, feliz cumpleaños. Ya no está el *maître* de mi infancia. No sabía su nombre, pero se lo describo al mesero que me atiende y me responde que el señor Raúl era de Colombia y que volvió a su país cuando se jubiló hace ya tres años. El restaurante sigue exactamente igual. La misma vajilla azul con tulipanes color durazno, las mismas lámparas, el mismo tipo de luz, el mismo decorado, pero no parece estar en decadencia o descuidado. Solo exactamente igual y eso me reconforta. Volver a un sitio donde, para bien, nada haya cambiado.

Son las seis de la tarde, por lo que considerando el tráfico de la hora pico, no estaré llegando antes de las 19:00 a la casa. Tampoco quiero llegar sin haber cenado. Quiero poder decir no, gracias, al café de la merienda que, tal vez, quién sabe, me ofrezca mi abuela o Elena, y hacerlo porque verdaderamente no tengo hambre y no tener que aguantarme, por recelo, las ganas de comer.

10

Voy en un taxi que se desliza sobre las calles mojadas, que con su movimiento me entrega el inconfundible olor de la llovizna reciente; mientras comía, empezó a caer una lluvia tenue. A través de la ventana, como los aleteos de un colibrí, otras partes de la ciudad se me revelan en ráfagas. En pocos segundos, a medida que el taxi avanza, lo que voy viendo de la ciudad se pierde e inmediatamente otras estampas aparecen para también desvanecerse, aunque solamente de mi mirada. Allí, detrás, persisten como en el cielo se obstinan las estelas de un avión, siempre blancas.

Voy en un taxi desde donde la ciudad se me ofrece sin que tenga que hacer nada para capturarla. Como el cuerpo del colibrí, mi cabeza no gira, permanece levemente hacia la derecha, suspendida. Lo que apenas percibo lo hago con el ojo izquierdo; el derecho parece haber clausurado sus compuertas a los haces de la luz que desde los postes refulge, la luz que late y que alargada choca contra el auto e ingresa por la ventana en cortes perpendiculares que crean fugaces geometrías en mi pantalón, que furiosamente se chorrean por mis rodillas.

Durante la primera parte de este camino ahora nocturno por la ciudad habito este trance. Todo pasa y nada me atraviesa. Pero en cuanto el conductor estira su brazo y presiona el botón para encender la radio, se reactiva mi visión periférica: mis ojos perciben su movimiento y mi cuerpo ligeramente se sacude, despierta. Mi mirada comienza a reposar más atentamente sobre lo que adelante se le aparece. Empiezo a reconocer lo que observo, lo que ha y no ha cambiado desde que me fui.

Veo paredes repintadas, veredas embaldosadas, negocios, construcciones nuevas. Constató que el característico comercio de este puerto es lo que más ha crecido o lo único que desordenado hacia todas partes se expande. Cuando me fui, parecía ya no haber espacio, pero ahí está, la evidencia irrefutable: más y más locales y vendedores ambulantes, que pese al cansancio y a tener el cuerpo por el sol picoteado, siguen buscando en los pliegues de la noche una moneda más antes de regresar a donde sea que regresen, a donde sea que se vayan para desaparecer provisionalmente y dejar a la ciudad en un estado de orfandad, que es solo mediado por los pocos autos que siguen circulando, guiados por el inagotable ciclo tricolor de los semáforos.

Voy en el taxi observando todo lo que sigue ahí donde antes también estaba y todo lo que ha sido remodelado o ha ido ocupando un espacio antes vacío. Voy en el taxi escuchando lo que el chofer, sin premeditación, pero con la autoridad de quien está en

su casa, ha decidido imponerme: una emisora de música evangélica que no soporto, que no puedo apagar desde acá atrás, desde este asiento en donde lo único que puedo y me queda hacer es seguir mirando a este puerto por la ventana, a medida que renace para mí, ahora, del centro hacia el sur.

Voy en este taxi llevada por un completo extraño al que temo pedirle que apague la radio, al que no sé cómo exigirle el silencio que necesito y, al tiempo que voy reconociéndome cada vez más cerca de la casa, como escalpelos afilados, mis ojos, a cada kilómetro más aclimatados, levantan otra capa del pasado y la escudriñan. Nuevas ráfagas se despliegan detrás de mis párpados herrumbrados, donde todo eso que ahora reaparece había permanecido dormido y casi olvidado. Y había permanecido así porque, normalmente, cuando me emerge el pasado lo hace de la misma forma. Las partículas de mi vida anterior se magnetizan y configuran siempre el mismo rostro, el mismo cuerpo, las mismas manos. Insistente, una única imagen se manifiesta diáfana: la de mi abuelo. Como si solamente en él se erigiera mi historia, su individualidad anula a los demás, que, sin embargo, me habitan en los susurros que como un infecto vendaje me sigue envolviendo la cabeza, aunque me resista, aunque no quiera.

A pesar de que procuro aislarnos, dejarlos siempre fuera de las paredes de mi cráneo, ni por el largo tiempo que ha transcurrido he podido del todo ahuyentarlos. Su ruido me taladra la cabeza como si fuera una esquizofrénica, aunque, para mi suerte, nunca alcanzo a verlos con la claridad con la que veo a mi abuelo. Ahora mismo: está frente a mí. Puedo verlo mirarme, reconocermelo y mirarme de nuevo. Necesita asegurarse de que soy yo. Pienso si lo está haciendo en broma o, tal vez, porque sí lo duda; jamás se ha vuelto realidad todo lo que por años lleva viendo en el televisor. Puedo verlo confirmarse que soy yo quien está frente a él, eres tú Julia, y entonces sí preguntarme cosas, las mismas cosas.

Lo veo y ahora, recién ahora que imaginariamente proyecto lo que exactamente me dirá, me doy cuenta de que en varias de sus últimas cartas indagaba sobre lo que ya le había contestado en la inmediata anterior, como si se tratase de algo de lo que nunca hubiésemos conversado. Solo ahora, recién ahora que, sin verlo, lo veo, me cuestiono, me dudo, me interrogo: ¿Hablábamos realmente? ¿De qué se trataba nuestro intercambio? ¿Qué fue lo que dije? ¿Por qué nos resignamos al silencio cuando teníamos voces para romperlo? ¿Por qué incluso a la distancia permitimos que interfirieran? ¿Por qué seguía el miedo hacia ellas anquilosado en cada vocal, en cada una de mis letras?

Mi mente divaga y se ralentiza liada en esta inusual vaporosidad, en este nuevo estado gaseoso que me nubla y ensucia mi capacidad de pensar con claridad. Es como si estuviera en una habitación corrompida por el humo de un cigarrillo que viaja en vertical hacia el techo manchado de humedades y esta atmósfera densa comienza a afectarme y son mi espalda y mi coxis reclamando un urgente cambio de posición. Demasiadas horas sentada han fatigado enormemente mi anatomía, pese a las caminatas que di por el laberíntico entramado que conformaban las salas del aeropuerto.

Mi cuello me exige moverse, le doy vueltas, se mueve. Mi ojo derecho finalmente parpadea, se calibra y se abre a la luz que rutila en la noche oscura de este puerto que no huele a sal ni a mar. ¿A qué huele esta ciudad?, ¿en cuál de estos olores me reconozco?, ¿a qué olerá la casa?, ¿cómo se verá un lugar al que, pese a que me resulta tan impropio, por costumbre me empecino en llamar mío?, ¿cómo me verá yo ahí?, ¿de qué tono se verá mi cara en el espejo?, ¿me seguiré viendo igual de amarilla como cuando era una niña?

Lo veo, estoy viendo a mi abuelo, pero de repente desaparece y ya no entiendo lo que pasa y qué vas a hacer si las cosas no resultan como esperas, me pregunto.

No importa, me respondo.

No importa porque es mi abuelo y será él quien todavía esté ahí, sentado, frente al televisor, esperando. Será todavía su cuerpo el hundido en el sillón, su pulgar el que cambia los canales, su antebrazo el empotrado en el brazo del sofá y el sonido del televisor el que, en unos minutos más, cobijará esta noche.

11

El auto se detiene en el número 210, le pido que espere. Me embarga la indecisión, tal como me ocurrió hace unas horas en el aeropuerto. No estoy segura si es o no una buena idea bajarme del taxi, quedarme en esta calle desierta que, aparentemente, ya nadie habita, que está envuelta en una atmósfera umbrosa, mucho menos entrar a la casa, donde una luz algo inestable se revela como el único indicio de vida, la señal de que ellos están en la casa.

La fachada ha sido prácticamente devorada por la vegetación. Ahora se parece a la casa esquinera a la nuestra. A aquella casa abandonada en la que llegué a refugiarme cada vez que lo necesité, cada vez que el patio ya no pudo resguardarme.

Tupidas hiedras hinchán el frontispicio, enroscan como serpientes las rejas de la puerta y al pie de ella ha crecido irregularmente maleza. Varias de las tejas están rotas y las paredes, antes blancas, lucen ahora ennegrecidas y verdosas.

Esto es lo que, a primera vista, alcanzo a ver.

Es mi primer reconocimiento del lugar.

No tengo duda de que esta es la casa, pero al mismo tiempo tengo la impresión de estar en otro lugar.

Continúo con mi reconocimiento.

Lo hago de manera lenta, progresiva.

Como ha sido ir descifrando cómo aparecerme ante ellos después de una ausencia tan prolongada, después de diez años de ininterrumpido silencio.

He tenido que descifrarlo porque no tengo idea de cómo representar este volver, así, de forma inesperada, sin haber sido invitada, sin haberme anunciado previamente.

Inmersa en estas cavilaciones me encuentro cuando, de golpe, el conductor, impaciente, me dice que no me puede esperar mucho más, que me decida ya, señorita, por favor, esta calle es muy botada, en cualquier momento alguien nos puede robar.

Estoy aturdida. Solo atino a decir sí, sí, solo un minuto, y como si fuera la señal que necesitaba, alzo la mirada y noto que alguien me observa detrás de la reja acordeonada del balcón.

Una mano ha descorrido la cortina. Es lo único que alcanzo a distinguir antes de que la tela caiga y vuelva a ser el cerrado telón de un escenario que yo, hace años, di por clausurado.

Me han visto, ya no hay vuelta atrás.

Para el alivio del conductor, es el impulso que necesito; me bajo del taxi y él enseguida arranca.

Con los pies ya en la vereda, junto al sauce que sigue ahí, a un costado, inmenso y peludo y macabro, me invade una sensación de vacío. No siento ni emoción, ni el miedo, ni los nervios que horas atrás como bacterias se alojaron tan férreamente en mi piel, recubriéndola como otra epidermis.

Son segundos de inmovilidad, de tener la mirada fija en la casa. Esta misma sensación, con estos mismos instantes de vaciamiento, me apesó cuando supe que estaba embarazada, cuando constaté que yo era capaz de dar vida e inmediatamente supe que no iba a permitir que nada naciera de mí.

Sigo contemplando la casa.

No sé durante cuánto tiempo. Son varios minutos los que la observo para recobrarla en mi memoria desde su fachada, escarbarla hasta que se me devuelva en su estado original.

Huele a monte, tierra mojada, a agua estancada, putrefacta.

Cuando me acerco tímidamente a la reja, chirría como un fierro viejo y dos gatos escuálidos, uno atigrado y otro negro, huyen a tal velocidad que no alcanzo a ver hacia qué dirección se van, por cuál esquina doblan. Como figuras espectrales, sus cuerpos solo desaparecen; mi atención vuelve a la reja.

Antes de bajarme del taxi ya sabía que nadie iba a bajar a abrirme, pero no importa. Conozco el mecanismo, eso es algo que no se puede olvidar. Me dispongo a sacar el candado, que es solo un montaje. En realidad, la puerta de la entrada de esta casa nunca se cierra. En realidad, toda la vida ha aparentado una certeza de seguridad que no es cierta. El candado es tan viejo que, al tomarlo, su óxido me mancha la mano, siento en las yemas las arenosas briznas del tiempo y, mientras las voy triturando, empujada por la absoluta desolación del exterior a la que de pronto vuelvo, que de golpe reparo, opto por entrar.

Una vez adentro, me detengo de nuevo a mirar, seguir observando.

Me permito ser impactada por lo que contemplo.

Todo parece haber cambiado, pero en un sentido acumulativo, recargado; es un exceso que eclipsa lo anterior, o al menos lo que yo recordaba, el estado en el que para mí se había quedado mi principal refugio: este patio, todas sus plantas y toda la vida que habita imantada a su superficie o en su interior.

La atmósfera es densa, es tibia. Ante la falta de luz, me veo obligada a encender la linterna de mi teléfono. Es así como alcanzo a ver charcos entre las baldosas rojas del patio, que en las vigas que sostienen el segundo piso de la casa, desde donde alguien quizás todavía me observa, la pintura se deshoja como los pellejos en mis dedos, y que en donde todavía no se ha vencido como cáscara de fruta, los cuarteamientos forman mapas de mundos inconquistables, imposibles.

En el arriate, a mi izquierda, el pino que Elena trajo una tarde en la que la puesta del sol se aceleró y abrió paso inmediato a la noche cuando ella lo plantó; las tradescantias moradas y los rosales; a la derecha, alborotados como las ramas del sauce del que huía para que no me atrapara cuando me escapaba, los helechos apuntan en fila hacia el suelo y se entreveran con los focos de maleza que se han dispersado también por el patio y con la hiedra que colma la pared también por dentro.

Pienso: si llovió al atardecer, ha caído también lluvia en las noches previas y ha hecho del patio esta ciénaga en la que para moverme debo analizar previamente cada uno de mis pasos. Y fijarme bien. Un cálido y extraño vapor se condensa alrededor de mis tobillos, sube como ondas calientes por mis pantorrillas, como si rezumara de la capa más profunda de la Tierra, como si en una sola vaharada, aunada en un solo aliento, toda aquella vida que no logro divisar, para impedirme que avance, que suba, pugnara por atraparme.

El aire no circula y yo simulo su inacción, opto por detenerme y lo hago justamente en el centro del patio. Veo a las babosas deslizándose por las paredes y a los ciempiés revolcarse sobre las macetas en las que me refugiaba, justo detrás. Veo sus lados y bordes mancillados, constato el paso de los años, el peso de ese humus añejo que como un útero los acoge y los mantiene vivos, cálidos.

Detenida, observo lo que la luz me permite, pero para no seguir forzando mis ojos, que siento muy cansados porque ha sido un itinerario demasiado largo que emprendí en la madrugada, me dispongo a terminar de atravesar el túnel del tiempo y como si estuviera jugando a la rayuela, consigo llegar hasta las escaleras.

Son algo empinadas, subo despacio, tanteando con la punta del zapato cada peldaño. Me detengo nuevamente al llegar al último escalón. Noto que la puerta de la entrada también está entreabierta. Pero no entro, todavía no me atrevo.

Sin soltar mi equipaje, con la caja de la torta en las manos, espero que como un rayo me atraviere el impulso que me permita entrar.

Es una nueva espera, en la que el repentino chasquido de una lagartija me convierte en la niña que fui, la que jugaba con los ciempiés, las hormigas, las cucarachas, las babosas, las salamansas y las plantas, la que reinaba su propio reino, un reino en el que no existía ni mi familia, ni los gritos, ni los castigos...

Una nueva ronda de chasquidos me trae de vuelta al presente. Estoy por entrar al lugar que me hizo fundar mi propio universo. Estoy a solo unos pasos... y sigo intentando descifrar cómo entrar a la casa, cómo saludar. ¿Qué podría decir? ¿Cuál podría ser la frase más adecuada en un momento como este?

Desconozco la técnica, no tengo idea de cómo ejecutar con el cuerpo mi regreso. Me sé imposibilitada de llevar a cabo una entrada que sea, como mínimo, prolija, aunque con mi familia no hay garantía. Con ellos todo estalla. Mi familia es una vena enferma.

De pronto, solo lo hago, no lo decido, me impelo hacia la puerta.

De pronto, ya estoy dentro.

De pronto, vuelvo a sentir sus ojos en mi cuerpo.

A quien primero veo es a mi abuela. Está a mi derecha, en la silla que siempre ha ocupado, con la espalda recta y las manos enlazadas sobre la barriga. Mi tía Elena está a mi izquierda, cose en la cabecera de la mesa del comedor. Parece una mujer de otra época. Probablemente remienda una de las mantillas sin las que no sale la casa desde que se convirtió en una mujer divorciada, aunque no lo esté y lo que haya realmente pasado sea que su esposo la dejó.

Me asombra ver en el plano a mi tío Elio. Está encorvado como un ratón sobre la mesa cubierta por el mismo mantel al que, durante meses, vi a mi abuela aplicarle en los bordes una cinta de encaje y diminutas cuentas. Aun con poca luz, puedo ver el sudor que perla su cuello grueso mientras revisa la máquina de escribir de mi abuelo. Me sorprende verlo porque nunca vivió con nosotros. Solo lo veíamos cuando tenía hambre o necesitaba dinero. Ante esas circunstancias, volvía arrastrándose como un anélido, usaba todas las cosas del baño de mi abuelo, se ponía su colonia, se llevaba algo de su ropa, se comía todo lo que podía del refrigerador; si no se la daban, robaba igual algo de plata y así, lleno por todos lados, saciada su hematófaga naturaleza, se iba sin un hasta pronto o un hasta luego.

Con que volviste, dice finalmente mi abuela, en un tono displicente e indiferente como cuando alguien habla mirándose las uñas. Me habla sin regresar a verme, pero a los pocos segundos siento que sus ojos se rasgan en esta bruma; intentan, se esfuerzan

por mirarme. Elio hace lo mismo. Sin alternar la posición, sin enderezar la columna, me mira de reojo por uno, dos minutos. Quizás es menos, pero el tiempo, ahora más que nunca, se me revela parsimonioso, demuestra no poder transcurrir sino lento para regalarme, tal vez, quiero creer, la impresión mental de un reencuentro que solo podría haber sido lo que ya es: sofocantemente incómodo.

Con las manos metidas en los engranajes de la máquina, todavía mirándome, mueve tres veces la cabeza como una iguana. No entiendo si con su gesto me saluda, está procesando para sí mismo el momento o si ejecuta una especie de venia para avalar mi visita, darme la bienvenida. No lo entiendo y no se lo pregunto; no he abierto la boca desde que entré. Y como si hubiesen practicado con anterioridad la secuencia, en cuanto Elio aquieta definitivamente la cabeza, habla Elena.

Desde luego viniste por el viejo, ¿no es cierto?, me pregunta, sin esconder el regocijo que se trasluce en la media sonrisa malévola que como un profundo tajo se traza en su cara, más avejentada, una sonrisa en la que todavía, pese a su inmutable halo perverso, no alcanzo a percibir el infierno que niebla adentro me va a recibir.

12

A mi abuelo le gustaba estar impecable.

Lo era en cada aspecto de su rutina. Se levantaba todos los días a las 04:30, cuando ni una sola franja de sol atravesaba todavía los puntos de cruz que la reja creaba en los ventanales del balcón por donde la mañana irrefutablemente se anunciaba, por donde no había cómo evitar los primeros resplandores, pese a que aquellos ventanales casi todo el tiempo se mantenían velados por dos capas de tela.

Solo si Elena estaba de ánimo, descorríamos la cortina más gruesa y algo de esa luz se filtraba, pero solo un poco; la espesura del sauce de la entrada también bloqueaba al sol, también interceptaba los rayos del día que nos llegaban como hilos apenas, hilos de oro que imprimían y deformaban aún más en el suelo a las colgantes ramas del sauce hasta que mi tía se cansaba de la atmósfera de luminosidad apenas esparcida y me mandaba a cerrar la cortina o lo hacía ella misma, con ira; prefería el lóbrego aspecto que ensombrecía todavía más a la casa y a su alma y espesaba el veneno que, estaba segura, corría por sus venas.

Tampoco permitía que prendiéramos las luces, de ahí que ese imprescindible quehacer diario a mi abuelo le resultaba generalmente difícil. No se atrevía a encenderlas o elegía no hacerlo para evitarse problemas. Prefería deslizarse, ser un gato cándido por la casa; se había adiestrado a sí mismo para no ser escuchado. Se sometía a estos procedimientos porque esas horas de la primera mañana eran las únicas en las que podía moverse sin recibir insultos o malas caras. A esas horas de la mañana mi abuela y mi tía Elena seguían dormidas. Se levantaban recién a las 06:00 para rezar el rosario arrodilladas ante el enorme Cristo que colgaron una tarde en el pasillo, luego de que mi mamá se convirtiera en pájara.

Ni bien se despertaba, mi abuelo se bañaba.

Con la toalla envuelta en la cintura, se afeitaba la mínima sombra de barba.

Se vestía igual: pantalón, camisa manga corta y zapatos negros o marrones de cordón.

Solo así, ya bañado, listo, ya arreglado, se preparaba siempre lo mismo: café con leche y una rodaja de pan negro, a la que no le untaba nada.

Lavaba luego el pequeño plato, la cuchara y la taza que solo él usaba, la que mi mamá le regaló por un Día del Padre, esa taza blanca que decía abuelo en azules letras grandes y a la que le quedaba apenas un filudo trozo del asa.

Al terminar, se iba al sillón de su habitación, se acomodaba delante la tele y esperaba a que fueran, en punto, las ocho para irse a la oficina, regresar al mediodía, volver a irse a las tres y estar de vuelta a las seis.

Así transcurría invariablemente su vida, le costaba salirse de esa rutina. Por eso a él le resultaba más complejo camuflarse, buscar otros mecanismos para resguardarse. Soportó estoicamente mientras fuimos, mi madre, yo y él, siempre tres. Juntos éramos una esencia común, un solo ser. Éramos la Santísima Trinidad. Éramos Padre, Hijo y Espíritu Santo. Y mi abuela y sus otros dos hijos eran nuestro opuesto: la trinidad satánica, profana. Eran Satanás, el Anticristo y el falso profeta. Eran un monstruo de tres cabezas que nos acechaba con su odio, con su frivolidad, con su maldad, especialmente a él, que nunca supo cómo defenderse, cómo o qué responder, que simplemente fingía que nada pasaba. Pero era tanto lo que se callaba que, aunque era un hombre delgado, andaba siempre con la barriga abultada como la de un buda. Yo pensaba: llena de todo lo que nunca se permite decir.

Mi madre, aunque estaba más acostumbrada porque Elena la había torturado desde niñas, aunque podía permanecer impávida soportando las flechas en media sala, fue la primera en irse, no logró más soportarlo. Mi mamá fue siempre tan frágil que a mí me daban siempre ganas de abrazarla para poner a prueba esa fragilidad, sobre todo cuando ya era el ave que resguardé con tanto cuidado entre mis manos hasta ahora incrédulas.

Yo, por mi parte, me cubría de tierra los ojos para sepultar lo que no quería ver. Cuando no me escapaba de la casa, me pasaba la tarde escondida en el patio y ahí yo era un puma, un ternero, una liebre, una tarántula. Y era los mangos amarillos que cogía de la casa esquinera a la nuestra, que quedó abandonada luego de que muriera su dueño, el hombre que mató a su perro delante mío y de mi abuelo. Empecé a robármelos cuando la casa quedó deshabitada y comenzó a poblarse de las plantas, que hicieron que al mango le crecieran más ramas; todo se multiplicó allí adentro.

Fue rápido. Fue como si aquella vegetación hubiese acelerado su habitual ritmo de crecimiento, el curso primigenio de su evolución. Como si la casa hubiese decidido y buscado los mecanismos para que nadie más la ocupara. Yo pensaba que el alma del perro, que, por segundos, ya caído en el suelo, siguió moviéndose mientras yo creía que me miraba buscando una respuesta a lo que le pasaba y estaba sintiendo por primera vez, había embrujado la casa que se convirtió en ese reducto de selva urbana luego de

que el hombre se suicidara con la misma escopeta con la que mató al animal. Estaba convencida de que el alma del perro solo a mí me permitía la entrada.

Y allí todo era posible para mí.

Allí, de la tierra también ascendía una neblina cálida como la que me envolvió en el patio ahora que volví, solo que esa neblina me hacía levitar, me elevaba.

Yo subía al árbol empujada por esa neblina y ya en su cabeza, tan arriba, me aferraba a él con los brazos y los pies para arrancarle, como ojos, los mangos que nunca me comía, que agarraba solamente para apretarlos y desmenuzarlos hasta embriagarme con su olor ligeramente dulce y cítrico.

Allí todo era posible para mí.

Y era también una más de las hormigas rojas que atraídas por el espeso almíbar que se chorreaba por mi brazo, se me subían lentas, en sinuosas hileras, y me picaban la piel profunda.

Allí todo era posible para mí y lo era todo y era más.

Era la navaja que le había robado a mi abuelo, con la que en el árbol cincelaba hondo mis sueños y mis deseos: que mi abuela y mi tía Elena se murieran, que entre ellas se mataran, que con su sacrificio nos liberaran de su infierno. Y era la irrealidad que crecía en mí como los infinitos helechos del patio de la casa, la casa color sésamo con tejas pintadas color ladrillo. Y era esa irrealidad cuando para creerme invencible chupaba la ligera savia que como leche fría manaba de las hojas de las plantas.

Ese líquido blanco y amargo era el “antídoto” que me tomaba pensando que me protegía de ellas, pero que, sin embargo, no me curaba del mal de ojo que me causaban sus miradas diabólicas, duras, flemáticas.

13

De ellas nada ni nadie me salvaba.

Tengo ocho años. No tengo amigos. Mi madre apenas me toca. Es como si todo el tiempo estuviera exhausta, cansada; no me abraza tanto, no como yo quisiera, y no sé si es porque no puede o porque mi abuela o mi tía Elena no se lo permiten. Tengo ocho años y la deformación es estructural en mi vida y los huesos me pesan como le pesan a mi abuelo, que tiene 65 años, pero parece más anciano y está siempre tan triste; creo que no sabe cómo retirarse de los ojos el antifaz melancólico que siempre los cubre. O quizás nunca pudo.

Tengo ocho años y todo a mi alrededor es incontestable. No me atrevo a hacer preguntas que solo se quedan en mi cabeza. Por mis tímpanos solamente entra el ruido metálico que mi tía Elena y mi abuela hacen con las navajas de sus lenguas. Tengo ocho años y aunque cuando Elena se molesta conmigo me arrincona diciéndome que yo fui la culpable de la desgracia de mi madre porque mi papá se fue cuando se quedó embarazada de mí y que como no tengo su apellido, nunca seré pura ni digna, yo sé que son ellas las impuras, las que tienen el alma negra; lo puedo ver en sus ojos vacíos, en sus pupilas opacas y prietas.

Tengo ocho años y hoy tengo mi primera clase de *ballet* y en lo único que puedo pensar es en que las odio, que ellas hacen lo que quieren conmigo y que mi mamá y mi abuelo no hacen nada para impedirselos; es como si les tuvieran miedo y a veces los odio a ellos también por no salvarme, pero se me pasa rápido porque a ellos, en verdad, no puedo odiarlos.

Hoy tengo mi primera clase de *ballet* porque sin consultármelo me inscribió mi abuela. Aunque me gustan la mallita, las zapatillas, la falda, las medias, todo es desvaído, rosa pálido como la boca de mamá, aunque no es ella la que me peina. Es mi abuela la que me hace una cebolla en la mitad de la cabeza y la que hace que, de inmediato, comience a dolerme porque me la tira hacia atrás con fuerza, tanta que hasta la frente se me alarga y se me levantan las cejas que son una pelusa en mi cara, clarita como la piel del kiwi. No es mi mamá, sino mi abuela quien seguidamente me echa toneladas de fijador que, en segundos, me pone durísimo el pelo y tieso como la blancola que se me queda en los dedos cuando para mis deberes pego las figuritas que recorto de las láminas que le compramos al señor Clavijo.

Jah, jah, jah.

Es el asma de mi abuela, fácilmente se ahoga, rápidamente se agita.

Yo la dejo hacer, aunque no quiero ir ni al *ballet*, ni a la escuela. Aunque lo que quiero es quedarme en la casa con mamá, meterme en su cuarto, donde siempre se la pasa porque siempre está débil o cansada, y acostar mi oreja sobre su pecho huesudo para oír a su corazón latiendo y que esa cadencia me adormezca.

Ni hoy, ni mañana, ni nunca quiero ir al *ballet*, pero me mantengo quieta para que mi abuela haga conmigo, como de costumbre, lo que quiera.

Como ya estoy peinada, me pinta los labios de rojo y a medida que lo hace, que el color se me expande de un lado al otro de la boca, la respiración bronquítica de mi abuela incrementa.

Jah, jah, jah.

Ahora esparce una sombra oscura sobre mis párpados, la extiende con el dedo meñique y al polvito negro que sobre mis pómulos cae lo limpia con su saliva: a través del espejo la veo lamerse el dedo, humedecerlo en su espeso veneno y luego untarlo sobre mi cara para que la mancha salga y como no sale, presiona, refriega.

Jah, jah, jah.

Mi abuela se me acerca demasiado para maquillarme, aseñorarme, y yo no soporto ni su aliento ni su olor a té, talco y sándalo. No tolero tenerla a un paso de mí, ver cómo le brilla la piel de los brazos por el sudor que siempre la impregna. Pero son esos brazos los que me manipulan la cara y la cabeza. Son esas manos las que, cuando mi abuela ha terminado su cometido, me palmean dos veces los hombros para luego quedarse fijas en mí.

Jah, jah, jah.

Ya estás lista. Es lo que dice y de su voz, ahora más ahogada, rezuma cierto desagrado, que no es más que su usual fastidio. No hay cómo no notarlo y no lo entiendo porque es ella la que quiere que yo aprenda *ballet*. No lo entiendo, pero como con todo lo demás que tampoco comprendo, jamás voy a preguntarlo.

Cuando estoy cerca de ella o de mi tía Elena me siento incómoda, me siento mal, pero mi abuela no saca de mis hombros sus manos y yo solo permanezco sentada frente al espejo del tocador como ella detrás de mí.

Nos miramos en el espejo y configuramos así la fotografía que, de nosotras, no existe ni existirá. A través del cristal nos vemos mutuamente hasta que, aún sin despegar de mis hombros sus manos, aparta la mirada del espejo y se extravía en la lejana marea de su mente. Mi abuela siempre se queda mirando la nada y yo quisiera ya

pararme e irme, pero cuando se pone así es cuando yo, normalmente, me la quedo mirando para saber cuánto aguanta así como se pone, tan ida.

De golpe, vuelve a sí.

Al fin me deja.

Se aparta en dirección a las camas que están perfectamente tendidas, pero como busca algo que hacer, como si estuviera evitándome por haber estado demasiado tiempo cerca de mí, compartiendo conmigo, algo que a Elena le fastidia, se pone a aplanar las casi imperceptibles ondas de las sábanas y, entonces, sin pensarlo, sin dictárselo, aprovechando su forzada entrega doméstica y su estado extraño, el cuerpo se me mueve y me echa a correr: no, hoy no quiero, yo no tengo por qué ir al *ballet*.

Lo siguiente es verme corriendo hacia las escaleras; sé que necesito llegar al patio, que, si no acelero mi velocidad, sus manos me alcanzarán.

Jah, jah, jah.

Lo siguiente es percibir demasiado cerca su agitación; no entiendo cómo ya está de nuevo detrás de mí, pero aún creo poder lograrlo y estoy a punto de alcanzar las escaleras cuando siento que se me rasgan las medias. Miro hacia abajo, se han enganchado en el entramado de las varillas del pasamanos. Me inclino para desprenderme, pero es mi abuela quien me jala, quien consigue desengancharme, y para evitar que vuelva a escabullirme, me agarra por la cebolla perfecta que hace solo unos minutos me hizo en la cabeza para llevarme hacia ella.

Estoy de nuevo bajo sus manos y sé que me va a encerrar en mi cuarto hasta que sea el momento de irnos y que no me va a dejar faltar a mi primera clase. Sé que cuando llegue el momento, entrará con Elena para disminuir las opciones de un segundo intento de fuga. Sé que estoy yendo directo al cuarto porque, arrastrada, voy haciendo el camino dándole la cara al techo; siento el frío del piso, luego la rugosidad de la alfombra, un cimbrón en la nuca y de nuevo el frío del suelo.

Grito, me revuelco.

Grito porque cuando lo hago saco todo lo que nunca puedo decir.

Grito aunque no lo haga en la forma de las preguntas que nunca me van a responder.

Pero ella es más grande que yo y salta y mueve como una gallina la cabeza. Mejor será que te calles, muchacha de mierda, cacarea. Pobre de ti donde los vecinos se den cuenta. Pero yo sigo gritando y la rasguñaría si pudiera, si no me cortara tan bajo las

uñas que siempre tengo negras, de tierra. Quiero rasguñar, pero no voy a rasguñar porque no puedo hacerlo; otra de las cosas que ella me impide con sus formas.

Pero en uno de mis revoloteos, sin pensarlo, sin planearlo, la muerdo. Muerdo su pantorrilla y entre mis dientes la aprieto. Quiero provocarle dolor, que le duela. Clavo los dientes y es peor y lo sé y no me importa que lo sea. Ella se esfuerza por sacudirme de su pierna, pero no hay manera de que suelte a mi presa. Mi boca es una flor carnívora, en cuyo interior mi abuela se escuece. No la suelto, da más saltos, vuelos cortos, y le falta más el aire, le urge librarse.

Jah, jah, jah.

No puede más. Mi abuela se ahoga.

Con la mano izquierda busca apoyo en la pared porque la derecha sigue prendida a mi cabeza. Y yo en mi boca sigo: muerdo, lloro, grito. Pero nadie me oye. Y si lo hacen, nadie hace nada porque nadie puede hacerlo. Ella gana. Siempre. Aunque esta vez creo que no he perdido tanto o no más que uno de mis dientes de leche, el que no les dejé arrancarme. Pongo la lengua en el hueco, en el espacio que queda, pero incluso así sigo mordiendo. No sé cómo, pero sigo, mientras en mi boca nuestras sangres se juntan.

14

Hoy tampoco seré salvada.

No hay savias ni pociones mágicas que me protejan, ni me permitan atravesar este momento sin daños colaterales.

Sus ojos me miran, están en mí.

Aunque a unos los siento en la piel más que a otros.

Son unos ojos siniestros que vigilan, atentos, la secuencia que como una alfombra se desenrolla con mi marcha.

No son los de mi tío Elio, tampoco los de mi abuela. Son los de Elena, inexpresivos para todo lo que no sea odio.

Como la mesa del comedor está ubicada del otro lado del pasillo, ella tiene una vista privilegiada. Mira de frente la escena y no deja de seguirme, hacer el camino conmigo; la gelidez de su mirada ralentiza mi paso.

A mí, que siempre he andado aceleradamente, casi corriendo, como un síntoma no erradicable del pasado, un síntoma para el que no hay remisión.

A mí, que lo único que he hecho desde los 22 años es huirle a las estelas de mi pasado, de la vida que tuve, de la que me fui. Y ahí está, detrás de mí, tan cerca de nuevo. Una de mis sombras espera mi derrumbamiento e infligirme, por primera vez sin tener que tocarme, el peor de los castigos.

A medida que avanzo con sus ojos en la espalda, el suelo se me torna inestable. Es como si una grieta, de golpe, se hubiera abierto ante mis pies, mientras la imagen impoluta de mi abuelo aletea en mi cabeza aturdida como una polilla alrededor de una bombilla de luz. Y yo comienzo a trastabillar, mis piernas a absorber de la casa su arritmia sísmica.

Pese al desequilibrio que me roe, que hinca mis rodillas, procuro seguir avanzando, despacio, y sigilosamente por el pasillo que tantas veces he recorrido, en el que cuelgan fotos de la familia, fotos en las que no sonríe nadie, retratos de seriedad y desdicha.

Hay uno de mamá. Tendrá cinco o seis o siete años. Es apenas una niña y su mirada ante la cámara no podría ser más triste; sus brazos caen a sus costados como los de una muñeca de trapo.

En otro marco posan mis abuelos, separados, sentados cada uno en un sillón. Ella, con la expresión altiva y dura; él, con su antifaz melancólico es un rostro de resignación.

Uno más. Mi madre, vestida de novia. Blancos y vaporosos encajes abrazan su menudo cuerpo. Sus brazos, a diferencia de la foto en la que es todavía una niña, no caen abatidos a los lados porque sostiene un ramo de dalias blancas. Es una foto rara. Mi madre no sonrío, pero está feliz. Lo veo en su mirada. Es una foto rara no solo por esa expresión de mi madre, sino porque le falta un pedazo, su otra parte. Al menos eso es lo que parece por la composición de la imagen.

Alguna vez pensé que quien faltaba debía ser mi padre. Por el momento de la foto, es lo más lógico, pero nunca lo pregunté y, en realidad, esa nunca ha sido una de mis curiosidades fundamentales.

En el centro del despliegue de esas y otras fotos, en las que salen Elio y Elena, también la mamá de mi abuela, está el Cristo crucificado que tantas veces contemplé. Era imposible no detenerme a mitad del pasillo a observar ese torso desnudo, apenas cubierto por un retazo de tela amarrada por debajo del ombligo. Era imposible no detenerme a observar ese cuerpo aparentemente humano clavado en una cruz, ese cuerpo que arriba de mí sangraba por los pies, la espalda, la corona de espinas.

No podía evadirlo. Ese rostro sufriente, pero a la vez tranquilo, con los ojos entornados hacia el cielo en búsqueda de una piedad que no le sería concedida, me perturbaba y me conmovía. Soy pequeña y no lo entiendo aún en conceptos, pero sé lo que me causa: compasión y horror.

Con la mirada, recorría también sus brazos hasta que me detenía en los gruesos clavos que atravesaban el centro de las manos, en la sangre que ensombrecía uñas y dedos. Luego, mis ojos ascendían y se confinaban en esa cabeza alicaída en un estado de éxtasis, más allá de todo dolor.

Hoy, Cristo ya no está arriba, sino a mi lado, pero lo sobrepaso, no me detengo, avanzo. Es lo único que puedo hacer: avanzar por el pasillo que se muestra infinito y a cada paso más desolador. Y es tal el temor que comienzo a sentir por lo que, aunque todavía no he visto, ya me aterra, que veo a la grieta que ya se abrió delante de mí prolongarse y terminar de desmoronar la casa. El ruido de la catástrofe se me ofrece y escucho la pesada derrota de la gran biblioteca de madera que ocupa, de extremo a extremo, la pared derecha de la sala; cómo los libros, uno por uno, van cayendo; cómo revientan los jarrones, cómo se quiebran y desbaratan como huesos las sillas del

comedor y los muebles, el estallido de las vitrinas destinadas a copas y vajillas y el desplome del centenar de lágrimas de cristal de las dos lámparas araña que pocas veces nos abrazaron con su eterna luz mortecina.

Siento a mi cuerpo caer por el agujero negro, fundiéndose con las ruinas, hasta que escucho a Elena decirme, avanza, niña, que quedándote ahí parada no vas a llegar. No volteo a mirarla, pero su voz es una orden que me hace retomar la marcha. Son apenas tres o cuatro pasos los que doy. Ya me encuentro en la puerta del cuarto de mi abuelo, la segunda, a la izquierda.

Estoy en la puerta y como antes, en las otras puertas, todavía no me atrevo. Mis piernas están apresadas en las redes de mis nervios, en mi vacilación. Cierro los ojos y respiro, inhalo el aire, profundo. Giro un poco la cabeza y mis ojos finalmente se cruzan con los de Elena y su mirada me hace mal y mi corazón lo reconoce y empieza violentamente a bombear. Es como si buscara abrirse paso a empujones para reptar por mi esternón. Este inesperado idioma de miradas descoloca mi atención y ya no soporto más el miasma de la casa y se activa en mi oído un zumbido y una sensación de languidez cae por mis brazos como lluvia fina y trago, no sin dificultad, la poca saliva que se ha espesado en mi boca. Y es tanto el malestar ya que para no sentir más los ojos de mi tía Elena, al fin, abro la puerta.

Lo primero que hago es buscarlo en el sillón.

Y tengo la impresión, estoy casi segura de verlo ahí.

Pero nada es como imaginé en el aeropuerto.

No lo encuentro sentado frente al televisor, con el brazo izquierdo reposando un poco más elevado que el resto de su cuerpo. No me ve entrar. No sonríe ni espera a que me acerque. No me saluda ni atropella lo que dice con su propia risa.

Mi abuelo no lo hace porque, como el televisor, mi abuelo no emite nada, su señal está averiada.

Me acuclillo ante él, lo tomo por los hombros y lo sacudo con fuerza mientras lo miro y le exijo que me mire de vuelta, mientras le grito al hombre que ha ocupado su lugar que me lo devuelva.

Miro a mi abuelo y pronuncio su nombre hasta desgastarlo, hasta casi hacerlo mío, pero su nombre rebota solamente en mi cabeza.

Veo a mi abuelo y mi abuelo es y ya no es él.

Mi abuela sí sigue siendo la misma. Por eso, se acerca a imponernos su presencia, a ser testigo de una escena que no le corresponde. Ya que ha entrado al

cuarto, la miro para que me dé una explicación. Ahora que no soy ya una niña, tal vez algo de lo que pregunte ya no resulte incontestable. Pero su respuesta, como su silencio de antes, no me satisface y por primera vez, más que enrabiarme, su frivolidad de siempre me ofende: ¡Como si no lo conocieras! ¡A tu abuelo nada le pasa!

Y a mi abuela, cuando empieza hablar, no hay forma de callarla. No para. Su lengua sigue lubricando sus maliciosas palabras. Dice que “ese viejo” está como se merece estar y que él, tal como mi madre y como yo, no hace más que dramatizar; que este es solo otro más de sus *shows*.

A medida que la escucho, lo que quiero es insultar, golpear la pared con el puño como Manuel la golpeó justo por encima de mi cabeza aquella vez, la primera en que pensé en separarme de él, la primera vez que volví a experimentar el terror que me guió de niña.

Escucho a mi abuela y solo quiero que se calle, que cierre la maldita boca. La escucho y quiero, a través de un único y seco golpe en la pared, aterrarla, frenarla, silenciarla. Pero no lo hago. Soy yo la que se queda callada.

15

Sé quiénes lo han causado.

Sé bien de qué son capaces, qué daño pueden ocasionar, a qué extremo llegar.

Lo sé porque a pesar de que no quisiera y no he querido recordarlo todos estos años, a su mal lo conozco, lo recuerdo con precisión cartesiana. Son memorias que se configuran en una estremecedora sinfonía de detalles sensoriales, que hoy siento palpitar en los poros, en las sienas, las yemas, las arterias; que se urden en un tejido impresionista y ante mis ojos estallan como escenas tan iluminadas y miméticas que, por segundos, incluso dudo del color de esa realidad. Pero no pasa demasiado tiempo antes de que advierta de que, en efecto, viví lo que recuerdo, viví lo que en mí pervive y a mí se aferra como la fascia que recubre mis músculos, mis vísceras, mis huesos.

Como aquella mañana que vuelve a ser hoy. Esa mañana que fue marzo y un domingo. En esa mañana, como es habitual en el invierno en la ciudad, la lluvia de la noche anterior insiste en su rastro en el patio y yo bajo descalza para sentir al agua en mis pies. Quiero quedarme ahí, oler la tierra húmeda, respirarla hasta que vuelva a estar seca, pero mi abuela y mi tía Elena quieren que vaya a misa con ellas. Desde el balcón, al unísono, me gritan que suba y a regañadientes lo hago, aferrada al pasamanos, pero para encerrarme en el cuarto, trabar la puerta con una silla y dilatar el tiempo, prorrogar que me atrapen.

Estropearles los planes es lo único que, de vez en cuando, puedo hacer, a sabiendas de que no voy a lograrlo. En la casa todo está regido por sus leyes; no hay cómo escaparse, yo igual lo intento. Pero temo todo el tiempo. Por eso me encierro o me oculto en mi cuarto o en el patio. Temo desde mi inicio, desde el comienzo, desde que la casa empieza a moverse como una gran marioneta de madera manejada por los hilos de ellas. Temo desde que escucho el sincronizado despertar a mi abuela y mi tía Elena, desde que las sé levantándose, luego avanzando hacia el baño, después vistiéndose enteramente de negro, colocándose una a la otra la mantilla de encaje, también oscura como solo ellas. Veo el manto de su falsa pena colgar de sus cabezas, las veo fingir su duelo y aúllo sin ruido, en silencio. Y su falsedad me pica en la piel, me pone roja, me hace áspera, me asfixia; nunca lograron contagiarme su engañosa devoción. Incluso ahora, jamás pongo un pie en las iglesias.

Esa mañana se cumplía el sexto día que mi mamá llevaba muerta y yo era obligada a acompañarlas para llorar su muerte, pese a que, a mi entender, ellas habían

causado que mi madre se muriera. De ella, me quedaron solo dos plumas que ya no intenté pegárselas, dos de todas las que se le desprendieron, que quise para mí.

Aquella mañana que vuelve a ser hoy, cierro los ojos y aferro a mi pecho mi amuleto. La invoco, le ruego a mi madre que aparezca. Le ruego que haga que mi abuela y mi tía Elena se vayan sin mí. Que esta vez, que por una sola vez, me dejen en paz, no insistan. Le pido que cese sus graznidos, sus estampidos en la puerta. Agarro las plumas con tanta devoción, tanta fe, tanta fuerza, que quiero creer que mamá me ha escuchado. Que mi cuarto, la casa y todo mi alrededor se ha evaporado, que yo misma me he disuelto y desintegrada en millones de moléculas he viajado al lugar más distante de la Tierra, al punto más remoto del planeta, en donde nunca me van a encontrar.

Por un instante, siento que me escurro a través de mis dedos y que soy uno más de los peces que nadan por mis venas, siempre tensas. Casi me lo creo, estoy casi convencida de que me he ido, pero aún no me atrevo a abrir los ojos para comprobarlo. Cuando finalmente lo hago, lo compruebo: mamá no me ha escuchado y boto las plumas al suelo, profano mi amuleto, las quiero lejos.

Le digo que a ella también la odio y siento que mi desesperación va en aumento y es mi almohada, entonces, donde vierto mis gritos, mientras afuera ellas siguen acechándome, golpeando la puerta. Le dan tanto, tan vehementes, que alcanzo a oír el estremecimiento de las lámparas que cuelgan en el comedor y en la sala y estoy tan asustada que mi miedo chorrea por mi entrepierna, pero no alcanzo a cambiarme. Quien primero extiende hacia mí sus garras es Elena. Me toma por el brazo y me saca por la fuerza al pasillo. A medida que avanzamos, su monstruoso aspecto, fusionado con su atuendo de buena cristiana, confunde mi visión alucinada. A medida que avanzamos y ella se transforma, mi abuela la deja hacer; solamente sigue, despacio, nuestros pasos. Mi abuela avanza detrás nuestro y se une al castigo solo cuando Elena ya me ha metido en el baño.

Me desnudan entre las dos.

Todavía puedo sentir el frío cimbrando mi cuerpo despojado, mínimo, ridículo; a mi corazón galopando como un caballo.

No sirve de nada la lucha de mis piernas, de mi tronco, de mis brazos.

No grito, no hablo; como el de mi madre y mi abuelo, el mío es también un sufrimiento afásico.

No grito, no hablo, pero no dejo de forcejear, no me permito dejarme mucho tiempo entre sus manos.

Pero Elena no me suelta, es fuerte. Mi abuela también lo es, pero ella no hará nada hasta que se lo indique Elena. Deprisa se las ingenia para agarrarme con una mano, por las muñecas, los dos brazos, y abrir con la otra la llave.

Esa es la señal.

Apenas el chorro de agua helada comienza a humillar mi desnudez, los correazos de mi abuela comienzan.

Para pegar no varía el compás. A su edad es admirablemente sostenido. En cada uno de sus golpes, que reverberan breves, pero intensos desde mi piel hasta lo hondo de mis órganos, siento su furia atravesarme más que la correa de cuero. Sus brazos no se muestran cansados, sigue con los correazos, pero, de pronto, uno, dos no son tan atinados. El tañido de las campanas la desconcentran. Si continúa pegándome, van a perderse la misa y aún deben cambiarse de ropa; el agua también las ha alcanzado. No lo dicen, pero las conozco, y la pausa que hacen me permite respirar otra vez, aunque el cuerpo me arda y esa sensación me tiene totalmente alterada.

No lo dicen, pero las conozco. No hay domingo en que no vayan a la misa de las siete. Se quedan allí toda la mañana e incluso cuando ya se ha dado por concluida la eucaristía, ellas siguen, se quedan en el reclinatorio de rodillas. Solo al Jesús de la Divina Misericordia le agachan la cabeza. La señal de la cruz. Santo Dios, Santo Fuerte, Santo Inmortal...

Señor, ten piedad...

Santa María, ruega por nosotros...

Cordero de Dios, que quitas el pecado del mundo, ten misericordia...

Ruega por nosotros, Santa Madre de Dios para que seamos dignos de las promesas de Cristo.

Oh, Dios Eterno, en quien el tesoro de compasión es inagotable, vuelve tu mirada bondadosa y aumenta tu misericordia en nosotros para que en momentos difíciles no nos desesperemos, ni nos desalentemos, sino que, con gran confianza, nos sometamos a tu santa voluntad... Solo a tu santa voluntad...

Amén.

La señal de la cruz.

Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros, pecadores, ahora y en la ahora de nuestra muerte, amén.

Amén.

Amén.

16

Como mi abuelo, en el cuarto tampoco nada luce como antes. Afirmada sobre las varas de mis piernas, contemplo el espacio con una tristeza vigilante. Como las sales al cobre, una pátina de indefinibilidad ha derruido lo anterior; siento que mi cara reflexiva, se contrae.

La cama que recordaba como una cama grande ha sido reemplazada por una especie de catre o cama más angosta que las de una plaza.

No está más el velador donde mi abuelo mantenía una foto mía y de mamá, de nosotras, juntas, y la única que tenía de la suya y de su hermana, esa vieja imagen que, según me contó una vez, se metió en el bolsillo del pantalón cuando decidió que ya era hora de “hacerse hombre”, una transformación, una senda vital que —me dio a entender— debía atravesarse lejos de casa. Más que la fotografía en la que salgo con mamá, mantenía viva la imagen de ellas. Mi tía abuela detrás de su madre, de pie, apoyando su mano como con orgullo en su hombro; y mi bisabuela sentada, con las manos feminamente colocadas encima de su falda. También me acuerdo de la lámpara que se podía encender y regular apenas rozándola con la punta del dedo, rozándola delicadamente, como a la nariz de un bebé. Quizás así yo habría tocado al mío, si alguien lo hubiese puesto entre mis brazos, todavía morado, cálido, con el cráneo aún blando.

No me arrepiento de la decisión que tomé, sigo pensando que fue lo correcto. Pero la semana pasada, cuando estaba en el supermercado y una madre intentaba calmar a su bebé, aturdida por las miradas que no dejaban de escrutarla y juzgarla por no saber “controlarlo”, me puse a pensar qué habría hecho yo en su lugar, cómo habría manejado un llanto tan alto y molesto para los demás.

...Mi abuelo es ahora un niño.

Lo veo indefenso, postrado en esa silla. Lo veo respirar y me hago yo también consciente de mi respiración. Inhalo y me lleno con el aire tibio suspendido en el cuarto; es tan denso que podría tomarlo por puñados... Inhalo y con la punta de la lengua me humedezco los labios antes de volver a exhalar. Inhalo y exhalo y dejo que la poca saliva que reposa en mi boca corra como un hilo fino de agua por mi garganta.

Inmediatamente, mis ojos se instalan en los CD, los discos de vinilo, los casetes, su otra biblioteca, el tocadiscos; la otra lámpara, la del escritorio, de cristal verde; el equipo de sonido. Entre parpadeos, sin poder aún descontraer el rostro, percibo a esos

objetos en los rastros que han dejado, en los espacios que ocuparon y que están ahora vacíos. Percibo en su falta a mi pasado, que es tan mío y está tan mí que, sin verlos, soy capaz de reconstruir mentalmente sus formas; llevo un mapa de este lugar conmigo.

Mis ojos siguen con su tarea. Recorren pausada y atentamente la habitación para hallar en ella la respuesta que mi abuelo no me puede dar y que mi tía Elena y mi abuela no me darán.

Aparte de la cama, solo queda la cómoda donde mi abuelo guardaba una parte de su ropa, las camisetas interiores, los pijamas —las camisas y pantalones colgaban en el clóset—. El televisor está encima, pero apagado, como nunca antes lo vi.

Ya no están ni la videocasetera en la que veíamos siempre las mismas películas, ni el sofá en el que se aferraba al control.

Solo sigo constatando las faltas.

Solo puedo oler la orina, el sudor, la vejez, la enfermedad, las medicinas.

La ventana de este cuarto no se abre. Ese es un detalle que no recordaba. Es un extraño rectángulo esmerilado por el que no entra aire y por el que la luz entra muy poco. Se me ocurre pensar que así debe ser y así oler y así sentirse la piel de quien entra en la habitación de una persona desahuciada, a la habitación de alguien por quien ya no hay nada más que hacer. Pero ni siquiera eso. Porque mi abuelo no parece estar recibiendo cuidados, sino ser un enfermo abandonado a su suerte en un leproso.

No puedo evitar sentir un poco de asco. Sé que está mal, pero todo ha adquirido un aspecto inquietante, todo parece estar sucio, oler rancio, a descuido. No debería estar pensando esto en este momento, sé que no es importante, o que no debería serlo, pero no creo poder sentarme en la cama sin haber cambiado la sábana; debería olear el colchón... Y si no es el suelo, no hay dónde más sentarse, por lo que aunque no quiero dejar la habitación de mi abuelo, sé que tengo que volver sobre mis pasos.

No quiero salir, además, porque ellos saben ya que ahora sé.

Salgo.

Avanzo otra vez por el pasillo.

Absorbiendo el regocijo que les causa mi cara desencajada, la gestualidad de un rostro que ha perdido todas sus aristas de inocencia, camino hacia la cocina en busca de un poco de agua y del banquito que mi abuela seguramente aún mantiene junto al refrigerador o, más bien, oculto tras una de sus paredes laterales. Lo ocupaba la Delia, la lavandera. Ahí se sentaba cuando mi abuela la llamaba desde lo alto de las escaleras para que subiera a almorzar. En las puertas debajo del lavabo, estaban los platos de

plástico en los que le servía la comida. Ella no podía usar la vajilla que utilizábamos nosotros. Encajada en ese angosto espacio, la Delia comía en silencio, pero velozmente. Creo que evitaba permanecer mucho tiempo en la casa; yo hacía lo mismo.

Siempre me llamó la atención que fuera apenas un poco más alta que yo, entonces una niña, cuando en realidad era más vieja que mi abuela. Lo sé porque me lo dijo mamá, aunque sin precisarme cuántos años tenía. De la Delia en realidad sé poco. Sé que vivía en el campo, en un lugar apartado, lleno de árboles, sembríos, perros, gallinas y vacas. Sé que me gustaba bajar a buscarla al patio de atrás, donde lavaba. Que una vez me hizo unos moños para la escuela que Elena me quitó porque me dijo que no éramos iguales, que yo no tenía que aceptar nada de la empleada. Sé que casi siempre la encontraba arrodillada, con las manos perdidas en la espuma blanca que flotaba en la superficie del agua. Y que mientras lavaba la ropa en esa enorme tina, me hablaba de sus hijos, eran cinco. También que le tomaba tres horas llegar a la casa. Hacía un tramo en canoa antes de hacer otro en bus y el final en una caminata.

No sé qué habrá sido de la Delia. Tal vez ya está muerta. No sé por qué, en las cartas, nunca se lo pregunté a mi abuelo y, por ahora, al menos, no podré saberlo.

Lo último que quiero hacer es hablar; mi silencio es lo único que me mantiene cuerda. Pensando en esto y con el banquito en la mano vuelvo a cruzar el comedor, luego el pasillo, en dirección al cuarto.

Cuando al fin me siento a su lado, cuando ya hemos pasado algunos minutos juntos, o solo yo a su lado, la imagen que hasta en el aeropuerto tenía de él termina de disolverse. Me llega el olor de la orina. Decido revisarlo. Hasta las medias están húmedas. Hasta allí ha bajado la orina que ya se ha secado en la piel, blanquísima, plagada de micelios de diminutas venas rojas y lilas. Quién sabe durante cuánto tiempo lo llevará puesto. Me doy cuenta del estado en el que está y de que él no parece percatarse. Está aquí, a mi lado, orinado, pero también perdido, impávido, inmerso en una imperturbable y triste mansedad, con el brazo izquierdo agarrotado.

Es esto: Más que atrapado en la casa, mi abuelo está atrapado en su cuerpo.

Estamos juntos después de diez años y siento que invado su cuerpo al mirarlo tanto y al mirarlo así, desconcertada, impúdica. Él siempre me dijo que es de mala educación quedarse mirando a alguien por su físico, pero no puedo evitarlo.

Es esto: Ya no hay *kintsugi* posible.

Esta certeza agita la embravecida marea que se sigue agravando en mi interior: Ya no será posible reparar, como desde hace milenios los japoneses, las fracturas de la

cerámica que ha contenido a mi abuelo toda su vida. Y si no queda nada de mi abuelo, ¿qué es lo que queda de mí? ¿Si a él he regresado y él ya no está, qué es lo que verdaderamente tengo?

Sigo mirando su cuerpo, la amarilla palidez de su rostro. Así me veía yo de niña en el espejo, de ese color exacto que ahora es el de mi abuelo, que ladea la cabeza, que no logra contener la saliva en la boca.

Y ha perdido tanto peso, casi toda su musculatura...

Ya nunca más.

Nunca más La Muralla.

Ese fue su nombre de deportista, el apodo que se ganó por su juego defensivo en el tenis de mesa. Mi abuelo practicó fútbol, natación, básquet, voleibol, gimnasia y equitación, pero de entre todos esos deportes prefirió el *ping-pong* y llegó a ser campeón nacional en los años 50 y recorrió el mundo representando al país en distintos torneos. Lo sé porque me lo contó y me mostró las pocas fotografías que tenía de esa época, fotos en las que aparece con los brazos suspendidos como alas en el aire, en las que su cuerpo luce atlético, ágil, mientras tiene la mirada concentrada en el vaivén de la pequeña pelota, que pasa y recibe con la raqueta en la mano derecha.

Cuando le pregunté por qué de entre todos esos deportes eligió el *ping-pong*, me respondió: Porque no permite el contacto con el adversario y nunca me gustó discutir. Yo aún no comprendía el peso de esa dimensión de su carácter, pero sé que esa frase explicaba su condena y su destino. Hoy lo confirmo.

Mi abuelo es ahora un niño, el único hijo que tengo.

Tiemblo o quizás sigo temblando desde que entré a la casa.

Tiemblo. No sé cómo tocarlo, moverlo.

Nunca lo he hecho.

Nunca he bañado a un hombre ni pequeño ni viejo.

Nunca he visto desnudo a mi abuelo.

No sé cómo tocarlo, moverlo, pero me urge devolverlo a su anterior estado, al abuelo de mi memoria.

No sé cómo tocarlo, moverlo, pero su cuerpo grita por cuidados en silencio y yo lo sé, pero mi cabeza me atropella: mi partida, mi demora, mi lejanía, han ocasionado esto. En mi cabeza: mi abuela se encargará de responsabilizarme para hacerme sentir todavía más culpable: culpable por ausente, culpable por omisión, causante involuntaria de un daño irreversible.

Siento náuseas y más rabia, me agujonea la garganta. Pero no es hora de reclamar, increpar, de que rindan cuentas. Tengo que descifrar qué hacer con las manos bañadas en pánico; cómo, sin romperlo, tocarlo, aunque ya me asuste solo la idea de hacerlo. Por más unidos que hayamos sido, el nivel de contacto físico fue siempre mínimo. No supieron cómo hacerlo o eligieron no saberlo, pero mi familia nunca se tocaba. No hubo abrazos, besos en la frente, palmaditas en los hombros, caricias en las mejillas. No hubo demostraciones de afecto incontenibles. No existía cariño ni ternura en el código interno. El estado sentimental de mi familia era perpetuamente gélido y yo me fui acostumbrando a eso, sobre todo porque cuando yo buscaba a mi mamá, ella no era capaz de devolverme el cariño que yo le exigía. Era yo la que me aferraba a su cuerpo, quien caminaba con los dedos por su clavícula y los huesos de su pecho.

Ella hacía lo que podía, lo que sabía.

Ella ya era en quien yo me convertí.

A medida que fui creciendo, contenía cada vez un poco más mi necesidad de cercanía. Crecí y aprendí a evitar.

Aprendí a retraerme, aunque algo dentro de mí ansiara siempre un roce.

Lo aprendí, aunque esas ansias llegaran como una eufórica oleada e impetuosas trepidaran por todo mi cuerpo. Aprendí que, en su nivel más alto, la única opción era la aniquilación, el salto desde la más alta cumbre, el desvanecimiento en el trayecto, la atomización en el suelo.

Entonces temblar se hizo parte de mi repertorio corporal.

Me hice temblor, me hice nudo, me hice aullido sin ruido.

Por eso estallo en lo pequeño, lo mínimo.

Ver las hojas de los árboles moverse, tocarse mutuamente; a las aves avanzar en tierra firme dando saltos, o sentir el leve roce de otra piel en mi piel me estremece, me abarca enteramente, como onda se amplifica e impregna cada célula, cada poro, cada vena, cada alvéolo, cada arteria.

La primera vez que me acosté con alguien, más que recordar el dolor de algo rasgándose en mi interior, me acuerdo de que no pude parar de temblar y no supe cómo explicárselo a ese otro cuerpo que se movía, sin comprenderlo, dentro de mí.

Recuerdo bien, además, los escarmientos de mi tía Elena y los golpes de mi abuela. Esos también me dejaban temblando. Podría reconocer a ciegas esas manos que no han hecho nada por mi abuelo, que no han cuidado su cuerpo enfermo, que se han quedado estratégicamente quietas.

Yo sí tengo que hacerlo, poco a poco inspeccionar los daños, medir qué de todo este descalabro tiene una posibilidad de ajuste, reparo.

Cada nuevo hallazgo incrementa mi asombro, mi furia, mi dolor.

Mi abuelo es diabético y cuando le quito las medias, las uñas de sus pies se me revelan casi deformes, como malignas madrêporas.

Tiene escaras en la cadera, el coxis, el omóplato izquierdo y la media espalda.

Cuando llego a su cabeza, descubro que detrás de las orejas se ha formado una pátina grisácea. La suciedad y la grasa del cuerpo, del poco cabello, han creado una capa que intentaré remover mezclando alcohol y aceite para bebés.

El pañal está por deshacerse. Cuando se lo quito, pedazos de celulosa y polímeros caen hacia los costados como bolas de nieve...

Todo esto. Qué es.

Quizás solo estoy soñando, quizás esta es solo una pesadilla muy vívida.

Dudo porque este estado no puede ser cierto.

No puede ser que nadie más pueda ver lo que estoy viendo.

Supongo que, por un reflejo, para ayudarme a ayudarlo, sin que yo se lo pida y fracasando en el intento, intenta pasar su brazo sano alrededor de mi cuello.

En adelante, toda la escena transcurre en silencio.

Es la primera vez, desde que murió mi madre, que veo un cuerpo perdido en su piel, así de frágil. Y me desarman su falta de conciencia y su pasividad. Mi abuelo es una criatura casi sin voluntad, una criatura que mansamente se deja llevar, y yo alguien que lucha por contenerse.

No quiero llorar.

Julia, no vayas a llorar.

Igual lloro.

Y mis lágrimas y el agua tibia caen sobre mi abuelo.

Logré traerlo hasta el baño y sentarlo en una silla de plástico que ya estaba aquí; es la única forma de poder bañarlo.

Enjabono sus pies, sus piernas, sus brazos.

Voy escalando y todo parece estar bien y él sigue igual de quieto hasta que, de repente, un espasmo lo recorre cuando llego a su espalda. Yo capto el mensaje. Por las escaras, le arde y esa señal me parte en dos. Mi abuelo siente dolor. Esa señal me parte, pero algo me impulsa a seguir, una mínima voz susurrándome: luego sientes, solo sigue.

Lavo varias veces su cabeza. La masajeo lo mejor que puedo porque sé que esa es una sensación agradable. La coloco, despacio, hacia atrás, mientras la sostengo por su nuca con una de mis manos para que el agua con la espuma solo caiga; él mantiene todo el tiempo los ojos cerrados.

Cuando termino de bañarlo, lo saco, no sin esfuerzo, y rápidamente lo seco y lo envuelvo en dos toallas para otra vez, muy despacio, sentarlo en la silla de ruedas donde puse antes una toalla sobre el asiento.

Lo empujo hasta su habitación y a medida que las ruedas, como mis piernas, avanzan, voy preguntándome cuánto tiempo habrá pasado desde el último baño, desde que alguien lo sentó en esa silla que colocaron en el baño para eso, cuándo habrá sido la última vez, quién lo habrá bañado...

Ya en el cuarto, no lo visto. Envuelto en las toallas, me las arreglo para acostarlo en la cama que, al menos, ya tiene las sábanas limpias.

Aunque es difícil encontrar espacio para los dos, me recuesto a su lado; le sonrío en silencio, acaricié otra vez su cabeza.

Estamos juntos y lo veo, solo necesito verlo, volver a creer que es él quien está frente a mí. Me digo que, aunque calle, aunque sus ojos continúen cerrados, mi abuelo me reconoce, está aliviado, sabe que soy yo quien está con él.

Lo sé.

Lo sé porque lo siento, lo sé porque lo veo y en mi cabeza me digo: Ahora está. Una parte. Un pedazo. De mi infancia. De mi vida pasada.

De alguna forma, mi abuelo aún está.

Aquí.

17

Intento recordar cuándo fue la última vez que sentí en el cuerpo una extrañeza como esta. No puedo adjudicarle una edad a todo lo que recuerdo, pero todo lo que de golpe hoy vuelve a mí se remonta, indefectiblemente, a mi infancia, a esa etapa de mi vida que hoy, como nunca antes en todos estos años, revivo con la claridad que no hubo cuando mi inocencia lo empañaba todo, cuando no quería creer, cuando prefería evadirme.

A medida que retrocedo en el tiempo, voy retirando las telas blancas con las que cubrí mi pasado al irme de aquí. Hoy no he hecho más que avanzar hacia atrás, desandar, repasar y quedarme, aunque no lo soporte.

No se puede mirar con los ojos el pasado. Es la cabeza la que mira hacia adentro. Así tengo los ojos: fingidos, aparentando mirar el afuera mientras con la punta de los dedos, una de mis manos me recorre la piel del cuello. Voy bajando, descendiendo, deslizándome en mí. Mis dedos siguen recorriéndome hasta que llegan justo a mi centro. Percibo el flujo de mi respiración, el ritmo de mis latidos, mis huesos. Para tranquilizarme frotar mi mano en ellos.

Ahora lo recuerdo, el cuándo, la última vez.

Estoy acostada en el patio y tengo también en el pecho la mano, solo que debajo, adentro, hay un insecto. Más que el latir de mi corazón, siento su aleteo, que se arremolina en mi esternón, su giratorio movimiento.

Sé que no va a salir, aunque le ofrezca mi boca.

Que no quiere irse y yo no quiero que se vaya.

Que quiero que se agolpe, ciego, en mí,

que en mi oscuridad se pierda.

Aunque no la vea, sé que es una polilla.

Ya estaba acostada cuando entró, cuando me eligió.

Para apresar en mí al ángel blanco cierro los labios.

Para que revolotee en mi intimidad, en lo que está en mi interior, en lo que nadie más sabrá ni conoce.

Para que lo haga mientras yo me cubro, otra vez, de tierra los ojos.

Mis manos fueron las palas para la tierra que he puesto ya sobre mis párpados: la hojarasca muerta de este bosque lúgubre.

Me quiero quedar así, con el ángel en mí.

No quiero ni un brío de luz iluminando lo que ya está ahora en mi dentro iluminado.

Cierro los ojos. Aíslo. Rechazo.

Debo permanecer inmóvil, invitarlo a quedarse, hacerlo, de mí, parte.

Y lo hago, ahora recuerdo, porque mamá ya no se paraba, porque la noche previa le había visto las primeras plumas en la espalda. Recuerdo que las toqué con un solo dedo y que eran suaves, aunque grises como una pesadilla, como todo en la casa.

18

No sé por cuánto tiempo me he quedado dormida, una hora, veinte minutos, quince minutos. Abro mis ojos y ante ellos, las hojas secas de sus párpados. Pese a la poca iluminación del cuarto, miro el otoño de sus ojos y un momento más tarde me levanto, despacio, para no despertarlo.

Salgo y cierro la puerta del cuarto, cruzo el corto tramo que separa su habitación del baño, me meto y, como un acto reflejo, pongo el seguro.

Me alejo unos instantes de mi abuelo porque no puedo dejar de darle vueltas al tiempo que me he ausentado. Me lastima especular todo lo que, quizás, pude haber evitado. No logro frenar mi intento de rebobinar el tiempo, este maldito tiempo que no se puede detener y sigue avanzando y constituyendo este presente, mientras estoy aquí, encerrada en el baño, a unos metros de él, que descansa en un sueño tan profundo, como si no hubiese dormido así en años.

¿De qué te sirve seguir dándole vueltas a tu ausencia si esto es lo que has ocasionado? ¿Quién te mandó a desaparecer tantos años?

Sigo. ¿Qué podría ya cambiar, a otro destino desviar? ¿Si tuviera la oportunidad, en qué segundo exacto, en qué minuto de toda esta cronología que se ha trazado desde que me fui sería prudente irrumpir para rehuirle a la fatalidad? ¿Por qué no vine hace cinco años, cuando cumplió 75? ¿no era una buena excusa esa también?

Me hago estas preguntas mirándome en el espejo: no puedo descifrar mis gestos.

Me hago estas preguntas, de pie, en su baño, el que mi abuela me prohibía usar, pero yo no le hacía caso. Y hoy la desobedezco de nuevo porque es en este espejo en el que mi abuelo siempre se ha mirado.

Me miro y sé que es aquí donde estoy, aquí donde me estoy interrogando, pero no entiendo lo que pasa. Me miro y otra pregunta: ¿Cuándo fue la última vez que mi abuelo estuvo entregado, como yo ahora, a observar su cara?

Me miro y mi rostro ya no es el de ayer, tampoco el de hace unas horas.

Me miro para identificar qué es lo que ha cambiado.

Cierro los ojos, los vuelvo a abrir.

Sigo siendo yo, solo que mi rostro ha envejecido.

Ya no soy la Julia niña, ni la Julia adulta.

Soy una anciana como mi abuelo.

Cada hora que paso en esta casa me consume un poco más. Me consume esta atmósfera y no saber qué es está pasando, lo que ha pasado. Cómo se llegó a este punto.

No hay una palabra que describa lo que está ocurriendo, lo que he encontrado. Y no hay adonde ir para buscarla porque esa palabra no existe y, en este estado catatónico, no logro inventarla. No puedo alumbrar desde mi lengua ahora muda, replegada en una sequedad inusitada, una palabra que explique, dé cuenta, sea lo que constato y nada más, una palabra que rompa el embrujo al ser pronunciada.

Todo lo que permanece en esta casa se deteriora, todos los que no somos como ellas...

Abro la llave, me mojo la cara y toda la cabeza, mientras mi oído absorbe el rumor del agua. Cuando interrumpo su flujo, no me seco: veo en el espejo al agua escurrirse de mí como se me escurre la imagen que infracta mantenía de mi abuelo, esa imagen que ya no puedo recobrar; no va a regresar.

Permanezco de pie en el baño que es y, a la vez, ya no es su baño porque mi abuelo ya no es y me desespera no saber por lo que ha pasado y no haber estado para ayudarlo, albergarlo entre mis manos como sí lo hice con mamá.

Solo sé que mi abuelo ya no es quien fue.

Este lugar tampoco lo es.

Esta, es tierra arrasada.

Ya estuve aquí cuando lo bañé, pero recién lo constato. Que en el lavamanos no hay más que un trozo agrietado de jabón, una pasta a punto de acabarse, una afeitadora con las hojas oxidadas y el espejo. Eso es todo lo que hay en este ahora, en este inhóspito escenario, pero no es todo lo que queda porque no era esto lo que había en ese antes inaprehensible, inalcanzable. No era esto lo que configuraba el estado anterior que se oculta tras los velos raídos de mi memoria. No sé de dónde habrán salido estas cosas que no parecen tuyas. No son sus cosas porque mi abuelo tenía varias afeitadoras y jabones, distintos cepillos y pastas de dientes, dos o tres de las botellas más grandes de enjuague bucal, varios rollos de hilo dental, cremas para cuerpo y para las manos, para el contorno de ojos, para las manchas, agua termal para el rostro, perfumes, colonias, *after shave*, desodorantes en barra, en *spray*...

Ya no queda nada.

Ya nada está porque ya nada volverá a ser igual.

Tampoco yo.

Estoy aquí queriendo descifrar a mi cuerpo envejecido, mi cuerpo que se acaba, que ahora comienza a desintegrarse. En el espejo. Lo veo. Veo a las partículas que me deshabetan de mí suspendidas en el aire como una turbación, las veo detenidas como al ciervo en el bosque hasta que como pavesas en el aire se pierden.

Todo lo que permanece en esta casa se devasta, se deteriora...

Ahora mi cara ya no es mi cara: me va quedando media nariz, un ojo, una sola ceja. Mis contornos se van desdibujando en esta neblina azul, que me traga y, sin embargo, no se lleva la estela de mis miedos.

También aquí me escondía de niña.

Mi abuela se enloquecía cuando volvía de la escuela con las rodillas sucias y raspadas, Decía que así mis piernas se parecían a las de las empleadas.

Ella supervisaba y auscultaba cada parte de mi cuerpo y cuando hallaba lo que sabía que iba encontrar, también me pegaba. Por eso yo me refugiaba en este baño que, entonces, se convertía en mi porción de océano, en el mar donde se me ofrecía la serenidad. Yo llenaba la bañera para hacer de este baño la enorme pecera que me alejara de la superficie violenta. Y entonces todo florecía de los corales de mi mente fluorescente: medusas, peces, moluscos, anémonas.

Solo bajo el agua, envuelta en brillantes algas, aplacaba el hervor de mis miedos. Y me quedaba inmersa hasta que se me arrugaban las puntas de los dedos, justo el tiempo que le tomaba a mi abuela encontrar las llaves de la puerta.

19

Me encuentro en un estado de obnubilación; no me atrevo a salir del baño. No quiero estar más tiempo lejos de mi abuelo, pero estoy paralizada. No sé cómo abandonar este territorio derruido, desolado. No sé cómo salir de aquí con ella afuera. Mi abuela lleva rato golpéandome la puerta; esta vez no trae las llaves consigo. Ya habría entrado, de tenerlas.

Mi abuela ha sido imponente e invasiva desde que tengo memoria.

Aparte de auscultarme el cuerpo, las uñas para cortármelas, la cabeza por si estaban las liendres, las rodillas por si tenía raspones o heridas, a veces entraba a mi habitación e iba directamente a los cajones de mi cómoda y los volteaba hacia el suelo para que yo volviera a ordenar mi ropa. Para que dejes de perder el tiempo, para que hagas algo de provecho, me decía.

¡Ábreme! ¿Qué tanto haces ahí metida? ! ¡Abre la puerta!

Mi abuela nunca ha admitido que la contradigan.

En la casa, era inadmisibile que alguien lo hiciera.

¡Julia, sal ya! ¡Esta es mi casa y en mi casa se hace lo que yo diga!, sigue como una desquiciada gritándome desde afuera.

Adentro, siento su agitada respiración casi rozándome la oreja y, arrimada a la puerta, me doy cuenta de que este extraño vapor que ha inundado el baño proviene de ese afuera que con sus gritos ha vuelto a ser el de siempre; veo a la azul neblina filtrarse por el resquicio de la puerta.

Mi abuela la golpea, no cesa; cada uno de sus llamados me desorienta todavía más. Mi abuela no deja de estampar su rolliza mano enérgica. Y no se detiene ni por un segundo porque, al igual que Elena, ella rastrea el miedo, la envalentona percibirlo, verlo, olerlo. Y mi cuerpo, si algo segrega ahora, es miedo, la sustancia de la que ellas se han nutrido siempre. Me siento acorralada como una rata e imagino que mi abuela, allá afuera, está aferrada al mango de la escoba, determinada a acabar conmigo a punta de escobazos como lo hizo cuando otra rata se metió a la casa subiendo también por las escaleras. Me acuerdo de que por lo aterrada que se sentía, la rata terminó escondiéndose en la habitación de mi abuelo y, aunque mi abuela casi nunca entraba a ese cuarto, entró de todas maneras, le apagó el televisor, y le ordenó que se fuera; tras su salida cerró la puerta. Los chillidos fueron memorablemente breves, se mezclaron con mis gritos tristes, horrorizados, con mi inútil clamor; la remató en el suelo.

Sé que mi abuela va a quedarse afuera hasta conseguir lo que quiere. Y, en efecto, sigue golpeándome la puerta hasta que finalmente me atrevo a salir para perderme en la neblina azul que ya se ha expandido por todo el pasillo, en la neblina azul que terminó por engullir a mi abuelo.

Pasan un par de minutos hasta que la neblina termina por disiparse. Y lo que hago, cuando sé que ya puede mirarme bien, es mirarla con todo el odio que siento, con todo mi desprecio. Ni ella ni yo nos hemos movido. Estamos cara a cara. Hemos permanecido inmóviles, sin decirnos nada.

Ya no aguanto.

Me deslizo por su costado, procurando no rozarla; no la quiero en mí.

Ella no me detiene.

Cierro la puerta detrás de mí, él no se despierta, sigue buceando en las profundidades de sus sueños.

Cierro la puerta detrás de mí y a mi paso lo único que se levanta es el polvo que, como una fina capa blanca lo cubre todo, que se ha acumulado en la habitación. El polvo que jamás voy a poder encapsular para darle otra forma que no sea la del olvido es lo único que flota y queda suspendido en el aire que, tras el encuentro que acabo de tener con mi abuela, siento que me falta un poco más.

20

Los que también flotaban en el aire eran sus ladridos. El perro no paraba de ladrar, sus aullidos eran un componente más del oxígeno que respirábamos, una suspensión atroz y dolorosa del viento que no mecía ni al sauce de la entrada, ni a los hierbajos que crecían como pequeños penachos rompiendo el concreto de la vereda.

El perro ladraba por la noche, por la mañana, por la tarde. Cuando hacía sol. Cuando comenzaba a extenderse el amenazante velo negro en el cielo, cuando finalmente llovía o cuando aparentemente no pasaba nada; el perro no paraba de ladrar. Creíamos que ladraba, además de por el maltrato, de hambre, y, para aplacar en algo su sufrimiento, con mi abuelo un día decidimos empezar a darle de comer. Lo hacíamos a escondidas y casi a diario. Alrededor de las tres de la tarde, le llevábamos los restos del almuerzo que yo lograba robar de la cocina, principalmente arroz y huesos. Aprovechaba la siesta que luego de la comida hacían mi tía Elena y mi abuela para hurgar en la funda de desperdicios que juntábamos hasta la noche y se sacaba antes de que pasara el camión de la basura.

El perro vivía en la casa que continúa abandonada en la esquina. Hasta allí nos acercábamos, cautelosos, más que por el perro, por su dueño, un hombre furibundo al que yo le tenía un poco de asco y recelo. Como sabía que yo me escapaba por los alrededores de la casa, hasta cuando habló, mamá me advertía que tuviera cuidado de él, que jamás le hiciera caso si me llamaba y que, si llegaba a acercárseme, inmediatamente corriera y gritara. Nunca alcancé a gritar. Cada vez que lo veía me paralizaba, la nuca se me ponía rígida. Y lo miraba, sin poder controlar los ojos, porque su aspecto me impactaba y atemorizaba en la misma medida que Elena, aunque ella no me producía asco, solo terror.

La humedad y el calor de la ciudad intensificaban su desaliñado aspecto; el sudor remarcaba la piel grasa de su nariz y frente, le descendía por las patillas, le perlaba el labio superior, que a cada rato se lamía. Echado en su patio bebía todos los días, con la misma camisa desabrochada y remangada sobre una camiseta interior percutida. Al lado, una radio con la antena partida transmitía partidos de fútbol o lo que para mí era música de viejos. Y a sus pies, triste y miserable, recostado sobre hojas secas, colillas de cigarrillos y mangos podridos, el perro que machacaba en sus arrebatos violentos; tenía heridas abiertas y sarna en el cuerpo; la cabeza, del lado derecho, como hundida.

Tarde a tarde, el hombre se derretía en la mecedora de mimbre de la que mi abuela se deshizo cuando se dio cuenta de que mi mamá no iba a poder amamantarme. La leche se le pasmaba ante su inagotable vigilancia. Cuando quise conocer mi historia, saber de mi nacimiento, una de las pocas veces que le pregunté sobre mi padre, una de las pocas cosas que mi mamá me contó, convencida de que tenía razón, fue que mi abuela la presionaba diciéndole que si no podía alimentarme, nunca iba a ser una buena madre. Cuando ya no pudo soportar más la alteración de sus nervios, se rindió y ese mismo día mi abuela mandó a Elio a deshacerse de la mecedora y mi tía Elena comenzó a hacerse cargo de mí, por orden de ella, pese a la negativa e ineficaz resistencia de mamá, que inútilmente les rogaba que me dejaran a su lado, que yo aún era muy pequeña.

Nunca se supo si Elio se la vendió o si el hombre la agarró de la esquina en donde se dejaba por las noches la basura, pero lo cierto es que aquel hombre se hizo de la mecedora que convirtió en el trono de un rey cuyas únicas leyes eran golpear al perro y beber. Se abandonaba sobre el ya agujereado respaldo de la silla y tenía la cara tan roja por el alcohol, con la nariz no solo tan brillante, sino tan hinchada, que yo imaginaba que como un globo un día le iba a explotar. También recuerdo que usaba unos viejos zapatos de suela, con la punta raspada, que le quedaban grandes y no se amarraba porque no tenían cordones, y unos pantalones con toda clase de manchas.

Aunque solo estuve cerca de él una vez en la que no hubo tiempo para reparar en nada que no fuera el crimen del que fue el victimario, yo estaba convencida de que apestaba, y como cuando mi abuela y mi tía Elena me obligaban a tomar cremas, me daban arcadas de solo pensar en su pantalón, aunque lo que verdaderamente me sobrecogía era verle las uñas, largas y negras.

Todas las tardes, bajo el sol que se abría paso por entre las ramas del mango, el hombre se dormitaba. Era entonces cuando con mi abuelo nos aproximábamos, cuando el perro, con quien parecíamos haber establecido un pacto, se acercaba sigilosamente a la reja y, sin alzar la cabeza, devoraba lo que le dábamos. No nos miraba, era como si se sintiera indigno, como si tuviera vergüenza de su aspecto, de sí mismo.

No recuerdo por cuánto tiempo fue, pero darle de comer se hizo parte de una rutina que también le ocultábamos a mi abuela, a mi mamá y a Elena. Era un ritual de complicidad, una felicidad que compartía solamente con mi abuelo; para mí, entonces, el mayor de nuestros secretos. Pero como todo en nuestras vidas, esa mínima felicidad nos duró, aunque tampoco puedo precisar cuánto, poco tiempo. Un instante, un

pestaño, el paso veloz de un pájaro. Es lo que me parece ahora que me devuelvo a esas tardes, a esos episodios de alivio que, para el perro, sobre todo, fueron tan breves, una confortación que jamás fue suficiente porque la reja nos bloqueaba, siempre trazó una línea que no se podía cruzar; nunca fue posible acariciarlo, sacarlo de su infierno.

Aquella tarde que ahora vuelvo a recordar parecía ser cualquier otra de las tardes en las que lo habíamos logrado, en las que habíamos podido aplacar su hambre, acallar, por unos instantes, sus ladridos. Pero aquella tarde, la satisfacción de los escasos minutos de haber observado al perro comiendo, transmutó en culpa y desprecio. Esa tarde el hombre finalmente supo, se dio cuenta de que alimentábamos al perro sin nombre, al animal en el que descargaba lo miserable que era. Fue esa tarde cuando finalmente comprendió por qué no conseguía matarlo de hambre, cuando supo que la agonía a la que sometía al perro tenía ínfimos descansos, que el animal, a sus espaldas, daba casi imperceptibles respiros.

Esa tarde, cuando el hombre finalmente supo, con sus ojos de ebrio nos miró como diciendo ustedes se lo buscaron y, dando tumbos, se acercó al perro que seguía comiendo como un desesperado y con la mano temblorosa y sucia le disparó en la cabeza que estalló ante nosotros. La bala atravesó el cráneo y nos manchó de sangre y tejidos y múltiples fragmentos como triturados de hueso. La bala selló nuestro silencio y nos hizo tener a mí y a mi abuelo un nuevo secreto, pero uno que no me gustaba. Sentía que, de alguna manera, yo también lo había matado, que nosotros habíamos provocado su muerte.

A veces, todavía lo creo; hoy es un día de esos y me anoto la fecha en la palma de la mano, que tengo húmeda; a mi lado, mi abuelo respira.

Número por número, letra por letra, con la mano derecha redacto y un río negro y manso se cuele por las crestas y los surcos de mi mano izquierda; veo la tinta mancharme, esparcirse. Me concentro en mis líneas cortas, inacabadas, largas, todas enredadas; me concentro en mi palma y me viene a la memoria la quiromántica que no pudo revelarme mi destino cuando quiso leerme esta misma mano un año atrás.

Ahora nos vuelvo a ver. Estamos en una plaza. No estamos cerca ni juntas, pero estamos en el mismo lugar, respirando, como ahora yo con mi abuelo, el mismo aire, el mismo tiempo. Estamos en la plaza, solas y juntas a la vez, aunque lejos. La mujer me ve y yo creo haberla visto antes que ella a mí, pero no estoy segura.

Está sentada en una banca, delante del arbolado; un bosque de eucaliptos es su telón de fondo y el mío, aunque yo no le dé la espalda porque lo veo de frente. Está

sentada en una banca diagonal a la mía, a una distancia que no me permite ver bien su cara, que solo me deja ver una cabeza. Tal vez cuando llegué, cuando avancé hacia la banca que ahora ocupo pasé a su lado. Quizás recién ahora me acuerdo y reparo en ella porque busca cruzar su mirada con la mía.

La sé buscándome antes de encontrarme y la esquivo. Recibo en el cuerpo sus ganas de hacer contacto conmigo, siento a sus ojos hundirse en mi piel. Me mira fijamente, quiere que lo apruebe, acercarse, que le permita venir a mí. Quiere que mi mirada, al unirse a la suya, selle el acuerdo. Quiere decirme cosas que está convencida que no sé de mí, cosas que cree que me interesaría descubrir.

Pero se equivoca.

Prefiero no saber. Desconocer.

Pero me seducen su persistencia y sus ojos volcados sobre mí como en mi mano ahora la tinta negra. Prefiero no saber, desconocer, pero me gusta su juego, que no se imponga, que me atraiga con la posibilidad que su sola presencia sugiere y supone: un develamiento que existe por fuera de mi incredulidad, que se sostiene y prevalecerá en lo que me relate sobre mí, pero que muy probablemente también encaje, o haya encajado ya en otros, en expectativas de vidas ajenas, que muy probablemente será un acertijo prefabricado en el que va alternando datos, según la persona, la plaza y las circunstancias.

Hoy, evocando aquel atardecer malva y arrebolado, a medida que la tinta se me filtra, a medida que la imagino fundirse negra con el rojo de mi sangre, resignifico su lectura, me doy cuenta: la bruma también puede ser camino, una respuesta. Estábamos las dos protagonizando, a conciencia, esa situación, sin hablarnos con la voz, cuando las luces amarillas de los faroles de la plaza, al unísono, de golpe, se encendieron e inmediatamente se apagaron, como en un cortocircuito, acentuando el misterio del encuentro. El otoño rebosaba en la hojarasca que a mis pies lo cubría todo. Por su causa, cuando la quiromántica ya me hablaba, mi atención se perdía a ratos, se dirigía a ese cúmulo de pérdidas, a esa materia orgánica seca. Mi atención se desviaba porque las hojas yacían extrañamente quietas y, al verlas así, me dieron ganas de hacerlas crujir. Pero, aunque estaban ya caídas, desprendidas, por ende, ya muertas, pisarlas significaba nuevamente lastimarlas y pensé en cómo su sonido llegaría limpio a mi oído y que, en la misma forma, se extendería, agudo como un segundo dolor, por todo el cuerpo de la hoja y al pensarlo así me abstuve, ya no quise, no pude.

Las hojas se mantuvieron imperturbables como mis pies que, sin planearlo, me habían llevado hasta allí. Normalmente, todo el tiempo me desvío. Camino en una dirección y al poco rato me descarrilo. Desde que me fui de la casa intento encontrar un lugar, mi lugar, y como no lo encuentro me pierdo, doy vueltas. Lo único que he podido hacer todos estos años es deambular, andar a tientas, fingiendo seguridad, como lo hizo la quiromántica mientras se encaminaba hacia mí luego de que yo hubiera accedido a su propuesta. Me metí en su mirada, acepté el trato sin palabras, ni asentimientos. Una larga túnica azul le cubría la falsa pierna que imaginaba tenía bajo la tela, la pierna dura, rígida, la pierna no humana que le permitió alcanzarme cojeando. Así es cómo avanzó y llegó hacia mí. Quizás era una pierna de palo, quizás una prótesis de plástico. No pude diferenciarlo porque la túnica peinaba el suelo y en la parte posterior se bifurcaba y prolongaba como la cola de un silfo colivioleta. Cuando al fin la tuve enfrente, cuando ya se había plantado delante de mí, me extendió su mano para que yo le entregara la mía y el mutismo se quebró con su voz. Aunque lacónica, su voz rasgó el viento que no soplaba, que no viajaba a través de la plaza. Lo recuerdo nítidamente:

Solo está su voz, hasta los pájaros callan, se han replegado en lo alto de las copas.

Solo su voz hasta que, sin darse cuenta, pisa las hojas, que finalmente crujen.

Solo su voz hasta que la voz ya no le sale.

La mujer de pronto parece algo tensa, turbada, frunce el entrecejo.

Pero se obstina, insiste.

Pero no, la lectura se traba.

Ella, de manera elegante y sutil, atribulada en el desconcierto que la permea, sacude la cabeza en señal de negación y me devuelve mi mano y se aparta, rematando las hojas, aceleradamente.

Yo, no la sigo. Solo la veo irse y con los ojos petrificados en la dirección por la que parte permanezco en la banca hasta ya entrada la noche, hasta que el ladrido de unos perros y el olor del cigarrillo que van fumando sus paseadores me trae de vuelta.

Aparto los ojos de mi mano. No puedo enfocar la mirada, sostenerla. Me arden, los tengo rojos, cansados. Pasan de mi mano al cuerpo de mi abuelo que verticalmente vive el tiempo.

O quizás el tiempo ya no pasa para él. Quizás para él el tiempo se quedó suspendido como se suspendió aquella tarde cuando la gitana no pudo adelantarme este destino.

En qué momento se paró el mundo para mi abuelo, en qué día, qué fecha.

Qué números y letras escribiría él en su mano si pudiera.

No hay números ni alivios.

No los hay ni habrá porque no hay boca, no hay voz, no hay dientes, no hay lengua. No hay iris ni córneas ni ojos ni escleróticas.

Piel, pliegues, poros, vellos, solamente.

Nada se abre, nada se cierra, nada se mueve.

Solo su pecho, sístole y diástole.

Solo su pecho sube y baja para mi visión periférica que vuelve a mi palma para volver seguidamente a él. Indistintamente, es una danza que nadie más que yo contempla, una danza sin compás ni pareja. Una danza en la que yo soy sola en movimiento. O un doble contorno, yo y mi sombra o la de la irrealidad en la que sigo cincelando otros pasados posibles y, en consecuencia, otros destinos futuros que jamás serán míos; solo este que no escogí y que, sin embargo y a mi pesar, me pertenece.

Yo soy sola en movimiento cuando me detengo a contemplar mi silueta derramada y distorsionada sobre la pared, mi rastro en la lluvia que se me gotea y cae al suelo creando un charco donde se va una parte de mí, los charcos que piso siempre después, ya descalza, creyendo que ahí podré reabsorberme y ser otra.

Yo soy sola en movimiento cuando me hartó de amar las ausencias que me rodean, de odiar lo que me acuerdo y que hoy, como nunca antes, recién logro ver diáfananamente, como la luz que cada mañana irrumpe por el alto ventanal de una habitación que es apenas mía, que empecé a habitar apenas hace una semana para seguir impostándome en una vida que nunca he sabido cómo vivir.

Yo soy sola en movimiento cuando me distraigo, cuando mi mente se va a mil lados. Soy yo mi mente dividida que no me mantiene concentrada en lo que debo hacer y no hago. Soy sola en movimiento en lo que todavía no hallo, en lo que aún no logro capturar de mí. Soy yo en el aparataje de mi biografía cotidiana, en el desorden que no quise disponer, en los cajones que no quise llenar, en las cajas que aún no vacié.

Yo soy sola en movimiento huyendo de mi presente, imaginándome ahora desnuda ante Manuel. Soy yo ahora y su recuerdo en mi entrepierna, en los vellos que se me erizan en los brazos, la nuca, las piernas. Soy yo mi cuerpo desnudo, mis ojos cerrados, mis pliegues sudando. Soy mi espasmo y el temblor contra su torso también desnudo.

Me detengo.

Tengo que parar.

No me soporto más en mi memoria fragmentada, en el tsunami de mi cabeza, en mis incongruentes ideas agigantándose como olas que me revuelcan en la espuma de mi pasado y de este presente cada segundo más ácido, envenenado.

Me detengo.

Mi abuelo todavía respira; lo constato acercando a su nariz mi mano temblorosa.

Mi abuelo sigue respirando y ahora me pregunto si albergará lo que pasó con el perro en algún compartimento de su cabeza, o qué es lo que aún dormido recuerda; por qué nunca, luego de esa tarde, volvimos a hablar de lo que pasó. ¿Se habrá sentido todo este tiempo culpable como me he sentido yo?, ¿compartiremos esta culpa, se habrá convertido este también en un secreto que nos ocultamos mutuamente?

De mis cavilaciones me sacan los pasos que escucho acercándose. Reconozco las pisadas, la cadencia de esas piernas que me persiguieron como mi propia sombra.

Es Elena.

Va a arrimar su oreja a la puerta, quiere enterarse de lo que pasa para poder con eso controlar, dominar, subyugar. Así fue siempre.

Dejo de respirar. Aprieto el diafragma, contengo el aire y la respiración de mi abuelo es tan tenue que no le será posible escuchar a ninguno de los dos.

Unos segundos después, sentada en el banco de la Delia, donde también subyace una marca de ella, su cuerpo en las borraduras del entramado cuadriculado del plástico, la oigo alejarse, evaporarse por el pasillo.

No entiendo por qué simplemente no abrió la puerta, por qué no invadió también esta escena como prorrumpió en casi todas las de mi infancia.

Vuelvo a respirar.

Inhalo y exhalo, mi ritmo es rápido.

Sigo inhalando, exhalando hasta que progresivamente mi ritmo vuelve a su normalidad y yo a seguir buscando en mi cabeza explicaciones. Sin embargo, como cuando era una niña, me sé imposibilitada de hallar respuestas que verdaderamente lo sean. No. No sé qué fue lo que pasó, ni por qué no se mueven mis cuerdas vocales, ni mis piernas. ¿Qué me detiene? No sé por qué aún no salgo de esta habitación para confrontarlas, pero sobre todo mascullo una duda: ¿Por qué me han dado rienda suelta para atender a mi abuelo y andar por la casa? Quizás sea la certeza de que en mi abuelo el daño ya es irreversible. Quizás las corroe la gloria de haber conseguido su destrucción que es, por añadidura, la mía.

21

Me gusta meter el pie en los hoyos que se han ido formando a lo largo de los senderos de grava que cortan en dos o en tres y hasta en cuatro partes desiguales la inconfundible superficie del césped, los senderos en los que hay bancas que son todavía más verdes que todo ese verdor que es ya total, insuperable; los senderos que asemejan los rieles de un tren que nunca pasa, que no lleva a nadie a destino.

Me gusta recorrer ese parque y cómo, al entrar en contacto con mis zapatos, esas piedras suenan como cuando mastico cereal. Mirlos, horneros, gorriones, cotorras y zorzales van apareciendo a medida que andan mis pasos.

En aquellos recorridos, me dejo llevar por una fuerza ajena a mí.

No pienso, contemplo.

Observo mi alrededor hasta ser absorbida por el entorno.

Y los pájaros me hacen pensar en mamá. En ondas agudas, su confuso trinar se propaga desde las copas de las acacias y los jacarandás; me gusta cuando ya están violetas y escarchándolo todo con sus flores caídas: las veredas, los senderos, el asfalto de la ruta por la que ando en mi bicicleta.

Vuelvo a vernos, a Manuel y a mí, siguiendo la sombra de esos árboles que se enfilan a ambos lados del camino adoquinado. Solo hicimos esa caminata una vez. Sola, la he hecho muchas veces. Prefiero los días de la primavera, cuando el viento mueve el césped que me cubre los tobillos. Pero yo necesito tocarlo con las manos, por eso me recuesto en el tronco de algún plátano y, con las palmas ya dispuestas sobre la tierra, veo las escenas que se despliegan ante mí:

Un hombre acostado sobre una manta cuadriculada, estilo pícnic, blanco con rojo, quiere sacarse una foto con su perro color caramelo, que posa, quieto y cómplice, quieto y fiel.

Tres niños, en sus guardapolvos blancos, corren, se persiguen y, mientras compiten por alcanzarse, ríen eufóricos, gritan extasiados.

Una fotocopia en blanco y negro pegada en el tórax de un árbol que anuncia la búsqueda de un perro que quizás, hasta ese momento, no había logrado volver.

Yo, que alguna vez pensé que no volvería, he vuelto.

Estoy aquí, en la casa de mi infancia, intentando que la mirada de mi abuelo me encuentre en su nueva forma de estar y de ser.

Si no me hubiera ido, él no estaría así. Es lo que sigo creyendo, lo que me sigo repitiendo, y lo que hace que mi respiración comience a acelerarse.

Intento calmarme, respirar más despacio. Estoy hiperventilando.

Hondo, inhalo y exhalo. Lo hago varias veces. A medida que mi respiración se va regulando, reparo, de pronto, en mi autoengaño: aunque me hubiese quedado, nada muy distinto hubiera sucedido. Tu presencia, honestamente, Julia, no habría podido evitar nada. Deja de atormentarte, eso lo sabes.

Estoy tan confundida, muy agotada.

La neblina me envuelve. Se disipó apenas un poco, como para dejarme salir del baño, pero ha vuelto a densificarse a mi alrededor. En ella se esconden mis fantasmas. Se esconden porque nunca se van. Manuel no termina de irse. Vuelvo a vernos. Él, sentado, frente al monitor, dándome la espalda; yo, sentada al borde de la cama, desentrañando cómo contarle el estado en el que he encontrado a mi abuelo.

Nos veo como desdoblada. Soy protagonista y espectadora de mi propia escena. Sabe que necesito que lo haga, pero él no se voltea a mirarme. Y así, aunque me sabe detrás suyo, queriendo hablarle, el tiempo pasa y el tiempo duele, pero es clave que transcurra, que Manuel me desestime.

Es clave porque me concede una pausa, poder replantearme lo que estoy por hacer. Y no. Finalmente, no lo hago. Me ofendo. Mi abuelo no merece esta indiferencia. Y no. No se lo podría contar a Manuel. No habría soportado su voz cuando hace unos segundos traté de hablarle y él eligió seguir cebando mates mientras revisaba las últimas fotos que sacó. Sé que no habría soportado oír lo que no iba a saber decirme, pero sobre todo sé que no lo iba a soportar después. Porque luego de contar hay un después que no es más voz, ni eco, ni silencio, pero sin embargo todavía, desfigurado, es. Algo.

Aunque, pensándolo bien, incluso si me hubiese atrevido, si se hubiese volteado a mirarme, si hubiese elegido escucharme: ¿Cómo cuento lo que ni siquiera yo entiendo? ¿Por dónde empezar a analizarlo y comprenderlo?

22

Soy el aire y la grieta por la que atraviesa un sentimiento innominado.

23

Mi abuelo: un hombre del que solo queda viva su cabeza en el desierto.

24

Ahora sé que todo lo que en esta casa vivo, ya lo he vivido. Todo se repite como el uróboro que se engulle a sí mismo. La mirada de mi abuela vive como un organismo en mi piel. Su mirada es como un tatuaje, es una marca, ya forma parte. De mí.

Cuando llegué me miró otra vez, como suele hacer, de pies a cabeza. Aún puedo sentir sus ojos volcados sobre mi cuerpo, perforándolo, devorándolo con fastidio, con el mismo inagotable desdén.

Cuando llegué me miró de pies a cabeza porque estaba esforzándose por escrutar mi ropa, el corte que me hice: un *pixie* cortísimo que llevo intencionalmente desordenado como el de Edie Sedgwick. Yo misma me lo corté. Toda la vida lo llevé largo porque ella nunca me permitió cortármelo. Fue una de las primeras cosas que hice tras haberme ido de la casa. Cortármelo solo para enfadarla, ya desde muy chica se convirtió en un deseo irreprímible, en una fijación. Era algo en lo que siempre pensaba porque mi abuela hizo de mi cabello un componente elemental de mi rutina, que odiaba. Ella me lo cepillaba tres veces al día, en la mañana, antes de irme a la escuela; al regresar, luego de que me bañara, y en la noche, antes de acostarme. No importaba si yo no quería. Me tocaba quedarme quieta, sin chistar hasta que ella terminara de desenredarlo, aunque no estuviese enredado.

Por eso detestaba mi pelo, así como detestaba la ropa, los zapatos, los vestidos y los interiores que me compraba. Estaba, como ahora mi abuelo, presa en mi propio cuerpo, atrapada en la telaraña en la que mi abuela me mantenía hasta de mi madre cautiva porque quien sobre mí decidía, quien determinaba lo que era apropiado para mí, era ella. Intentaba controlarme porque con mi madre nunca pudo. Ella fue todo lo opuesto a Elena y por eso, día tras día, las dos la atormentaban y era tanto su acoso y su odio que mi mamá fue haciéndose cada vez más pequeña.

Ellas me arrebataron a mi madre y lo hicieron porque se parecen. Ninguna ocultaba su mal carácter, su irascible temperamento. Tal vez por eso, por parecerse tanto, siempre terminaban peleando, aunque el malestar se les pasaba rápido. Pero si no fue nada, Elenita. No sé de qué hablas, mamita, mejor vámonos a coser, mejor veamos la telenovela. Si fueran hermanas, no madre e hija, serían como esas siamesas que han decidido mantenerse unidas, solo que en ellas, el riesgo, más que el corte, fue precisamente no separarse porque cuando estaban juntas todo empeoraba, se recrudecía. Con sus poderes desataban las tormentas que nos latigueaban. Cualquiera podía ser el

detonante, aunque, generalmente, no había nunca un verdadero motivo. Si mi tía Elena veía a mi abuela muy cerca de mí, una proximidad que a ella se le revelaba como cariñosa, aunque evidentemente no lo era, se ponía molesta, se levantaba arrebatada de donde estuviera, dejaba su costura a medio hacer, y dando un portazo se encerraba en el cuarto. Mi abuela, entonces, me culpaba y para demostrarle a Elena que la respaldaba, me enviaba a la cama sin merendar, no sin antes haberme dado un cocacho en la cabeza. Nada le dolía más que Elena se enfadara y se alejara; la necesitaba, dependía de ella.

En realidad, todos éramos piezas indispensables de la maquinaria de la casa porque sin nosotros, ellas no eran nada; nos necesitaban para ejercer su poder, de nuestro miedo vivían, se alimentaban.

En cuanto a nosotros, mi abuelo, aparte de los libros que jamás lo vi leer, compraba discos porque, a diferencia de ellas, dependíamos de una banda sonora para sobrevivir, para aislar sus bramidos. Cuando las tormentas se desataban, con mi abuelo nos íbamos a su cuarto, encendíamos el equipo de sonido y nos refugiábamos debajo del escritorio donde estaba la máquina de escribir que dejó de usar cuando se murió mi mamá. Solo ella sabía cambiarle la cinta, solo ella lo hacía; mi abuelo nunca se preocupó por aprender. Mientras mamá vivió, nunca lo necesitó. Nos escondíamos debajo del escritorio de la máquina porque allí nos sentíamos protegidos. Pero el descanso no duraba mucho. La música sonaba hasta que una de las dos nos obligaba a apagarla.

Siempre estaban en la casa; ninguna trabajaba. Elena no hacía más que exagerar y alterar las historias que escuchaba en la televisión, en la iglesia o en la tienda; no hacía otra cosa que hablar mal de quienes habían salido hace años de su vida, como su exmarido o sus excompañeras de escuela. A él, con frecuencia lo re veo en mi cabeza. Cuando Elena se iba con mi abuela al mercado o al banco, me enseñaba trucos con los naipes o los nombres de las plantas del patio.

Nunca entendí por qué se casó con mi tía. Me alegró que se fuera cuando ya no soportó más ni los insultos, ni los objetos que, al esquivarlos, volaban sobre su cabeza; mi tía, de repente, gritaba incoherencias y se abalanzaba sobre él. Asomada tras la reja del balcón, lo vi irse. Luego de meter la maleta en el asiento posterior del auto que lo recogió, miró en mi dirección, me sonrió y me dijo adiós agitando, casi en cámara lenta, la mano derecha, a cuyo anular le faltaba la primera falange, que perdió en una de las miles de peleas que mantuvo con Elena, o vale decir, que ella tuvo con él. Cuando se

fue, cuando lo vi irse, supe que jamás lo volvería a ver, pero en lugar de entristecerme, experimenté una mezcla de envidia y alivio. Él lograba irse, él había podido huir.

Yo lo logré muchos años después. Tú no, abuelo.

No puedo dejar de verte.

Tu cuerpo: desmoronado como el de un galgo exhausto.

Recuerdo cuando comenzaste a arrastrar los pies al caminar, pero más aún me acuerdo de cómo eso exasperaba a Elena, a mi abuela y a Elio. Los tres decían que fingías, que caminabas a propósito así, que lo hacías porque eras un viejo adefesioso y ridículo, y siguieron con ese relato incluso cuando te caíste y te fracturaste el brazo, una caída de la que pudiste recuperarte por los cuidados de mamá.

Nunca te lo dije, nunca lo supiste, solo yo lo vi.

Esa caída la provocó Elena.

Yo estaba escondida bajo la mesa y miré el momento en el que pasaste. Miré que ella alargó su pie para que tropezaras. Recuerdo el golpe, el sonido tu cuerpo contra el suelo. Que no lograbas protegerte, defenderte, que dependías de mi mamá y de mí.

Elio tampoco te quería, a él tampoco le importabas o solo le importabas cuando sabía que volvías con dinero a la casa. Esos días se aparecía y mientras tomabas tu siesta después de la comida, se acercaba al perchero en el que dejabas colgado tu pantalón —para volvértelo a poner la segunda vez que durante el día salías de la casa—, revisaba los bolsillos, sacaba el dinero, lo contaba, y se llevaba una parte con él. Yo aprendí a espiar sus movimientos en la casa, por eso sabía todo lo que hacía cuando venía. Esas eran las veces que aprovechaba para comerse lo que había en el refrigerador, para llevarse algo de tu ropa, ponerse tus colonias, afeitarse con tus rasuradoras y hasta lavarse la boca con tus cepillos. Por lo demás, Elio evitaba estar mucho tiempo en la casa porque hasta él les temía a ellas, aunque más que a mi abuela, a Elena.

Una vez mamá me contó que cuando eran niñas mi tía la dejaba durante horas encerrada en el clóset, la pellizcaba, le arrancaba el pelo, la empujaba; ella también se fracturó el brazo y las costillas por culpa de Elena.

Mamá era muy frágil.

Mi mamá era una mujer de cristal.

A mamá era fácil lastimarla.

Elena lo sabía. También maltrató por mucho tiempo a Elio, quien, a diferencia de mi madre, que, según me contó, pese a su fragilidad luchaba por defenderlo, terminó por parecersele. O, quizás, siempre fue así. Quizás solo tengo que dejar de analizar el

origen del mal que impera en esta casa. Quizás solo necesito salir un rato de aquí. Tengo que volver al patio.

25

Mis dedos rozan los helechos que caen hasta el suelo. Cubren de extremo a extremo la pared junto a la reja que es la puerta.

Siempre han estado ahí, pero nunca fueron lo suficientemente tupidos como para haberme podido esconder en ellos. Por eso me encaminaba hacia las macetas; a ellas nuevamente me dirijo.

Necesito volver a la tierra. Saber que sigo viva, que respiro.

Quiero sentir en mis manos la tierra, dejar de ver lo que, al fin, he podido ver.

Toco la tierra que está todavía húmeda.

La tomo en un puñado que compacto y después desmenuzo en el centro de mi mano; la veo cayendo como polvo sobre sí misma.

Vuelvo a tomarla; esta vez, un poco con cada mano.

Me recuesto en el suelo, me entrego.

Dejo que mi cuerpo repose entre las macetas, que están junto al pino que también sigue aquí, que nunca me protegió, que no se mueve.

Acostada, me llevo a la cara las manos y me cubro de tierra los ojos: oscurezco todavía más la noche y le permito a su desquiciante silencio envolverme.

26

Ha amanecido. Lo sé porque la luz del día ha atravesado la tierra de mis ojos. Ha amanecido y no me muevo. Me dejo sentir el sol en mi rostro. Necesito sentir cómo me calienta la piel y me atraviesa. Solo este momento; necesito quedarme así.

He soñado con Manuel. No sé bien qué, pero tengo claro que fue con él. No sé bien qué es lo hemos vivido en ese sueño porque a medida que me esfuerzo por recordarlas, las escenas se distorsionan un poco más. Usualmente nunca recuerdo lo que sueño. Jamás he llevado registros oníricos, aunque reconozco que siempre he envidiado a quienes rememoran cada detalle de lo que en ese mundo se les presenta, a quienes reciben mensajes en ese otro plano que puede llegar a ser igual de real que este, donde estoy, donde ya nada es lo que era o fue hasta ayer, cuando todavía no había puesto un pie en la casa que, aunque debió haber sido un hogar, solamente fue una oscura cavidad llena de estalactitas siempre amenazantes, a punto de caer.

Intento acordarme del sueño con Manuel, pero en lugar de eso, de golpe, me acuerdo de que antes de viajar, antes de regresar a esta casa, soñé con mi abuelo. Y no solo recuerdo que he soñado con él, sino que extrañamente, como nunca me sucede, me veo capaz de reconstruir lo que pasó en esa otra dimensión. De pronto, es esa única imagen la que me impregna.

Lo vi, era él. Y ahora es como si volviera a verlo.

En ese, mi sueño, lo veo como por última vez, sin saberlo, lo vería. Erguido, impecable, lúcido. Dispuesto a cruzar, está detenido en la vereda que han roto las raíces del viejo mango de la casa en ruinas esquinera a la nuestra, está justo debajo de ese árbol que sigue entregando su fruta madura. Está detenido y mientras espera el momento para cruzar, aunque no sé por qué si los autos no pasan, un inusual golpe de viento ondula el pliegue inferior de su camisa, lo despeina, le mueve el poco cabello que se le concentra a los costados de la cabeza, sobre las orejas.

Es su ropa, es su cuerpo, es él dispuesto a llegar al otro lado de esa calle que también, en sueños, se me muestra desierta. La pueblan casas, guaridas espectrales de existencias pasadas, de seres que dejaron de ser lo que fueron, como mi abuelo.

Es la última vez que nos vemos, tal como éramos o como alguna vez fuimos.

Fue un sueño. Aún hoy que recién lo recuerdo lo es, pese a que no logro, como quisiera, absorber la imagen por fuera de mi cabeza, capturarla y derramarla como

pintura en un papel, extenderla en un lienzo y unir en él cada uno de esos filamentos, capturar para siempre la expresión de su mirada apacible, de esos ojos que antes de finalmente cruzar se voltean a mirarme para no verme nunca más, que me miran como no me volverán a mirar ni en sueños, ni en la realidad.

Ahora que te he vuelto a ver, abuelo, ese sueño vuelve a mí y tras su paso solo la informalidad de lo que ya no es. Ahora que sé cómo estás, ese sueño suena a la furia que me produce saber que en él no logré alcanzarte, que yo no avancé hacia ti. Ahora que te he vuelto a ver, ese sueño se funde en la nada, en una inmaterialidad vaporosa e irrefutable. Ahora que he vuelto a verte sé que, aunque no te alcancé, ese sueño fue nuestro último real encuentro.

Recién ahora que el sueño se me devuelve, se me ocurre pensar que, en esa esquina, mi abuelo es la huida que nunca se concedió. Estoy convencida de que lo peor que les pudo haber pasado a mis abuelos fue haberse encontrado. Estoy segura de que, si cada uno hubiese seguido su vida por separado, ninguno se habría acorazado en esa amargura que como una gruesa capa de moho por toda la casa se extendió, una amargura que surcaba cada vez más sus rostros y que a mi abuela la llevó a desarrollar, entre otras cosas, el hábito de insultar a mi abuelo desde la cocina. Aunque musitaba, se esforzaba por ser escuchada. Destellaba la intencionalidad de sus palabras, pronunciadas en volumen bajo, pero claras. Y él y yo, sentados en el comedor, la escuchábamos, así como oíamos las viejas canciones que ella cantaba, sentada en la misma silla en que la encontré ayer, cuando se sumergía en sus cortos períodos de melancolía. Solo entonces su mirada se tornaba cándida. Una película líquida entristecía y empañaba el iris, la esclerótica, la pupila, y sus ojos se perdían nuevamente, como siempre. Comenzaba siempre con un tarareo al que de a poco, a medida que iba recordando la letra, se le sumaban las palabras que faltaban al inicio y que intactas habían permanecido replegadas para de nuevo, para de pronto, chocar intempestivas contra las rocas de la memoria suspendida.

Aquellos fueron los únicos momentos en los que sentí que mi abuela también sufría, en los que dejaba de verla como una de las cabezas del bicéfalo monstruo que me atormentaba todos los días, en los que pensaba que en ella había un pliegue insondable, incluso para Elena, su otra cabeza.

¿Por qué no me compadezco de ese viejo? ¿Eso es lo que quieres saber?

Te lo voy a decir aunque yo también me pregunto por qué todas las preguntas y toda la atención y toda la preocupación las ha recibido siempre él. Te lo voy a decir porque has vuelto para eso y porque ya no me importa lo que vayas a pensar porque diga lo que diga o haga lo que haga me vas a juzgar mal, como toda la vida lo hizo tu mamá. Tú y ella son iguales, siempre fueron unas débiles y unas ingenuas, fantaseando con la llegada del gran amor, como si eso fuera a salvarlas o cambiarles la vida. Por eso no te dejaba ver esas telenovelas que te metían boberías en la cabeza. De qué le sirvió a tu madre, dime, de qué. Para qué miércoles se casó con el miserable de tu padre, si ese tipo nunca tuvo nada que ofrecerle y pese a todo lo que tu abuelo le consiguió, el carro, el trabajo, ese infeliz igual la dejó botada. Yo lo supe siempre. Ese bueno para nada nunca me gustó, pero tu madre era una necia y nunca me escuchó. Es más, hacía todo lo que yo no quería que hiciera, me llevaba la contraria y se encaprichó con tu papá y no hubo cómo hacerla entrar en razón, estaba embrutecida, ciega. Y tu abuelo, ay, ese señor nunca le decía nada y hasta le pagó la boda y, ante los ojos de nuestro Dios, se la entregó en las manos a tu papá.

Seguramente tú eres igualita, seguramente sigues esperando que te toque la puerta el amor de tu vida y por eso sigues en la percha. Nunca entendiste que el amor no sirve para nada, que ser buena persona no sirve de nada y que, al contrario, tener algo de malicia te salva, sirve mucho porque esta maldita vida siempre es más cruel con nosotros de lo que merecemos, siempre es injusta. Aunque hagas las cosas como Dios manda, aunque vayas como yo y Elenita siempre a la iglesia, Dios no te rescata. Y la gente y tu propia familia, si pueden, te comen viva. Y a un hombre no sirve de nada entregarle el corazón porque aunque seas la mejor mujer, una mujer de su casa, tarde o temprano, te va a engañar; es su naturaleza.

Virgen santa, te miro y eres tan parecida a ella. Por eso me costó tanto criarte, por eso todo fue peor cuando tu madre se murió. Te miraba y era como estar mirándola. Yo te miraba y cada vez me acordaba de ella y el resentimiento me nublaba y no sabía cómo frenarme, ni parar a Elena. Pero ella no es mala. Todo lo que hizo fue por tu bien. La pobre ha tenido una vida tan dura y por eso vive amargada. Solo yo puedo entenderla, así como ella siempre me ha apoyado y comprendido. Ella también supo. Sabía que tu abuelo tenía otra mujer y otros hijos y se puso de mi lado, me respaldó a mí que soy la mamá. No como tu madre. No. Ella era todo con el papá y fue así hasta

que se murió. Dios santo, te miro y ahora que estás más grande eres todavía más parecida... y no me cabe duda, mira cómo estás vestida. Una mujer de su casa no se viste de esa manera, no tiene tatuajes... ¿Así, cuándo vas a formar tu propia familia? Entiende que sin eso, como mujer, no vales nada, Julia. Al menos para no quedarse sola, hay que tener hijos, y una casa que sea de una, hay que tener siempre un techo propio sobre la cabeza, más que sea eso. Sino, mírame a mí. Tengo a Elenita siempre a mi lado, mal que bien lo tengo a Elio, y tengo mi casa. Yo no iba a permitirle a esa mujer quedarse con lo mío. Y por eso me quedé, aunque el amor se haya escapado por la ventana... Yo hace muchos años que dejé de querer a tu abuelo, pero me quedé y soporté porque tenía que luchar por lo que era mío y tengo que reconocer que si bien tu abuelo se largaba, nunca nos faltó nada... Yo no iba a renunciar así porque sí, entonces me quedé cuidando a mis hijos, cuidando mi casa, y aguantando sus engaños. Pero la vida da vueltas. Ahora míralo a él y mírame a mí. ¿Quién ha ganado?

Que de qué estoy hablando.

Tú crees que conoces a tu abuelo, pero ¿qué realmente es lo que sabes? No todo en la vida es lo que parece. No todo lo que brilla es oro, bien decía mi madre, que en paz descansa. Ay, esa pobre vieja, hizo lo que pudo... Ahora, dime, “Julita”: ¿En alguna de sus charlas frente al televisor te habló de sus otros hijos, tus otros tíos? ¿Sabías que tu abuelo tenía otra vida en otra casa? ¿Que una vez, aunque nos mandaba la plata, nos dejó hasta por dos años y luego volvió, puntual, a las seis de la tarde, y como si nada se sentó en la mesa para que yo le sirviera el café de la merienda? Eso. Eso también hacía tu “santo” abuelo. Se largaba, nos abandonaba y yo me quedaba callada porque no le iba a permitir que me quitara lo que finalmente había conseguido, lo que para siempre es mío. Él hacía lo que le daba la gana y yo me quedaba callada, pero empecé a odiarlo... ¿Sabías que una de sus hijas tiene la misma edad que habría tenido hoy tu mamá? ¡Por supuesto que no lo sabías! Tu abuelo era un viejo astuto. Se quedaba bien quedito con lo que no le convenía que se enteraran.

Que por qué recién te lo digo.

Que si esa es la verdad, que por qué nunca te la dijo tu madre. ¡Cómo te lo íbamos a decir, si eras tan solo una niña tonta que llorabas porque no te dejábamos ver la novela y te escondías en el patio a dañarme las plantas y a ensuciarte hasta la cara de tierra! No lo ibas a entender. Y no tenías que entenderlo todavía. No era tu momento. Hay cosas que los niños no tienen por qué saber, cosas de los adultos, de la gente grande. Y cuando ya creciste, algunas veces pensé en decírtelo, pero luego te fuiste y

supe que esa era mi oportunidad, la mejor venganza que la vida me daba. No tuve que hacer nada. Yo sabía que eso iba a matar a tu abuelo en vida y así fue. Y por eso, cuando te fuiste sin decir a donde, ni haberte despedido de él, esa mañana en que nos dimos cuenta de que no estabas en la casa y no sé por qué, aunque aún seguían casi todas tus cosas en tu cuarto, se sintió como que ya no ibas a volver, yo decidí que no iba a sostener más mi propia farsa que por ti, sí, por ti, Julia, sostuve tanto tiempo. Fue por ti que todos mantuvimos la mentira lo mejor que se pudo. Fue por ti, sí, porque ya tu mamá se había muerto y se murió sabiendo y escondiéndote la doble vida de tu abuelo y se murió porque fue una tonta, porque jamás pudo superar que las dejara el miserable que tienes por padre, aunque ese es otro asunto. Y ya, ya, la verdad es que no quiero hablar más de mi hija, Sí, mi hija, Julia, tu madre era mi hija y hasta el día de hoy me duele, aunque es verdad, no pude perdonarla y quizás Dios tampoco la haya perdonado por haberme deshonrado. El cuarto mandamiento dice bien clarito: Honrarás a tu padre y a tu madre, y ella solamente honró al viejo de tu abuelo. Para ella, yo siempre estuve pintada en la pared...

Es tanto lo que no he sabido afrontar, tanto lo que una ya no se olvida y eso te atormenta la cabeza todos los días. Cuando te pasan cosas malas, ya no hay un solo día que estés sin esos pensamientos...

Que perdonarle qué.

¿No me estás escuchando, acaso?

¡Ya te lo dije! Tu madre siempre prefirió a tu abuelo, pese a que era yo la que los cuidaba, la que estaba con ellos, la que jamás se fue. A mí, esa ingrata me juzgó tanto y a tu abuelo, en cambio, jamás le reclamó nada. Lo atendía, lo ayudaba en todo, hasta le cambiaba la cinta de la máquina, por eso era un servido. Nunca le exigió explicaciones de por qué nos dejaba solos para estar con esa mujer de la mala vida y, por si fuera poco, era entonces que el borracho de mi hermano se aparecía. Y todo, que se fuera, que por su falta de presencia ese infeliz llegara a mi casa. Todo eso solo hizo crecer en mí mi odio y el resentimiento. Estoy segura de que mi hermano nos tenía vigilados porque siempre llegaba cuando tu abuelo ya se había largado a los brazos de esa. Y yo no lo quería cerca mío ni de mis hijos. Para mí ese tipo siempre fue un extraño. Se fue de la casa con 15 años y no supimos más de él hasta que un día, no sé cómo, ese maldito dio conmigo, me encontró; no sé quién le dio mi dirección y tuvo la suficiente sangre en la cara para aparecerse aquí, en mi casa, y estuvo justo ahí, parado donde ahora tú estás, haciéndose el hombre decente.

Aunque esa primera vez, ese día, tu abuelo milagrosamente estaba aquí y lo conoció y como se hacía el educado y el comedido le dijo que podía venir cuando quisiera, que se sintiera como en su casa. Casi se me salen los ojos de la impresión. Intenté que tu abuelo se diera cuenta, que me mirara rechazarle su estupidez, pero una vez más me ignoró porque ese hombre era un cobarde, no podía mirarme a la cara. Y entonces mi hermano volvió. Creo que por los niños ya nunca se atrevió a tanto. De todas maneras, yo encerraba a las niñas en el cuarto y mantenía a Elio a mi lado porque era varón y más pequeño, todavía era un niño al que había que tenerlo en el brazo. Yo no quería que se nos acercara porque aunque ya no llegara bebido, el olor a trago nunca se le fue y a mí el miedo, que tampoco se me fue, me paralizaba. No podía pensar claramente. Era como un humo en mi cabeza. Por eso lo dejaba hacer, estar a sus anchas. El muy atrevido se sentaba en la cabecera de la mesa para que lo atendiera y yo, temblando, y con Elio amarcado, le servía la mesa y le calentaba la comida y después le hacía el café que me pedía para tomarse con esos panes que, como si fueran la gran cosa sus porquerías, él decía que nos traía de regalo; apenas se iba yo los botaba a la basura. Yo solo intentaba ser rápida, no cruzarle, jamás, la mirada. Es verdad que temía que atacara a mis hijos, pero más me aterraba que volviera a abusar de mí...

Nunca se lo conté a tu abuelo... Ese era otro motivo por el cual me dolía tanto que se fuera, que me daba tanta rabia que nos dejara. Pero él estaba absolutamente ciego de amor por esa mujer, aunque pensándolo bien, tal vez no lo suficiente porque no se atrevió a dejarme. Quizás haya sido porque, como él a mí, ella también lo engañaba y tu abuelo no era tan idiota, aunque ya no lo sé. Lo que sí sé bien, porque sin querer me lo contó la Clemencia, esa hermana de tu abuelo a quien siempre quise lejos por alcahueta, es que descubrieron que esa mujer lo cuerneaba porque la menor de las hijas no se parecía en nada a tu abuelo. Por eso tu bisabuela no quería a esa niña y la Clemencia fue quien tuvo que hacerse cargo de ella. Pero también lo hizo porque por solterona, nunca tuvo sus propios hijos. Pero, como te digo, yo no sé qué pensaba o qué mismo quería tu abuelo porque a pesar de eso, reconoció a esa muchachita, perdonó a esa mujer que hacía lo que quería con él. Y como te digo, no crio a sus hijos, como yo sí hice con los míos. Para irse con otros hombres, porque, ay, por supuesto que esa no fue la única vez, se los dejaba a tu bisabuela, que jamás me apoyó, que me decía que yo tenía que aguantarle todo al hijo, que a pesar de todo yo me había sacado la lotería con él.

Como te decía, cuando esa mujer se iba con otros tu abuelo volvía a la casa y nunca se esforzó por ocultar lo miserable que se sentía aquí. Perdía peso, sus trabajos,

fumaba como un condenado y por eso el corazón se le dañó; por aquellos tiempos le dio el primer infarto. Y ¿qué crees que hizo esa mujer? Ni siquiera fue al hospital, pero cuando le dieron el alta, lo mandó a llamar y él muy estúpido fue enseguida. Fue a mí a quien le tocó cuidarlo, pero ni bien estuvo bien se fue tras esa... Y ya ni sé por qué te estoy contando todas esas cosas, que son solo mías. Te metes en mi casa, sin haber sido invitada y me haces hablar... Como vienes toda cambiada, con otro pelo y ropa nueva, te haces la alzada. Como te fuiste a otro país te crees más. Pero, no te has dado cuenta de que hasta eso me debes. Era yo la que le recordaba a tu abuelo del dinero que teníamos que mandarte mes a mes para que no te murieras de hambre. ¿Cuántas veces crees que yo, personalmente, te lo mandé? No te has dado cuenta de que gracias a mí eres quien eres. Pero jamás un gracias, abuela. Fui yo la que te crío y nunca me has reconocido nada, a pesar de haberme dedicado tanto a ti. Sí, sé que fui dura, pero lo hice por tu bien porque eras una caprichosa y una majadera, no nos respetabas ni a mí, ni a la Elena. Yo lo hice para ayudarte, para que no te conviertas en una debilucha como tu madre. Pero, por lo que ahora veo, ya estabas condenada a eso. Desde bebé ya eras igualita, su fiel retrato... Por eso no te importó todo lo que yo hice por ti. A ti solo te importa tu abuelo. Yo nunca recibí una carta. Nunca te interesaste por mí.

Que de qué cartas estoy hablando.

¡Por supuesto que las leí! Era yo quien las recogía y las abría antes de dejárselas en el escritorio a tu abuelo; nunca se dio cuenta.

Que eso ya pasó.

Que por qué no me compadezco, que tu abuelo ya está viejo, que está enfermo.

No sé cómo te atreves a preguntarme eso. Vienes a mi casa después de desaparecerte tantos años, y ni siquiera te has dignado en preguntarme cómo estoy o cómo he pasado yo todo este tiempo. Tú simplemente te largaste, como se largaba tu abuelo, y te desentendiste de todos, menos de él y yo también soy tu abuela, yo también estoy más vieja, mi cuerpo tampoco es el mismo, pero a ti solo te importa él. Y llegas a mi casa a querer darme órdenes, a pretender decirme lo que tengo que hacer y, de paso, hacerme hablar. ¡Atrevida! A mí no me importa que sea tu abuelo, es mi esposo primero y esta es mi casa. Te lo repito por si todavía no te ha quedado claro. Esta es mi casa y ese viejo, me guste o no y te guste o no, es mi esposo y al fin está como se merece, postrado; ya no tiene cómo ni adónde irse corriendo. Al fin la vida lo está castigando porque tarde o temprano todo se paga. Y nada de que en el cielo o en el infierno. Todo se paga aquí, en esta vida. Su castigo empezó cuando esa mujer se enfermó. Le regresó

el cáncer. Ya se había quedado sin senos. Se los cortaron, dejó de ser mujer. Pero esta vez ya no duró mucho, la enfermedad le llegó a la cabeza y luego se le regó por todo el cuerpo. Y como tu abuelo es un debilucho como tu madre y como tú, como nunca fue fuerte como un verdadero hombre, cuando le dieron la noticia le dio ese derrame que lo postró en la cama.

Eso fue lo que pasó, “Julita”. Aquí no hay ninguna historia macabra, ninguna de esas idioteces extrañas como hablar con las plantas y las cucarachas que te inventabas. Eso fue lo que pasó y el por qué ahora, como ves, tu abuelo ya no es nada. Y al no ser nada, ya no sirve. O no, sí, todavía es algo: un estorbo. Y yo no voy a hacer más de lo que ya hice por él. Cincuenta años, Julia. Eso es lo que yo le he dado. Cincuenta años de mi vida en los que soporté, que aún no se acaban porque sigo teniendo que soportarlo. Y es insoportable que esto no se acabe, que a pesar de todo lo que él me hizo, ahora yo tenga que hasta bañarlo, ¡cambiarle los pañales! Habrase visto, semejante cosa, a estas alturas de mi vida, yo ya crié tres hijos... Ya hice lo que como su mujer me correspondía. Y lo que no me tocaba, también. Ya soporté su abandono, su engaño, que me humillara. O qué te crees. Tu abuelo siempre me trató como si yo fuera un ser inferior, alguien que no estaba a la altura de un diálogo inteligente o un debate de ideas. Yo no fui como él, que hizo tres carreras en la universidad. No, yo apenas y terminé la primaria. Y como a ti, tampoco mi papá me dio el apellido. Y tu abuelo siempre supo que yo no tuve nada que fuera realmente mío hasta que me casé con él. En el fondo, él pensaba que porque me había “salvado” yo tenía que aguantarme. Creía que yo le debía todo, haberme sacado de la pobreza. Yo lo sé. Él pensaba así. Su madre pensaba así. Pero yo terminé ganando. Ahora yo soy más que él. Como dice el dicho, ojo por ojo, diente por diente... Tu madre se murió, esa mujer se murió, tu te fuiste y sus otros hijos pues resultaron ser todos unos ingratos, como ves. Aquí ninguno viene. Pero yo no me he quedado sola. Me queda mi hija Elena, porque de lo que es Elio ni lo cuento. Ese se acuerda de su madre cuando le da la gana o necesita algo. Pero tengo a mi Elenita y tengo la casa y nadie puede ni va a quitármela. No tenemos dinero, es cierto. Tu abuelo nunca ahorró nada, todo se lo gastaba y cómo no, si llevaba una doble vida. Es verdad que ahora necesitamos plata, no alcanza para los pañales ni todos los remedios que le mandan. Pero yo no pienso vender la casa, menos por ese viejo. Aquí me muero yo y aquí se muere él.

Que tu abuelo es incapaz de humillar a una mujer.

Pero, por favor. Y ¿todas las veces que, pasado de *whiskys*, me mandaba a callar delante de los demás? Todas las veces que dijo no le hagan caso, ella no sabe nada. Pobrecita, tiene adentro solo la primaria. Eso pensaba. Nunca me dejó opinar nada delante de sus amigos, de antemano me pedía que no abriera la boca. No me quería cerca de las otras esposas porque decía que lo iba a hacer pasar vergüenzas, que ellas eran señoras con más mundo, más estudiadas. Fue así hasta que me cansé y decidí que no iba a acompañarlo nunca más a ningún lado. Y cumplí mi palabra. No volví a pisar la calle con él. Tu abuelo nunca fue de esos hombres que caminan orgullosos del brazo de sus esposas. Nunca hubo eso entre nosotros luego de que nos casáramos. Nunca más se portó como cuando me pretendía, cuando me cortejaba, me hacía atenciones, me daba regalos... y, a pesar de eso y de todo, soporté, cuidé de mi familia, mantuve bien mi casa, y él tampoco se fue. Y aquí seguimos. Como ves, a mí, nadie me ha dejado. Aquí seguimos como familia, como debe ser, porque los trapos sucios se lavan en casa, como también repetía mi madre, bien lo sabía ella.

Y ¿tú, tú qué tienes? No ha durado nada de lo que has formado parte. Primero, tú papá te dejó apenas naciste, ni siquiera quiso conocerte. Y luego tu mamá, ella tampoco pudo contigo. Siempre luché por meterle en la cabeza que debía ser más astuta, más viva, pero siempre fue una débil y por eso ya no está más aquí, porque nunca me hizo caso. La única hija buena que tuve fue Elena, sino mírala cortando la carne en la cocina, ayudando a su madre con el almuerzo como debe ser, haciéndome compañía. Pero debía verlo venir. Tu mamá fue así desde niña, nunca soñó en grande. En lugar de jugar con la hermana o las muñecas, prefería las cucarachas y los ciempiés. Y tú eras igual. Te pasabas en el patio horas tocando a esos bichos o mirando las nubes, o quién sabe qué, pero siempre perdiendo el tiempo, no haciendo nada de provecho y eso que yo te enseñaba. Y mírate ahora, por eso no eres nadie, y aun así llegas a mi casa a querer imponerme lo que tengo que hacer con tu abuelo. Entraste a mi casa y no tuviste ni la decencia de saludarnos a mí y a Elena, a quien también le debes todo porque fue ella la que me ayudó a criarte. Tiene razón ese otro dicho, de tal palo, tal astilla. Toda la vida has sido una ingrata como tu madre y fíjate que eso está en la sangre de tu abuelo porque los otros hijos le salieron iguales, quién diría...

Las que te aguantamos y cuidamos fuimos yo y Elenita y de ti solo recibimos solo insolencias y semejante ingratitud y por eso ahora estás sola en la vida. Solo te quedamos nosotras y aún así nos pasaste por encima porque a ti solo te importa ese viejo que ya no es nada. Llegaste a hacer en mi casa lo que te dio la gana porque eres la

misma atrevida de siempre. Llegaste a atenderlo como si algo grave le pasara, ¡parecías una loca! Y te atreviste hasta a bañarlo sin mi permiso, sin consultármelo a mí, que soy la esposa. Pero para que te des cuenta de que no soy el monstruo que piensas te dejé hacer porque me diste lástima. Y pese a la consideración que te he tenido tienes el descaro de acusarnos de que esté postrado, de reclamarme por no haberte avisado del derrame, pero ¿a dónde íbamos a avisarte? Fuiste tú la que se largó, la que nunca más quiso saber de nosotros; solo con tu abuelo hablabas por cartas y también, de un momento a otro, dejaste de mandarle. ¿Por qué, Julia, ah, por qué? Ya que estamos sincerándonos: tú también lo abandonaste. Entonces, cómo te atreves a pedirme explicaciones y a hacer reclamos. ¿Qué vas a decir ahora? ¿Cuál es tu excusa? Tras la muerte de esa mujer, que tú lo abandonarás, porque eso fue lo que hiciste, lo puso peor. Como un muchachito ridículo se aferraba a tus cartas.

Llegas tarde, Julia. Y con tu llanto no vas a cambiar las cosas. Las lágrimas no sirven de nada. Sé que lloras por él, no por lo que te he contado. No te apiadarás nunca de mí, ni siquiera luego de todo lo que te he dicho. Yo a ti no te importo y, por eso, que tu abuelo esté ahora así es también tu castigo. Yo que te di todo, que me desviví tanto por ti... Fuimos severas, sí, pero jamás crueles. Así es como siempre tú lo has visto. No comprendes que así debía ser. Yo no podía permitirte ser igual que tu madre y ya eras igual que tu madre, ¿lo entiendes? Quién serías ahora de no ser por nosotras. A dónde habrías llegado sin nuestro empuje, sin los valores que te inculcamos. No te das cuenta de que si algo medio lograste no fue por ese viejo, sino por mí. Por mí acabaste la escuela y el colegio, por mí entraste a la universidad y lograste lo que ninguna de nosotras logró.

Mi vida ha sido tan dura y, sin embargo, yo no flaqueé, yo he sido fuerte, y a todas las crié. Me esforcé mucho más con ustedes porque eran mujeres. A Elio, por ser el hombre, no había cómo presionarlo demasiado, los hombres tienen que hacerse hombres solitos, y traté de que todas estudiaran porque el conocimiento es importante, con conocimiento nadie te humilla. Y luché para que escogieran un buen marido, formaran sus propias familias porque así es como debe ser. Lamentablemente, no sé por qué, nada de eso lo lograron mis hijas. Y yo sé que contigo Dios quiso darme una nueva oportunidad. Y fue una prueba gigante. Dios me puso a prueba, sí. Siempre fuiste tan difícil y te ibas a cada rato al patio y a veces desaparecías, pero de la casa. Necesitaba ser mucho más dura... Y fui dura, Julia, porque la vida es así... Mi vida fue así...

Mi vida no fue fácil, Julia...

Yo crecí con mi mamá y mis hermanas en la casa más humilde de la cuadra. En la parte delantera teníamos una tienda que nos daba apenas para comer. Para montarla, mi madre ahorró por años y también me quitaba todo lo que me ganaba haciendo costuras. A medida que crecía, me fui dando cuenta de que en ese pueblucho yo no iba a lograr nada. Odiaba nuestra vida, la pobreza. Yo merecía algo mejor, algo más que atender la tienda y coser faldas y blusas que nunca fueron para mí. Yo era la mayor de las hermanas, por eso mi madre me hacía de todo más responsable. Además, me llevaba bien con los números, aunque aprendí por mi cuenta porque, como necesitaba de mi ayuda, que yo trabajara, no me dejó seguir estudiando y por eso no hice la secundaria. Cuando esa rutina y todo en ese pueblo inmundo se me hizo intolerable me fui. Nunca me arrepentí porque no dejé de ayudarlas como tampoco dejé de ayudarte. Cada que podía les mandaba algo de dinero y a mis hermanas telas que compraba en el centro para que se cosieran su ropa. Pero yo me tenía que ir. Odiaba ese pueblo, su simpleza, su vulgaridad. Y lo odiaba más cuando mi hermano volvía.

Te dije que para mí él siempre había sido un extraño y como el extraño, pero todavía hijo y hermano que era, cada tanto, cuando se bajaba del barco y le daba la gana, iba a visitarnos. Nunca me gustó cómo me miraba. Buscaba cualquier pretexto para acercármese y a mí me daban asco su presencia, sus camisas percudidas, su olor a sudor y cigarrillo, su aliento a aguardiente, a licor de anís; por eso yo detesto el anís... Pero teníamos que recibirlo y atenderlo. Mi madre decía que le debíamos respeto y entre todas nos teníamos que turnar para cocinarle y lavarle esas camisas, hasta los calzoncillos, las medias. Nunca sabíamos cuándo iba a llegar, pero sí que tarde o temprano se aparecía con esos ojos de cirroso, agrietados de sangre, con esos malditos ojos que me perseguían, con esa mirada que me desnudaba.

Su llegada también traía la muerte.

En la casa teníamos varias gallinas. Yo las quería. Nadie cree, pero las gallinas son inteligentes. Cada mañana, cuando les botaba el maíz, yo les hablaba y ellas me entendían. Y la primera vez que ese miserable regresó, me mató a una y para darle el gusto mi mamá la cocinó y me obligó a comérmela. Cuando mi hermano llegaba, mi madre, que era una burra, otra ciega, no solo lo complacía, sino que pese a ser un completo desconocido para nosotras, pese a ser un hombre y nosotras todas mujeres, lo dejaba quedarse y dar órdenes y disponer de lo que quisiera... Por eso, ese miserable me tomó a mí también. Todavía puedo sentir su aliento agrio, de ebrio, esas manos rancias tocándome, tapándome la boca, forcejándome, y a él moviéndose encima mío

como un caballo poseído. Por más que me resistí, que le arañé esa cara maldita, por más que le supliqué que me dejara en paz, por más que invoqué a Dios y que le dije que lo que hacía era pecado, no hubo cómo pararlo.

No sé si habrá hecho lo mismo con mis hermanas. Nunca lo hablamos. Nunca se lo dije a nadie. Nunca hablé de eso sino hasta hoy. Tampoco le dije que me saqué el hijo de esa bestia que usted parió, mamá, o que me arrepiento de no haberlo matado, de no haberle abierto el cuello. Supongo que también fui demasiado cobarde como tu abuelo lo fue toda la vida, quizás eso sí teníamos en común. Ese miserable de mi hermano me desgració la vida y como tu abuelo me aceptó sin que yo fuera virgen, él también me la desgració tratándome como me trató, siempre mirándome desde arriba, siempre menospreciándome. También fui una cobarde porque no me atreví a dejar a tu abuelo como él tampoco se atrevió a dejarme a mí. No me permití ser, quizás, más alegre, más feliz. Quien sabe cómo habría sido mi vida, qué otra vida pude haber tenido... Pero ya no importa. Lo hecho, hecho está. Y no, no me arrepiento de lo que crees que te hicimos con Elena. Era lo que debía hacerse, aunque tampoco me sorprendió que te fueras. Hice lo que me salió, lo que mejor pude. Y ya yo a ti no te debo nada, ya te he dicho toda la verdad. Al fin estoy liberada. Ahora, ¡sal de mi vista! ¡Sal ya!

28

En qué fragmentos de mis recuerdos opera la sensatez, en cuáles el odio que creo sentir por ellos, por mi abuela, por Elena, Elio. En cuáles la imagen impoluta y excelsa de mi madre y mi abuelo. ¿Cuál es la verdadera historia?

Me pregunto por lo verdadero y, al hacerlo, ineluctablemente, pongo una omisión o una mentira del otro lado. Hablo de algo verdadero y, a este punto, ni siquiera sé la verdad a quién le pertenece o en qué momento la palabra de mi abuela adquirió incolumidad. Palpé en su mirada extraviada, en esa mirada que nunca se queda mirando puntos fijos, la honestidad de una niña que fue obligada muy rápido a crecer.

Me pregunto por lo verdadero, pero ninguna verdad traerá de vuelta ni a mi mamá ni a mi abuelo. Fue de ellos de quienes más habló, aparte de mí y de ella y del monstruo de su hermano y de su propia madre.

Su voz fue un estallido, un temblor, una luz profunda.

Su voz ronca me atravesó la cabeza y se quedó como otro zumbido perenne en mi oído. Me siguen embistiendo sus frases, cayéndome encima los pedazos de lo que pronunció sin tomar aire, sin detenerse, los trozos de esa larga alocución que, por momentos, dudé si estaba dirigida a mí, si lo que hacía era hablarse a sí misma o hablarle a su madre.

Mientras mi abuela decía todas esas cosas de su pasado, yo imaginaba a su hermano como a un centauro, despescuezando gallinas a su paso.

Dijo todas esas cosas de mi abuelo y aunque, por ese motivo, ahora veo su rostro rodeado por los contornos de otras caras, nada cambia para mí la historia que llegó hasta donde fue escrita, hasta donde juntos la escribimos.

Lo elijo porque ese pasado es lo que queda de ti, abuelo, aunque mi abuela diga que ya no eres nada.

Mi abuela remarcó también lo igual que soy a mamá y mientras lo hacía, mientras escuchaba cómo nos comparaba, yo recordaba su rostro enfermo y su cuello largo y frágil. Y la extrañé más que nunca y más que a nadie porque mi abuelo, aunque ya no me habla, aunque ya no me va a volver a hablar, sigue aquí. Y aunque no tengo la certeza de que pueda escucharme, todavía puedo acercarme para decirle al oído: te quiero tanto abuelo, no debí solo leerte; debí llamar, escucharte, no dejarte sin mis cartas, debí llegar antes, cuidarte. Pero sabía que haría el viaje, que, en unos meses, que me parecían o quise creer que eran pronto, volveríamos a vernos. Y entonces no quise

pensarlo demasiado o, en realidad, quizás, no me importó, porque también, a veces, la gente que amamos deja de importarnos.

Esa sí es una verdad.

Y duele.

Tanto, que ya no quiero pensarlo.

Cierro los ojos y me viene el recuerdo de mi madre otra vez.

Y a ojos cerrados me pregunto: Tú, mamá, ¿qué de todo eso que no me contaste, en este momento me dirías? ¿Dónde estás? ¿Cuál es nuestra verdadera historia?

No sabría cómo.
Todavía no sé cómo.
Estoy aquí, decidida a hacerlo.
Aquí, sin saber por dónde empezar.
A narrarte, narrarme, darte mi verdad.
Porque tengo que dártela.
Te pido que me escuches.
Que me des un único intento.
Mi cuerpo no pudo con todo, Julia.
No fui capaz; no supe ser madre.
Es lo que tu abuela me repetía.
No me dejó olvidar que yo no podía.
Y tenía razón.
No fui capaz, Julia.
Tú viste cómo terminé.
No pude evitarte el dolor.
El que te causé y te causaron ellas.
Mi madre y Elena.
Debes creer que tampoco yo te quería.
Pero te amo, te amé siempre, hija.
Te amé porque eres lo que pude.
Contigo me supe posible.
Pero muy pronto te arrebataron de mí.
No fui capaz.
No pude.
No me atreví.
Tenía miedo, Julia.
Nadie podía contener los ruidos que nos ensordecían.
No tuve fuerzas para huir.
Todo pesaba, me asfixiaba, me aplastaba.
Y, de pronto, ya no pude alzar vuelo.
En eso, tu abuela no se equivocaba.

La imposibilidad, después de ti, fue mi constante.
Por eso eres hija de la debilidad.
De la niebla.
De la noche eterna: nuestra existencia.
Solo rezaba por mi padre y por ti.
Y te canté hasta que tuve fuerzas.
Te acompañé en tus sueños.
Pese a las pesadillas, los tenías.
Necesito que lo sepas.
Mi amor por ti jamás se va a agotar.
El amor de una madre es infinito.
Aunque no haya sabido cómo serlo.
Y no pueda ahora saber quién eres.
¿Mueves las manos para hablar?
¿Qué es lo primero que de ti a otros le cuentas?
Acá, como en la casa, la niebla.
Y esa niebla no me deja verte.
Solo puedo imaginar, esbozar.
Solo puedo añorar rozar con mis dedos.
Lo que nunca volveré a tocar.
Aquí es como no poder abrir los ojos.
Te veo sin verte.
A la niña que todavía eres.
Aunque ya no lo seas.
No puedo encontrar qué de mí hay en ti.
Que algo mío sea ahora tuyo.
Esa sería mi única victoria.
Pero, cómo mirarte en tu presente.
Solo puedo reconstruir.
Lo que ha quedado en mi memoria.
Pero ver.
Verte.
No puedo.
Pero aun así te recuerdo, mi amada Julia.

Y recordarte es volver a morir.
Por el dolor de no tenerte más.
De no haber podido estar a tu lado, cuidarte.
Mi castigo es no descansar en paz.
Rememorar todo lo que no pude evitarte.
A ti, que te cubrías de tierra los ojos.
Para no ver.
A ti, que siendo apenas una niña te tocó cuidarme.
Ya no podía hablarte.
Ya no podíamos usar nuestro lenguaje.
Tú debiste hacerte cargo.
Tu abuelo no se acostumbraba.
No sabía bien cómo ayudarme.
Tampoco supo ayudarse.
Papá siempre tuvo las manos engrilletadas.
Los pies también.
Aquellos pies de piedra nunca huyeron.
Tampoco se atrevió.
Éramos iguales.
Y la tempestad volvía a estallar.
Siempre, de nuevo.
Pero yo debía apoyarlo, estar a su lado.
Y eso enfurecía a mi madre.
Y el tormento persistía, nunca se iba.
Y tú, Julia, todo lo aguantabas.
Sin ti, tan valiente como nadie nunca fue.
Sin ti, tan pendiente como nadie más pudo.
Yo me hubiese desvanecido más pronto.
Pero tu amor tenía un poder reparador.
Tú me resguardabas como yo no pude resguardarte.
Miro al cielo o no sé si lo miro.
No sé si es cielo lo que me rodea.
Son como capas de nubes superpuestas.
No hay más que eso.

Y no estoy segura.
De nada.
Solo de mi amor por ti, Julia.
De mi amor por tu abuelo.
Y del amor que sentí por tu padre.
Quiero pedirte perdón.
Por todo lo que no te di.
No pude decirte que siempre te cuidaría.
Una madre real debe poder decirlo.
Pero yo no fui capaz.
De hacerte ninguna promesa.
Estaba destinada a fallarte.
Y ahora estoy muerta.
Rodeada de esta absoluta vaporosidad azulina.
De este vacío interior que siempre me colmó.
Que siempre colmó a Elena y a mi madre.
No supimos ser felices, ninguna lo fue.
Tampoco mi padre, ni Elio.
Ahora solo soy una imagen.
Que no es vista y no ve.
Aquí todo es estático, invariable.
Y no me malentiendas, mi amada Julia.
No es algo que me angustie.
Yo ya no importo.
Solo espero que tu vida no siga igual.
Que las cosas hayan cambiado para ti.
Recuerdo que nunca reías.
En la casa no existía la risa.
Me aferro a pensar que en el patio eras feliz.
Por eso me llevaste.
Ahí, detrás de las macetas, había alegría.
En tus ojos.
En los ojos de la niña que eras.
Que aún veo abrazada por el vestido.

Blanco con gerberas rosadas.

Te veo descalza, con ese vestido.

Tus dedos mínimos tocando el suelo.

Y yo agarrando tu mano elevada al viento.

Para que no caigas.

Y solo sigas girando, girando.

30

Es horrible no querer pensar y tener la mente repleta de pensamientos dispersos, de piezas sueltas que flotan como fetos en frascos de formol. Sigo imaginando cosas, superponiéndole, como retazos, nuevas escenas a los fragmentos de mi memoria, y los vacíos que me habitaban, aunque no quiero, se empecinan en llenarse, en hacerlo en contra de mi voluntad como el agua que, gota a gota, continuamente, cae y abre.

Me siento como si estuviera mirándome en un espejo astillado, en el que mi rostro se me devuelve roto y a la vez multiplicado como una iteración, un efecto droste. Mi imagen puesta en infinito. Mi yo en menores tamaños, o en realidad solamente esquirlas, fracciones. ¿De ellos o de mí? ¿La discontinuidad que se me ha planteado de la historia que hasta hoy me venía contando distorsionó la línea de los personajes de mi narrativa? ¿En cuántos nudos y vueltas me ha tenido enredada el relato que creía conocer de mi vida, de mi familia?

El pecho de mi abuelo se eleva y desciende.

Sístole y diástole. Inhala él y yo también respiro.

Pero ya no quiero respirar, no quiero pensar.

Ya no quiero entregarme ni a mi pasado ni a todo lo que desde ayer he vivido para desde ese punto volver de otra manera a todo ese antes que me precede.

No quiero aprender a conjugar nuevos verbos.

No quiero buscar en mi lengua nuevas palabras.

Vuelvo a encerrarme en el baño.

Bajo la tapa y me siento en el inodoro. Me siento y no quiero pensar más en nadie y ya no quiero sentirme mal, ni triste, ya no quiero más sentirme culpable. Sin embargo, así es como me siento y no tengo claro qué es lo que me produce pena o culpa, pero son sus rostros, los de todos, los que como fantasmas volando en la oscuridad me acechan y, entre ellos, también el de Manuel.

¿Qué estará haciendo ahora?

Mis ojos, los cierro: veo su cara, los pelirrojos destellos que dispersos le brillan en la barba cuando se la deja crecer; las constelaciones que forman pecas en su frente, que bajan por sus hombros, que se esparcen hasta la media espalda para desaparecer abruptamente, justo a la altura del plexo solar.

Todo eso tan inasible y, sin embargo, con tanta nitidez.

Por qué si no la quiero, por qué si fui yo quien lo dejé su imagen permanece absurdamente intacta detrás de mis párpados entrecerrados.

Por qué él en este momento.

No lo sé, no me entiendo, pero mi cuerpo ansía su cuerpo y me parece volver a oír su voz como también me pareció, hace un rato apenas, haber oído la de mi madre, y es tal la diafanidad de su recuerdo que hasta puedo sentir sus manos en mi cuello.

Desde donde estoy sentada, veo de frente la bañera, los vestigios del agua que limpió el cuerpo de mi abuelo.

Me levanto, me descalzo. Camino uno, dos, tres, cuatro pasos; el frío se esparce y se amplifica por las plantas de mis pies.

Saco la silla, abro el agua y no consigo esperar a que suba de nivel; me meto sin desvestirme.

No permanezco mucho de pie.

Lentamente, me voy acuclillando y, a medida que la bañera se llena y que escucho el agua caer, juntarse y crecer, de los corales de mi mente van refloreando los peces, las medusas, los moluscos, las anémonas...

Bajo el agua, arrollada en algas opacas, aplaco nuevamente el hervor de mis miedos, de todo lo que, al menos por ahora, solo por ahora, no quiero enfrentar.

Esta vez nadie toca la puerta.

Solo yo bajo el agua.

Yo en el agua.

Yo el agua.

Floto sin hacer nada.

Y sigo pensando en Manuel y siento su torso en mi espalda.

Giro despacio y nos quedamos un largo rato cara a cara, sin decirnos nada... Extiendo el brazo fuera de la bañera para agarrar mi celular y, mientras el agua que me cae se sigue mezclando con la sal que de mí se derrama, busco su nombre en mi lista de contactos.

31

No sé cuántas horas pasan desde que hablamos y hasta que mi abuela vuelve, pesadamente, a atravesar el pasillo. Esta vez, en dirección contraria a cuando se desvaneció por el mismo camino luego de su larga descarga.

Puedo olerla antes de que llegue a mí: me sobrecoge su olor a té, talco y sándalo.

A los pocos segundos, escucho sus pasos.

Envuelta en una toalla para que se me seque la ropa, me he vuelto a refugiar debajo del escritorio.

Mi abuela abre sin violencia la puerta y detenida bajo el umbral recorre la habitación hasta que me encuentra, hasta que la miro y ella me mira y me doy cuenta de que sus ojos son sus mismos ojos; y pienso que nada en ella ha cambiado, que nada la liberará lo que le pesa.

En este momento, Elena, altiva y sin regresar a mirarnos, cruza como un espectro detrás mi abuela y, por un instante, a su paso, sus cuerpos se vuelven uno y me parecen más iguales que nunca, hermanas gemelas. Luego, la puerta del dormitorio de ellas se cierra.

A lo lejos, me parece escuchar a Elio a través de las teclas que estampan sus caracteres en el papel, de la palanca llevando el rodillo al otro margen, del rodillo ubicándose en un nuevo espacio en blanco.

¿Ya no se había ido?

No alcanzo a contestarme.

Mi abuela está por llegar a mí; lleva consigo algo que, a primera vista, me parece un papel doblado.

Llega hasta donde estoy y me lo extiende.

Ten, me equivoqué. Ahora sí ya no te debo nada.

Pero yo dudo.

No sé si tomarlo, y ella lo nota y lo pone en mis manos, y por dos o tres segundos eso es lo más cerca y juntas que, calmadas, hemos estado en las 24 últimas horas, las dos sosteniendo, al mismo tiempo, un mismo objeto; las dos unidas por un hilo invisible.

No dura más.

Mi abuela se va tras su entrega. La veo irse por donde ha venido, desaparecer de mi campo visual hasta que escucho la puerta de su dormitorio volver a abrirse para cerrarse otra vez; dentro y tras ella solo el silencio.

Mi mirada vuelve.

Observo lo que tengo entre las manos.

Lo desdablo.

Es una foto.

Es un hombre, joven, lleva *smoking*. Es un hombre joven de cabello castaño que tiene la piel blanca, pero también algo roja en la nariz y las mejillas. Es un hombre joven y blanco y rosado y alto. Que sonrío. Es un hombre del que por su traje y por su pose se podría decir que está en el día de su boda.

Ese, este hombre que ahora está entre mis manos es mi papá. Lo sé de inmediato. Dónde, en algún pasado, estuvo esta foto. Es la otra mitad de la fotografía en la que, en el pasillo, mi mamá aparece vestida de novia. Él es su contraparte y es mi padre y por primera vez en mi vida lo conozco. Por primera vez en mi vida veo su cara y su imagen completa el retrato familiar que desde ayer, a la fuerza, se ha ido rearmando en mi cabeza.

32

Esta vez no fui yo la que preguntó y, no obstante, mi abuela me dio una respuesta, una información que no esperaba, que nunca busqué. Lo que ella y mi tía Elena comentaban sobre mi padre, que se fue cuando mi mamá quedó embarazada de mí, que por eso había sido mi culpa, que ni siquiera me había dado su apellido, parecía que era lo único que necesitaba saber. Pero ahora que he visto su rostro, ahora que mi abuela ha dado un paso en esta dirección inesperada, algo en mí se ha despertado: una curiosidad que no pensé que guardaba en mi interior.

Ni siquiera recuerdo cuándo fue la última vez que pensé en este lado de mi historia. Para mí, mi familia materna era mi única familia. Pero las familias son como un corazón: tienen dos partes.

Nunca sentí que no tuviera padre porque mi abuelo ha sido siempre mi abuelo, pero también mi papá. Llevo su apellido, o el mismo apellido dos veces. Con él celebré mis pocos cumpleaños, con él reí, lloré, aprendí. Pero, sobre todo, con él crecí y él hizo más llevadera mi infancia y mi adolescencia. También mi adultez.

Están las cartas, pese a la distancia.

Está también el silencio.

Todo lo que nos contamos y lo que no nos dijimos. Y todo lo que le dije cuando ya era tarde, todo lo que le he dicho ahora, sin la certeza de si todavía puede oírme.

Este es el relato que configura mi historia con mi padre, a pesar de que, en realidad, mi abuelo no lo sea y mi verdadero padre, aunque haya salido de mi vida apenas nací, siga siendo mi padre, un padre que ahora tiene un rostro. Ahora lo conozco, pese a que solo es una foto lo que he visto, lo que sé de él por fuera de lo que ellas me repitieron.

Un rostro es una identidad.

Un rostro es irrepetible.

Un rostro es algo y algo deja de ser nada.

He observado por horas esta nueva cara de mi vida, entendiéndolo, al fin, y un poco mejor de dónde viene la mía. La he observado detenidamente y con ello me he mirado a mí misma.

Ya no quiero hacerlo.

He contemplado y escrutado un largo rato esta foto reconociéndome en ella; no he podido hacer más porque no hay más que esta imagen congelando un momento que me antecede, del que no formo parte, una fase de la línea de tiempo de mis padres.

No hay más porque la foto no me dará respuestas o nada más que sus propios detalles y me debato conmigo misma qué estoy haciendo, por qué estoy entregándome a la imagen de alguien que no está, que nunca estuvo, nunca quiso, mientras mi abuelo sí está aquí.

Con todo lo que ha pasado, prácticamente olvidé lo inicialmente vine a hacer. Todo lo que fue cayéndome encima, incluida esta foto que mi abuela, fiel a sus formas, me impuso, hasta ahora ha aplastado el verdadero motivo de mi viaje.

Me aparto de la foto, la alejo de mis ojos y vuelvo a mirar a mi abuelo.

Una desconsiderada, muy estúpida, así me siento; este no es el momento.

Concluyo: estamos juntos, estoy con él. Mi abuelo nunca se fue. Se quedó esperándome. Mi abuelo es el único padre que he tenido y que tengo porque el de la foto es mi padre y, al mismo tiempo, no lo es.

No importa si el reencuentro no fue como lo imaginé. Lo que importa es que yo vine para que celebremos juntos sus 80 años y aunque, tal vez, en esta, su nueva condición no tengamos realmente nada que festejar, constatar que mi abuelo sigue vivo y sigue aquí y es mi padre y mi abuelo, me hace querer ir por la torta; de pronto, tengo hambre también, ya estoy salivando, espero que siga en el refrigerador.

Mi abuela y mi tía Elena no han dejado su habitación. Cuando salgo del cuarto de mi abuelo, noto la ausencia de Elio. Quizás se fue ayer y lo que hace unos minutos escuché, no lo escuché realmente; ya no está la máquina de escribir.

Camino en mi soledad por la penumbra de la casa, ya no oigo ni los bramidos, ni las teclas.

Camino y a mi andar se abre la neblina que, como si respondiera a un llamado, en su azul se cuela en el cuarto de ellas, por el resquicio de la puerta.

Camino, ida y vuelta, sin ser observada ni detenida.

Me acomodo nuevamente junto a él.

A pesar de que sigue en un sueño profundo y no se da cuenta de lo que hago, pongo la vela en la torta, la enciendo y le canto a mi abuelo, en voz baja, feliz cumpleaños. No pido un deseo, solo soplo. La vela, inmediatamente, se vuelve a prender.

Obras citadas

- Bachelard, Gaston. [1957] 2000. *La poética del espacio*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Bajtín, Mijaíl. 1975. *Teoría y estética de la novela*. Madrid: Taurus.
- . 1986. *Problemas de la poética de Dostoievski*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.
- Cărtărescu, Mircea. (1993) 2010. *El Ruletista*. Madrid: Impedimenta.
- Derrida, Jacques. 1995. *Espectros de Marx. El estado de la deuda, el trabajo del duelo, la Nueva Internacional*. Madrid: Editorial Trotta.
- Díaz-Tendero, Aída. 2019. “Un pacto con la soledad. Envejecimiento y vejez en la literatura en América Latina y el Caribe”. *Academia*.
https://www.academia.edu/43299923/Un_pacto_con_la_soledad_Envejecimiento_y_vejez_en_la_literatura_en_Am%C3%A9rica_Latina_y_el_Caribe.
- Duras, Marguerite. [1993] 2022. *Escribir*. Bogotá: Tusquets.
- Glantz, Margo. [1981] 2006. *Las genealogías*. Valencia: Pre-Textos.
- Gómez Viu, Carmen. 2009. “El Bildungsroman y la novela de formación femenina hispanoamericana contemporánea”. *EPOS* (XXV): 107-17.
doi.org/10.5944/epos.25.2009.10609.
- Harwicz, Ariana. (2014) 2018. *La débil mental*. Quito: Turbina.
- Kundera, Milan. (1993) 2022. *Los testamentos traicionados*. Bogotá: Tusquets.
- Lagos, María Inés. 2003. “Relatos de formación de protagonista femenina en Hispanoamérica: desde *Ifigenia* (1924) hasta *Hagiografía de Narcisa la bella* (1985)”. En *Narrativa Femenina en América Latina Prácticas y Perspectivas Teóricas*, editado por Sara Castro-Klären, 237-57. Madrid: Iberoamericana.
- Lispector, Clarice. [2020] 2021. *Todos los cuentos*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.
- Makowski, Sara. 2002. “Entre la bruma de la memoria. Trauma, sujeto y narración”. *Perfiles Latinoamericanos* (21): 143-58.
<https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=11502108>.

- Román, Rut. 2014. *Constelaciones de infancia: Episodios de crecimiento en la narrativa latinoamericana*. Quito: Universidad Andina Simón Bolívar / Corporación Editora Nacional.
- Saona, Margarita. 2003. *Novelas familiares: Figuraciones de la nación en la novela latinoamericana contemporánea*. Rosario: Beatriz Viterbo.
- Saraceni, Gina. 2008. *Escribir hacia atrás: Herencia, lengua, memoria*. Rosario: Beatriz Viterbo.
- . 2012. *La soberanía del defecto: Legado y pertenencia en la literatura latinoamericana contemporánea*. Caracas: Equinoccio.
- Vargas Llosa, Mario. 2020. *La realidad de un escritor*. Madrid: Triacastela.
- Yáñez, Alicia. 1974. *Bruna soroche y los tíos*. Bogotá: Ediciones Paulinas.